

AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

AVENTURAS
DE UN NIÑO
IRLANDÉS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

TERCER CUADERNO



MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10—CAMPOMANES—10

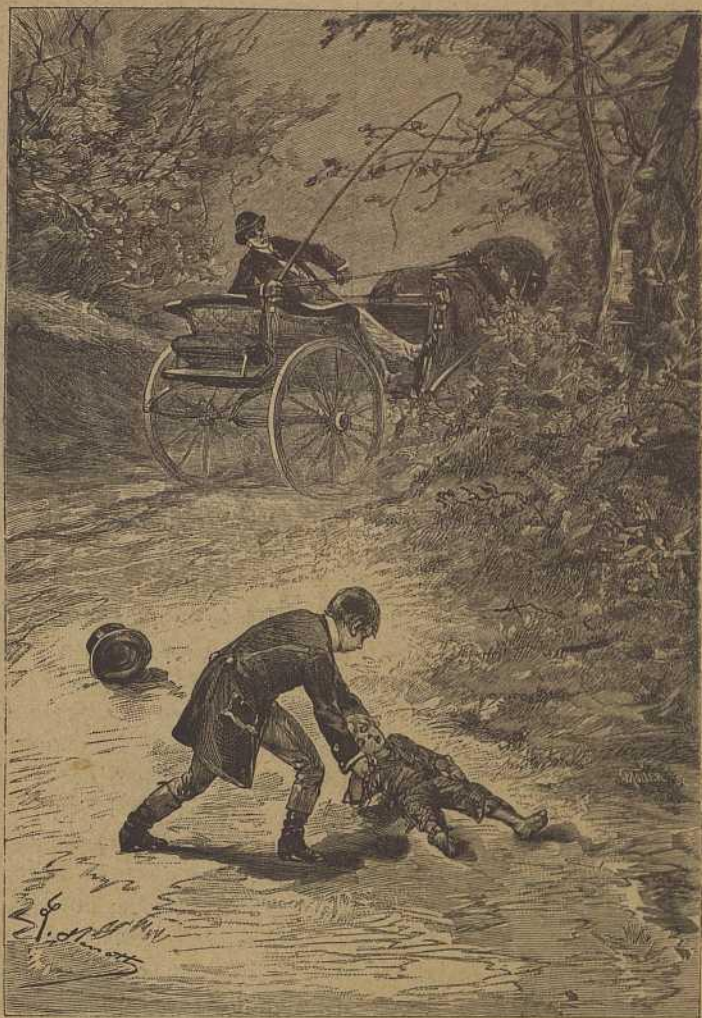
1894



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

CUADERNO TERCERO



Hormiguita corrió hacia el niño.

I

Siete meses en Cork.

¿Era en Cork, en esta capital de la provincia del Munster donde *Hormiguita* comenzaría su fortuna?

Capital de tercer orden de Irlanda, esta ciudad es comercial, industrial, y también literaria. Letras, industria, comercio, ¿en qué estos tres campos abiertos á la actividad humana podrían servir á los comien-

zos de un mozo de once años? ¿No había llegado allá para aumentar el número de esos miserables que abundan en medio de las ciudades marítimas del Reino Unido?

Hormiguita había querido ir á Cork, y estaba en Cork, aunque es verdad que en condiciones poco favorables para la realización de sus proyectos para el porvenir. En otra época, cuando él rodaba por Galway, cuando Pat Mac Carthy le refería sus viajes, su joven imaginación se inflamaba por las cosas del comercio. Comprar carga-

mentos en otros países y venderlos en el suyo... ¡Qué sueño! Pero desde su partida de Trelingar-Castle había reflexionado. Para que el hijo de la casa de caridad del Donegal pudiese llegar á mandar un bueno y sólido navío, navegando de un continente á otro, era preciso que se enganchara como ayudante á bordo de los clippers ó de los steamers, y después que con el tiempo llegase á piloto, marinero, contramaestre, capitán. Y ahora, teniendo que cuidar de Bob y á Birk, ¿podía pensar en embarcarse? Si les abandonaba, ¿qué sería de ellos? Puesto que con la ayuda de Birk, se entiende, él había salvado la vida al pobre Bob, deber suyo era asegurársela.

Al día siguiente, *Hormiguita* ajustó con el posadero el precio de una cama de hierba seca. Gran paso hacia adelante. Si nuestro héroe no tenía muebles, tenía habitación. Precio de la cama: dos pence, que debían ser pagados todas las mañanas. En cuanto á la comida, Bob, Birk y él la tomarían donde se encontrasen, en el restaurant del azar. Los tres salieron en el momento en que el sol comenzaba á disipar las brumas del horizonte.

—¿Y los barcos?—dijo Bob.

—¿Qué barcos?

—Los que me has prometido.

—Espera que estemos junto al río.

Y fueron en busca de los barcos, descendiendo por un arrabal muy largo y pobre. En una panadería compraron pan. No era preciso preocuparse por Birk. Éste había encontrado que comer entre los montones de desperdicios de la calle.

En el malecón del Lee, que describe un doble brazo al través de Cork, veíanse algunas barcas, pero no buques, de esos buques capaces de atravesar el canal de San Jorge, ó el mar de Irlanda, y después el Océano Atlántico.

En efecto; el verdadero puerto está abajo—más especialmente en Queenstown, la antigua Cowes, situada sobre la bahía de Cork,—y los rápidos ferry-boats permiten bajar por la ensenada del Lee hasta el mar.

Hormiguita, llevando de la mano á Bob, entró en la ciudad, propiamente dicha.

Construida sobre la principal isla del río, se une á la ribera por medio de varios puentes. Otras islas, de más arriba y más abajo, han sido transformadas en paseos y jardines, paseos umbrosos y jardines ver-

des. Monumentos diversos se alzan aquí y allá, una catedral sin estilo, cuya torre es muy antigua, Santa María, San Patricio. En las ciudades de Irlanda no faltan iglesias, como tampoco asilos, hospicios y workhouses. En Erin hay siempre gran número de fieles, y de pobres también. Solamente con pensar en una de estas casas de caridad, *Hormiguita* se sentía presa de disgusto y espanto. Él hubiese preferido el Queen's, que es una magnífica construcción; pero antes de ser recibido en éste, es preciso saber algo más que leer, escribir y contar.

En las calles de la ciudad había algún movimiento,—el movimiento de las gentes que trabajan temprano, las tiendas que se abren, las puertas de las casas de donde salen los criados con la escoba en la mano ó la cesta al brazo, las carretas que circulan, los revendedores que pasean sus puestos ambulantes, los mercados donde están las provisiones para una población de cien mil almas. Atravesando el barrio de los negocios é industrial, se veía la fábrica de cuero, de papel, de telas, cervecería, etc. Nada todavía de carácter marítimo.

Después de un agradable paseo, *Hormiguita* y Bob se sentaron para descansar en un banco de piedra, en el ángulo de un edificio de imponente aspecto. En este sitio se sentaba un vendedor en carnes saladas, excitantes especias, géneros coloniales y también manteca, de la que Cork es el más activo mercado, no solamente del Reino Unido, sino de toda Europa. *Hormiguita* respiraba ansiosamente esta mezcla de moléculas *sui generis*.

El edificio se elevaba en el punto de unión de los brazos del Lee, que no forma allí más que uno solo, extendiéndose hacia la bahía. Era la aduana con su agitación incesante, su vaivén de todos los momentos. A partir de este confluente, un lecho sin trabas, la libertad de comunicación entre Queenstown y Cork.

Entonces, lo mismo que había preguntado por los barcos, Bob exclamó:

—¿Y el mar?

Sí... el mar que su hermano mayor le había prometido.

—El mar está más lejos... Acabaremos por llegar á él, según creo.

Había que tomar pasaje en uno de esos *ferry-boats* que hacen el servicio de la ensenada. Esto economizaba tiempo y fatiga.

En cuanto al precio de dos asientos, no era gran cosa. Algunos pence solamente.

Podían permitirse aquel lujo por un día, y además Birk no tendría que pagar.

¡Qué alegría sintió *Hormiguita* al bajar por el Lee en aquel barco á toda velocidad! Recordó á la noble familia Piborne visitando la isla de Valentia en el mar desierto de allá abajo. Aquí el espectáculo era muy diferente. Había numerosas embarcaciones de todo tonelaje. En las orillas tiendas, establecimientos de baños, astilleros que miraban los dos niños sentados en la parte delantera del *ferry-boat*.

Al fin llegaron á Queenstown, un hermoso puerto de ocho á nueve mil metros de N. á E. y de unos seis mil de E. á O.

—¿Esto es el mar?—preguntó Bob.

—No: apenas un pedazo—respondió *Hormiguita*.

—¿Es mucho más grande?

—Sí. No se ve donde concluye.

Pero el *ferry-boat* no pasaba de Queens-town, y Bob no vió lo que tanto deseaba ver.

Había, en cambio, navíos de todas clases: unos para largos viajes, otros de cabotaje. Esto se explica, puesto que Queenstown es á la vez un puerto de abrigo y de aprovisionamiento. Los grandes transatlánticos de las líneas inglesas ó americanas, venían de los Estados Unidos y depositaban sus despachos que ganaban así medio día.

De allí parten los *stamers* para Londres, Liverpool, Cardiff, Newcastle, Glasgow, Milford, y otros puertos del Reino Unido; en suma, un movimiento marítimo que se cifra en un millón doscientas mil barricas.

¿Bob pedía barcos? Pues bien; jamás hubiera imaginado que existieran tantos—ni tampoco *Hormiguita*—los unos amarrados, los otros entrando y saliendo; los unos viniendo de países lejanos, los otros partiendo á ellos; este con su vela hinchada al viento, aquellos agitando con sus poderosas hélices las aguas de la bahía de Cork.

En tanto que Bob contemplaba con asombrados ojos la animación de la bahía, *Hormiguita* pensaba en la agitación comercial que se desarrollaba ante él, en los ricos cargamentos arrimados á las calas de los navíos, balas de algodón, de lana, toneles de vino, pipas, sacos de azúcar y de café... y se decía que esto se vendía y se compraba... que estos eran los negocios...

Sobre el malecón del Queenstown á tantas grandezas se mezclan infinitas miserias. Aquí y allá véanse gran número de "mudlarks," niños y viejas ocupados en registrar los sitios descubiertos por la marea baja, y en los rincones, desdichados que se disputan con los perros algunos desperdicios.

Hormiguita y Bob, volvieron al *ferry-boat* y regresaron á Cork.

El viaje había sido divertido sin duda, pero había costado mucho.

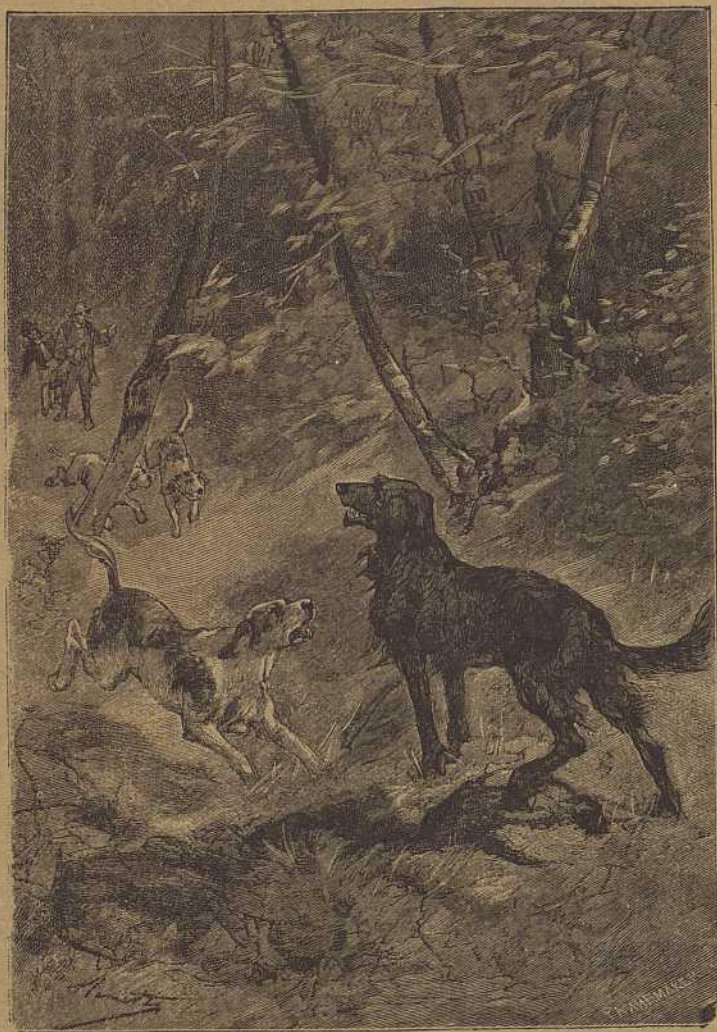
Al día siguiente sería preciso ver el medio de ganar más que se gastara, si no las preciosas guineas desaparecían como un pedazo de hielo de la mano que le oprime. Entretanto, lo mejor era dormir en el camastro de la posada, y así lo hicieron.

No hay para qué contar detalle por detalle la existencia de *Hormiguita* y de su amigo Bob durante los seis meses que siguieron á su llegada á Cork. El invierno largo y duro hubiera tal vez sido funesto á niños no acostumbrados á sufrir el hambre y el frío. La necesidad hizo un hombre de aquel mozuelo de once años. En otra época en casa de la Hard había vivido de nada; actualmente si vivía de poco—*vivere-parvo*—conseguía vivir y Bob con él. En más de una ocasión, al llegar la noche, no tuvieron más cena que un huevo para los dos. Y sin embargo, jamás pidieron limosna. Estaban á la husma de encargos que hacer, de carruajes que buscar, de equipajes un poco pesados algunas veces que los viajeros les entregaban á la salida de la estación, etc.

Hormiguita economizaba cuanto podía lo que quedaba de los sueldos ganados en Trelingar-Castle. En los primeros días de su llegada á Cork, había tenido que sacrificar una parte de ellos.

Había sido preciso comprar vestidos y zapatos á Bob. ¡Y qué alegría sintió éste al vestirse su traje completo de trece shillings, todo nuevo. No podía decentemente llevar andrajos, desnuda la cabeza y los pies, cuando su hermano mayor iba bastante bien vestido.

Una vez hecho este gasto, él se ingeniaría de modo que no gastase para vivir más que algunos pence diarios. Y con el estómago vacío ¡cómo envidiaban á Birk que por lo menos encontraba su comida en los rincones de las calles!



El pointer se lanzó sobre Birk.

—¡Yo quería ser perro!—decía Bob.

—¡No quieres tú poco!—respondió *Hormiguita*.

Pagaba puntualmente el alquiler de su camastro en la posada. Así, el propietario, que se interesaba por aquellos dos niños, les gratificaba de vez en cuando con una buena sopa caliente, que ellos aceptaban sin ruborizarse.

Si *Hormiguita* procuraba conservar las dos libras que quedaban en sus bolsillos después de las primeras compras, es porque esperaba siempre la ocasión de emplearlas en "negocios". Esta era la fórmula de que se servía. Bob le miraba asombrado cuando le oía expresarse en tales términos. *Hormiguita* le explicaba que esto consistía en comprar cosas para venderlas más caras.

—¿Cosas que se coman?—preguntó Bob.

—Que se coman ó que no se coman... según.

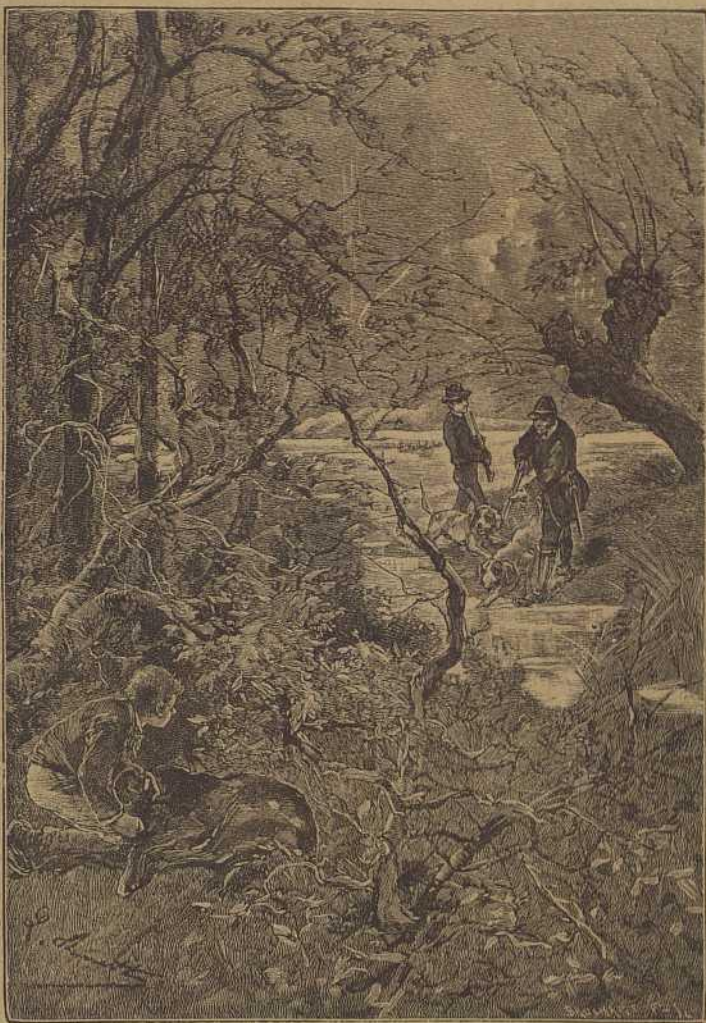
—Yo quería mejor que se comiesen.

—¿Por qué, Bob?

—Porque si no se vendían, por lo menos servirían para alimentarnos.

—Eh, Bob; ya no entiendes tan mal el comercio. Lo importante es saber escoger lo que se compre, y se acabe siempre por vender con utilidad.

En esto pensaba nuestro héroe sin cesar, llegando á hacer algunas tentativas que le arruinaron. El papel, los lápices, las cerillas. Ensayóse en este género de comercio, casi infructuoso por la concurrencia. Más resultado le dió la venta de periódicos en la estación. Bob y él eran tan interesantes,



Hormigueta le apretó el hocico.

tenían un aire tan honrado, y ofrecían la mercancía con tal gentileza, que no se resistía la tentación de comprar las hojas corrientes, las *Guías* de caminos de hierro, horarios, etc. Un mes después de haber empezado su comercio, *Hormigueta* y Bob poseían, cada uno, un cesto, sobre el que los periódicos y libros estaban en orden, los títulos y las ilustraciones bien á la vista, y siempre con moneda para devolver á los compradores. Claro es que Birk no abandonaba nunca á su amo. ¿Se consideraba como su asociado, ó por lo menos como su dependiente?

De vez en cuando, con un periódico entre los dientes, corría hacia los que pasaban, ¡y se le presentaba con maneras tan insinuantes! Bien pronto se le vió con una

cesta puesta sobre su espalda, en la que las publicaciones estaban cuidadosamente colocadas, cesta que un lienzo encerado podía cubrir en caso de lluvia.

Esta era una idea de *Hormigueta*. Nada mejor para atraer al comprador, como ver á Birk tan serio, tan penetrado de la importancia de sus funciones. Pero entonces, ¡adiós las locas carreras, los juegos con los perros de la vecindad! Cuando éstos se aproximaban al inteligente animal, ¡con qué sordos gruñidos les acogía; qué dientes aparecían bajo los labios levantados del vendedor ambulante de cuatro patas! Entre los vendedores de los alrededores de la estación no se hablaba más que del perro. Se trataba directamente con él. El comprador tomaba de la cesta el periódico que

deseaba, y depositaba el precio en una bolsa que Birk llevaba al cuello.

Animado por el éxito, *Hormiguita* pensó en extender "sus negocios". A los periódicos y libros añadió cajas de cerillas y paquetes de tabaco, cigarros de poco precio, etc. Birk acabó por tener una verdadera tienda sobre la espalda. En ciertos días ganaba más que su amo, que no se mostraba celoso por cierto; al contrario, Birk era recompensado con algún buen pedazo de algo sustancioso y una caricia. Hacían una unión excelente aquellos tres seres, y todas las familias quisieran sentirse tan unidas como aquel perro y los dos niños.

Hormiguita no había tardado en reconocer en Bob una inteligencia viva y aguda. Aquel niño de siete años y medio, de un espíritu menos práctico que el mayor, pero de carácter más alegre, dejaba desbordarse su natural vivacidad. Como no sabía ni leer, ni escribir, ni contar, no hay que decir que *Hormiguita* se había echado la tarea de enseñarle lo primero el alfabeto. ¿No convenía que pudiese descifrar los títulos de los periódicos que se le pedían? Lo tomó con gusto, é hizo rápidos progresos; tanta paciencia mostraba el profesor y tanta aplicación el discípulo. Pasóse luego á la escritura y á las cuentas, que le dieron algo más que hacer; pero aprovechó mucho. En su imaginación se veía dirigiendo la tienda de *Hormiguita*, en una de las calles más hermosas de Cork. Es preciso advertir que ya recibía un tanto por ciento de las ventas, y en su bolsillo había algunos penice bien ganados. Así, pues, no rehusaba dar una limosna de un cooper á los pequeños que le tendían la mano, recordando el tiempo en que corría por los caminos tras los carruajes.

No se extrañe si *Hormiguita*, gracias á un instinto particular, había establecido su contabilidad diaria de una manera muy regular; tanto, para la posada; tanto, para la comida; tanto, para el lavado, el fuego y la luz. Todas las mañanas apuntaba en su cuaderno la suma destinada á la compra de mercancías, y por la noche hacía el balance de gastos y productos. Sabía comprar y vender y sacaba utilidad. Tan bien, que al fin del año 1882, hubiera tenido diez libras en caja, de haber poseído caja. Verdad es que un editor, en casa del que compraba

ordinariamente, había puesto la suya á su disposición y en ella depositaba todas las semanas los beneficios que producían hasta un pequeño interés.

No ocultaremos que ante el éxito obtenido á fuerza de economía y de inteligencia, el joven tuvo una ambición, la ambición reflexiva y legítima de aumentar sus negocios. Tal vez lo conseguiría con el tiempo, fijándose en Cork de una manera definitiva. Pero él se decía, no sin razón, que una ciudad más importante, Dublin, por ejemplo, la capital de Irlanda, le ofrecería mayores recursos. Cork, ya se sabe, no es más que un puerto de pasaje, donde el comercio está relativamente restringido, mientras en Dublin... ¡Pero estaba tan lejos!... Sin embargo, no sería imposible. ¡Cuidado, *Hormiguita*! ¿Es que tu espíritu práctico comenzará á forjar quimeras? ¿Serías capaz de abandonar la presa por la sombra, la realidad por el sueño? Después de todo, no está prohibido soñar á un niño.

El invierno no fue muy riguroso, ni en los últimos meses del año 1882, ni en los primeros del 1883. *Hormiguita* y Bob no sufrieron mucho corriendo por las calles de la mañana á la noche. Sin embargo, no deja de ser duro estacionarse bajo la nieve en los rincones de las plazas; pero ambos estaban desde su edad primera aclimatados á las intemperies, y jamás cayeron enfermos. Todos los días, cualquiera que fuese el estado del cielo, dejaban el lecho al alba, y abandonando el resto del fuego, iban á comprar primero, á vender en seguida en el andén de la estación, en el momento de la llegada y partida de los trenes, y después, al través de los diversos barrios donde Birk transportaba su atalaje. Solamente los domingos se daban algún descanso, repasando sus vestidos, arreglando su cuarto, dejando su desván tan limpio como era posible; el uno, poniendo en orden su contabilidad, y el otro, estudiando sus lecciones de lectura, escritura y aritmética. Al medio día, acompañados de Birk, iban por los alrededores de Cork, bajaban el río hasta Queenstown como dos buenos burgueses que se pasean después de una semana de trabajo. Un día se permitieron dar en barco la vuelta á la bahía, y por vez primera pudo Bob abrazar con la mirada el mar sin límites.

—Y más lejos,—preguntó,—continuando

siempre por el agua,—¿qué se encontraría?

—Un gran país, Bob.

—¿Más grande que el nuestro?

—Millares de veces. Esos grandes navíos que has visto, necesitan por lo menos ocho días para hacer la travesía.

—¿Y hay periódicos en ese país?

—¿Periódicos, Bob? ¡Oh! Por centenas. Periódicos que se venden hasta á seis pence.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Hasta de que sería preciso meses y meses para leerlos todos enteros.

Y Bob miraba con admiración á ese sorprendente *Hormigueta*, que era capaz de asegurar cosa tal. Hubiera deseado lanzarse sobre el puente y trepar por los palos de aquellos grandes barcos y steamers que buscaban abrigo habitualmente en Queens-town, mientras *Hormigueta* preferiría, seguramente, visitar la cala y el cargamento.

Pero hasta entonces, ni uno ni otro habían osado embarcarse sin permiso del capitán—¡un personaje del que tenían una idea!... En cuanto á pedirselo, esto pasaba de sus ánimos. El *amo después de Dios*, como había oído decir *Hormigueta* repitiéndoselo á Bob.

Así, pues, el deseo de los niños estaba aún por realizar.

Esperemos que podrán satisfacerle algún día así como otros tantos que se despertaban en ellos.

II

Primer fogonero.

Así terminó el año 1882, señalado en el activo y pasivo de *Hormigueta* por tantas alternativas de buena y de mala fortuna; la dispersión de la familia Mac Carthy, de la que no oyó hablar más, los tres meses pasados en Trelingar-Castle, el encuentro de Bob, la instalación en Cork y la prosperidad de sus negocios.

Durante los primeros meses del nuevo año, parecía que el comercio había llegado al máximum. Comprendiendo que no había de subir más, *Hormigueta* tenía siempre la idea de emprender alguna operación más fructífera, no en Cork, no, sino en una ciudad importante de Irlanda.

Su pensamiento se dirigía á Dublin. ¿Porqué no se presentaría una ocasión?...

Transcurrieron Enero, Febrero y Marzo. Los dos niños vivían economizando penny sobre penny. Afortunadamente, su pequeño peculio se aumentó, gracias á una venta que dió en poco tiempo un lindo beneficio. Tratábase de un folleto político relativo á la elección de M. Parnell, y del que *Hormigueta* obtuvo el privilegio exclusivo en las calles de Cork y de Queenstown. El que quería comprar este folleto tenía que dirigirse á él, á él sólo, y Birk llevaba cargas de ellos en el lomo. Fue un verdadero éxito, y cuando hizo las cuentas en los primeros días de Abril, había en caja treinta libras, diez y ocho shillings y seis pence. Jamás los niños habían tenido tanta riqueza.

Entonces hubo largos debates sobre la cuestión de alquilar una pequeña tienda cercana á la estación. ¡Sería tan bueno estar en su casa! Aquel diablo de Bob que de nada dudaba, pensaba en ello. ¡Figuráos esa tienda con sus periódicos y artículos de librería, con un patron de once años y un empleado de ocho, en casa de los que el colector vendría á cobrar los impuestos! Sí, era tentador, y aquellos dos niños tan dignos de interés, sin duda hubieran hallado algún crédito... No les faltaría clientela... *Hormigueta* pesaba el pro y el contra. Y después, su idea era siempre transportarse á Dublin, donde le llamaba no se sabe qué presentimiento.

En fin, dudaba y resistía á las instancias de Bob, cuando se presentó una circunstancia que iba á decidir de su porvenir.

Era un domingo; el 8 de Abril. *Hormigueta* y Bob habían formado el proyecto de pasar el día en Queenstown.

El principal atractivo de aquella partida de placer era el almorzar y comer en un modesto bodegón de marineros.

—¿Se comerá pescado?—preguntó Bob.

—Sí—respondió *Hormigueta*—y hasta cabrajo ó langosta si quieres.

—¡Oh! ¡sí quiero!

Pusiéronse sus mejores vestidos, calzáronse sus zapatos bien lustrosos y partieron de mañana, con Birk, bien limpio.

Hacía un tiempo soberbio; el sol era primaveral; la brisa cálida. La bajada del Lee á bordo de un *ferry-boat*, fue un encanto. Había músicos á bordo, músicos ca-



Hormigueta no tuvo más que inclinarse

llejeros, cuya música excitó la admiración de Bob. El día comenzaba de una manera agradable, y sería delicioso si concluía lo mismo.

Apenas desembarcaron en el malecón de Queenstown, *Hormigueta* divisó una posada con el rótulo *Old Seeman*, que parecía dispuesta para recibirlos. A la puerta, en un banquillo, una media docena de crustáceos, moviendo sus patas, esperaban la hora de su muerte, si algún consumidor quería. Desde una de las mesas que se hallaban colocadas junto á la ventana, no se perdía de vista los navíos amarrados á las estacadas del puerto.

Hormigueta y Bob iban, pues, á entrar en aquel lugar de delicias, cuando su atención fue atraída por un gran navío llegado

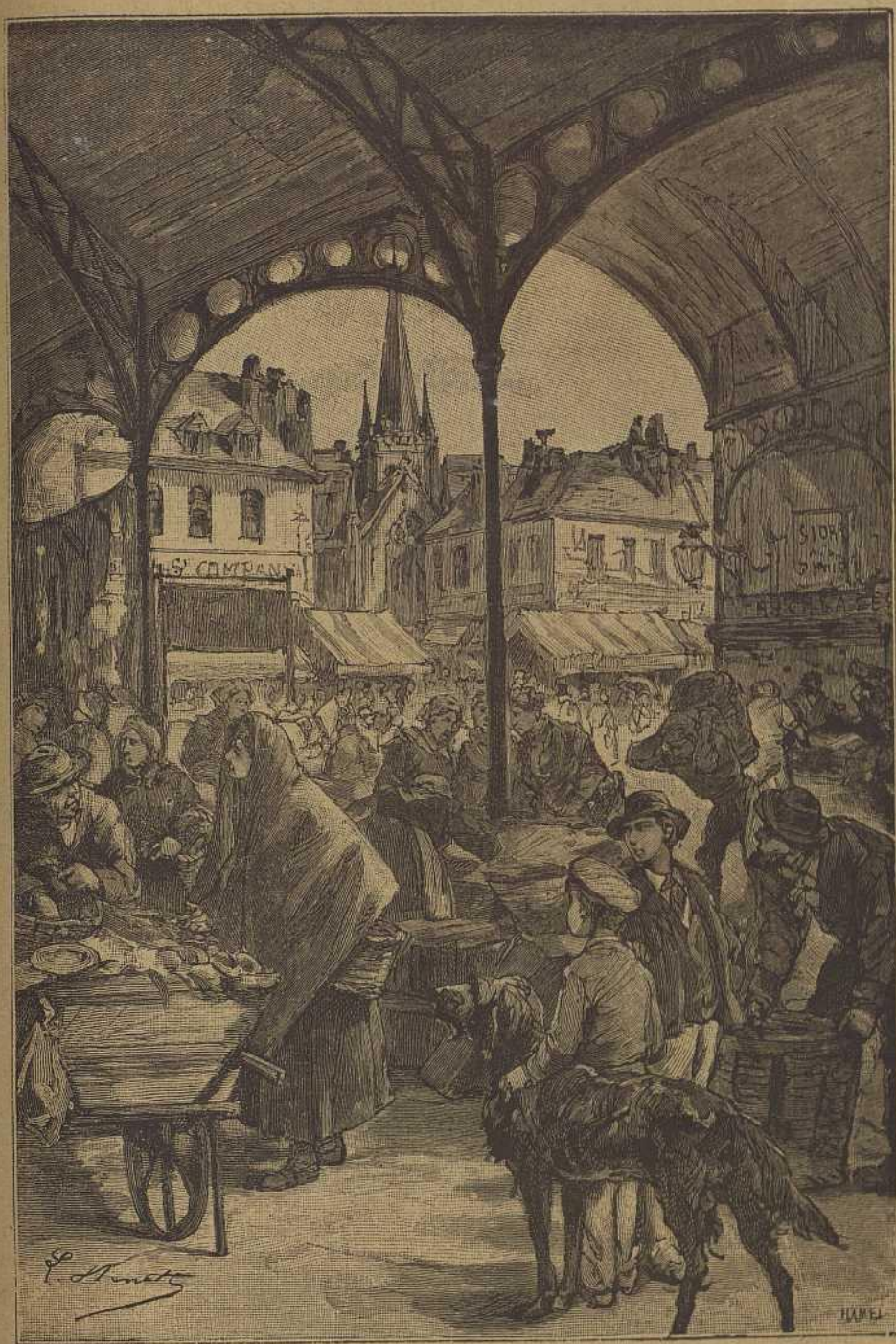
la víspera á Queenstown, y que procedía á su tocado dominical.

Era el *Vulcan*, un steamer de ochocientas á novecientas toneladas, que venía de América y debía marchar al siguiente día para Dublin. Esto al menos era lo que un viejo marinero, cubierto con un sombrero amarillo, respondió á las preguntas que le hicieron.

Ambos niños observaban el navío, cuando un mozo alto, con la cara y las manos manchadas de carbón, aproximóse á *Hormigueta*, le miró... abrió la boca, cerró los ojos y gritó:

—¡Tú!... ¡Tú!... ¡Eres tú!

Hormigueta quedó asombrado. Bob lo mismo... Aquel individuo le tuteaba... Y un negro... Sin duda se equivocaba.



LOS MERCADOS DONDE ESTÁN LAS PROVISIONES

Pero hé aquí que el supuesto negro, moviendo la cabeza, le hizo aún más demostraciones.

—Soy yo... ¿No me conoces? Soy yo. Recuerda la *Ragged-School*... ¡Grip!

—¡Grip!—repitió *Hormiguita*.

Era Grip, y cayeron en brazos uno de otro, cambiando sus besos con tal efusión, que *Hormiguita* salió negro como un carbonero.

¡Qué alegría volverse á ver! El antiguo vigilante de la *Ragged-School* era ahora un gallardo mozo de veinte años, vigoroso, bien puesto, que en nada recordaba á la víctima los andrajosos de Galway, á no ser porque conservaba su buena fisonomía de otro tiempo.

—Grip, ¡Grip!—eres tú ¡Tú!—no cesaba de repetir *Hormiguita*.

—Sí... yo, que no te he olvidado, chico.

—¿Y eres marinero?

—No... calentador á bordo del *Vulcan*.

Este nombre hizo impresión á Bob.

—¿Y qué calentais, señor?—preguntó:—¿la comida?

—No, pequeño,—respondió Grip.—¡La caldera que hace marchar nuestra máquina, que hace marchar nuestro barco! Vamos, quiero decir que soy fogonero.

Hormiguita presentó á Bob á su antiguo protector de la *Ragged-School*.

—Una especie de hermano,—dijo—que he encontrado en el camino, y que te conoce bien, pues yo le he contado muchas veces nuestra historia. ¡Ah! ¡mi buen Grip, tendrás muchas cosas que decirme, desde cerca de seis años que nos separamos!

—¿Y tú? También muchas cosas ¿verdad?

—Pues bien; ven almorzar con nosotros, en esa taberna donde íbamos á entrar.

—¡Ah! ¡no!—dijo Grip.—Vosotros seréis los que almorzaréis conmigo. ¡Ea! Venid á bordo.

—¡A bordo del *Vulcan*!

—Sí.

—¡A bordo ambos!

Bob y *Hormiguita* no podían creer á Grip. —Era como si les hubiera propuesto llevarles al paraíso.

—¿Y nuestro perro?

—¿Qué perro?

—Birk.

—¿Ese animal que dá vueltas en torno mío? ¿Es vuestro perro?

—Nuestro amigo Grip.—Un amigo como tú...

Grip sintióse lisonjeado por la comparación, y Birk recibió una caricia.

—¿Pero el capitán?—dijo Bob que manifestaba una duda bien natural.

—El capitán está en tierra y el contramaestre os recibirá como á unos milores.

Bob no dudó... ¡En compañía de Grip!

—Y además,—añadió Grip—es preciso que yo haga mi tocado—que me lave de la cabeza á los pies, ahora que he terminado mi servicio.

—¿Vas á estar, pues, libre todo el día?

—Todo el día.

—¡Bob, qué excelente idea hemos tenido en venir á Queenstown!...

—¡Ya lo creo! dijo Bob.

—Y es preciso,—añadió Grip—que tú te limpies también.—Te he puesto negro, *Hormiguita*.—¿Siempre te llamas así, eh?

—Sí, Grip.

—Me gusta mucho ese nombre.

—Grip; yo te querría abrazar una vez más.

—No te detengas, niño, puesto que te vas á remojar la nariz en una tina.

—¿Y yo? dijo Bob.

—¡También tú!

Así lo hizo Bob resultando no menos negro que Grip.

¡Bah! Esto se quitaría jabonándose las manos y la cara, á bordo del *Vulcan* en el sitio donde se acostaba Grip.—¡Ir á bordo! —Bob no podía creerlo.

Un instante después los tres amigos y también Birk, embarcábanse en el you-you que Grip conducía,—con extrema alegría de Bob al sentirse balanceado de aquel modo, y en menos de dos minutos estaban junto al *Vulcan*.

El contramaestre saludó afablemente á Grip, y este hizo bajar á sus invitados por la chupeta de las calderas, dejando á Birk correr por el puente.

Una vez allí, llenaron de agua clara una cubeta que estaba al pie del sitio destinado á Grip, lo que les permitió recobrar su natural color.

Después, mientras se vestía Grip, contó su historia.

Cuando el incendio de la *Ragged-School*, herido de bastante gravedad, entró en el hospital donde permaneció unas seis semanas. Salió en perfecto estado de salud pero

sin recursos. La ciudad se ocupaba entonces en reconstruir la escuela, pues no se podía dejar á aquellos miserables abandonados en la calle, pero, recordando los años pasados en aquella abominable atmósfera, Grip no sentía deseos de volver á ella. Vivir entre M. O'Lobkins y la vieja Kriss, vigilar á aquellos desarrapados, tales como Carker y sus camaradas, no era oficio envidiable. Además, *Hormiguila* no estaba allí. Grip sabía que una hermosa señora se le había llevado. ¿Dónde? El lo ignoraba, y las gestiones que practicó con este objeto, al salir del hospital, no produjeron resultado.

Grip, pues, abandonó á Galway. Recorrió los campos del distrito. Alguna vez encontró trabajo en las granjas en la época de la recolección, pero no un empleo fijo, lo que le inquietaba. Y fue de pueblo en pueblo, sufriendo grandes privaciones, pero menos desgraciado, sin embargo, que lo había sido durante su estancia en la *Ragged-School*. Un año después llegó á Dublin. Entonces tuvo la idea de navegar. El oficio de marino le parecía más seguro, más *alimenticio* que otro cualquiera. Pero á los diez y ocho años es ya tarde para ser ayudante y hasta novicio. Pues bien; puesto que por su edad no podía embarcarse como marinero, toda vez que nada sabía de este oficio, se embarcaría como fogonero; y esto es lo que había hecho á bordo del *Vulcan*. Vivir en el fondo de la bodega, en medio de una atmósfera de polvo negro, respirando un ambiente ahogado, no es tal vez el ideal del bienestar; pero Grip era animoso, trabajador, resuelto, y tenía su existencia asegurada. Sobrio, celoso, se acostumbró á la vida de á bordo. Jamás recibió ningún reproche. Conquistó la estimación del capitán y de los oficiales, que se interesaban por aquel pobre diablo sin familia.

El *Vulcan* hacía viajes de Dublin á New-York ó á otros puertos del litoral E. de América. Durante dos años, Grip atravesó numerosas veces el Océano, estando encargado de la colocación del lastre en la bodega y del servicio de combustible. Después tuvo ambición. Pidió ser empleado como fogonero á las órdenes de los maquinistas. Se le ensayó, y pronto satisfizo á sus jefes. Así, terminado el aprendizaje, se le confió la plaza de primer fogonero, y en este destino acababa de encontrar á *Hormiguila* en

el muelle de Queenstown, á su antiguo camarada de la *Ragged-School*.

Aquel bravo mozo, de perfecta conducta, y poco amigo de las francachelas propias de los marinos mercantes, tenía economías, que veía engrosar mensualmente; unas sesenta libras que nunca había pensado en colocar á interés. ¿Sacar interés de su dinero! ¿No era inverosímil que Grip tuviese dinero que colocar?

Tal fue la historia que Grip contó alegremente. También *Hormiguila* contó la suya. Era esta muy accidentada, y Grip no daba crédito á sus oídos cuando supo los sucesos dramáticos con Miss Ana Waston; aquella existencia honrada y feliz entre los labradores de Kerwan; las desgracias que cayeron sobre la familia, ahora dispersa, y de la que no se tenían noticias; después la opulencia de Trelingar-Castle, las proezas del conde Asthon, y, en fin, la manera como todo había concluido.

También Bob tuvo que dar algunos detalles biográficos de su vida. ¡La biografía de Bob! ¡Era tan sencilla, Dios mío! No sabía nada. Su vida comenzaba verdaderamente el día en que fue recogido en el camino, ó más bien, pescado en la corriente del Dripsey, cuando había querido morir.

En cuanto á Birk, su historia era la de su amo. Así, se abstuvo de contarla, lo que hubiera hecho sin duda si se le hubiera suplicado.

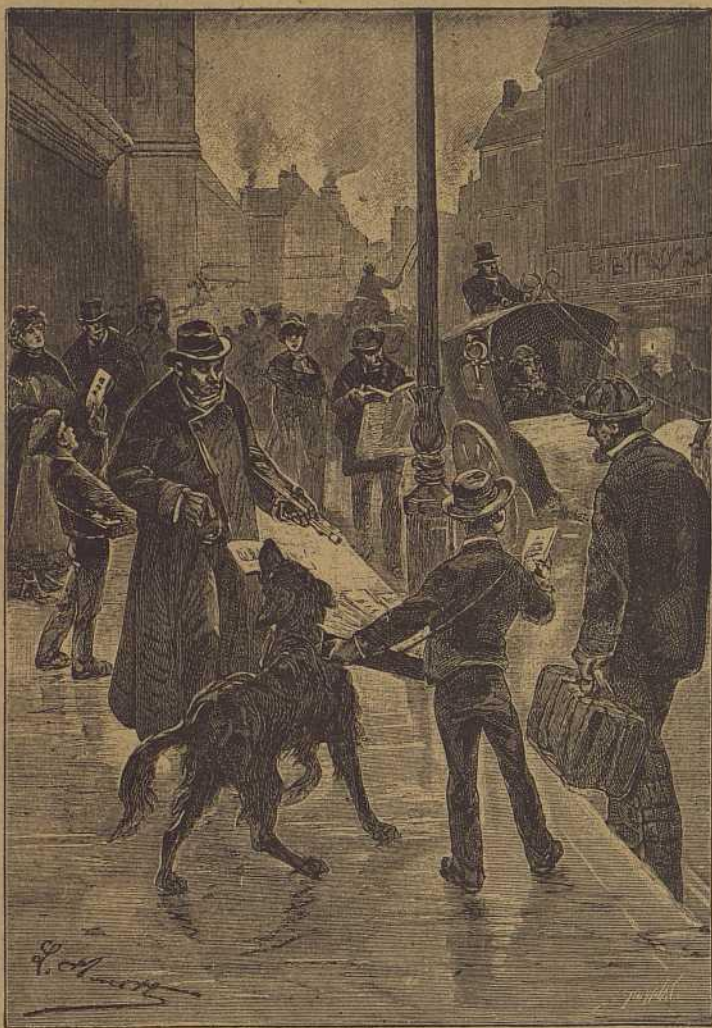
—Y ahora, ¿no es tiempo de que almorcemos?—dijo Grip.

—¡No antes de haber visitado el navío! respondió vivamente *Hormiguila*.

—¡Y subido á lo alto de los mástiles!—añadió Bob.

—Como queráis, chiquillos—respondió Grip.

Empezaron por bajar á la sala. ¡Qué placer experimentó nuestro comerciante en ciernes al ver aquel soberbio cargamento! Balas de algodón, azúcar, sacos de café, cajas de todas formas encerrando los productos exóticos del nuevo continente. Respiraba ansiosamente aquel penetrante olor de comercio. ¡Y decir que todas aquellas mercancías habían sido compradas muy lejos por cuenta de los armadores del *Vulcan*, y que iban á ser revendidos en los mercados del Reino Unido!... ¡Ah! Si alguna vez *Hormiguila*...



Birk con un periódico entre los dientes.

Grip interrumpió aquel sueño haciendo subir al niño al puente á fin de conducirlo á los camarotes del capitán y de los oficiales, dispuestos bajo la toldilla, mientras Bob, saltando por los escalones de la jarcia, se montaba á caballo en las barras del palo de mesana. ¡No! Nunca había sido tan dichoso, tan alegre, tan ligero. ¿Había tal vez en él la levadura de un ayudante de marinero?

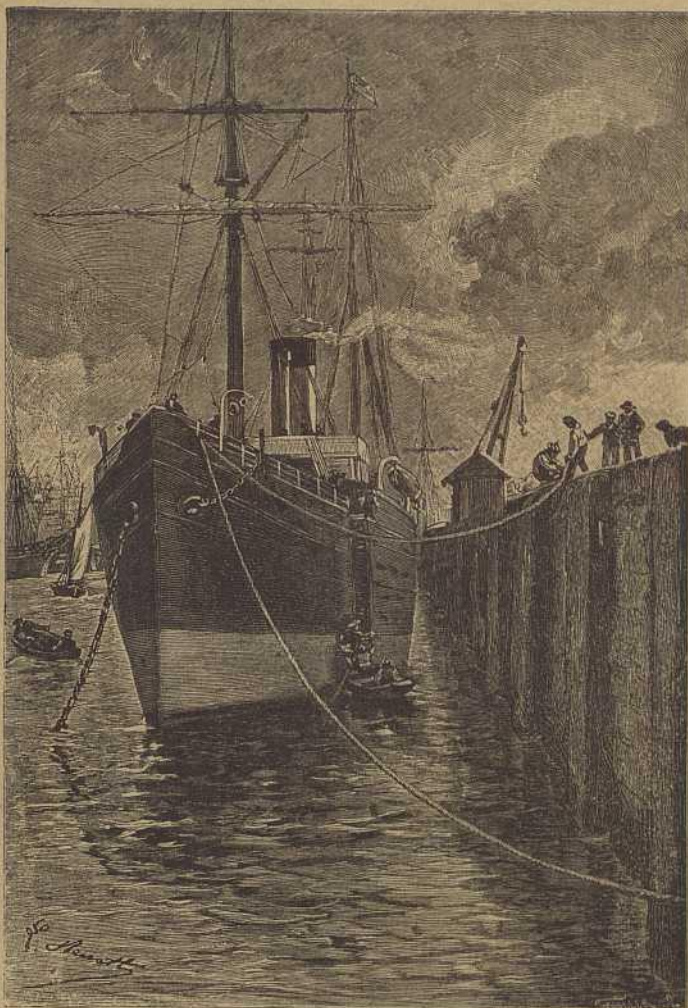
A las once, Grip, *Hormigueta* y Bob estaban sentados ante una mesa en la taberna de l'Old Seeman. Birk sentado, con el hocico junto al mantel. Dejamos imaginar si todos tenían apetito.

Aquel almuerzo era convite de Grip, y se compuso de huevos con manteca, jamón frío con una gelatina dorada, queso de Chester,

todo mojado con una excelente cerveza espumosa. Hubo langosta, no cambrajo, verdadera langosta de un blanco rosado, con su cáscara enrojecida, langosta de los ricos, que Bob declaró superior á todo lo mejor que se puede inventar para llenar el estómago.

Claro es que el comer no impedía hablar. Se hablaba con la boca llena, y si esto no se practica entre gentes elegantes, nuestros jóvenes convidados dieron como excusa que no tenían tiempo que perder.

Y entonces, ¡qué de recuerdos cambiados entre Grip y *Hormigueta*, mientras sufrían la existencia degradante de la *Ragged-School*! El suceso de la pobre gaviota; el regalo del famoso chaleco de lana, las abominaciones de Carker.



Hubiera deseado lanzarse sobre el puente.

—¿Qué ha sido de él?—preguntó Grip.

—Ni lo sé, ni me importa,—respondió *Hormiguila*. La mayor desgracia que podía sucederme, sería encontrarle.

—Estate tranquilo, no le encontrarás. Pero puesto que vendes tantos periódicos, te aconsejo que los leas alguna vez.

—Lo hago.

—Pues bien; tú leerás uno de estos días que ese tunante de Carker ha muerto de una *fiebre de cáñamo*.

—¡Ahorcado! ¡Oh, Grip!

—Sí, ahorcado.

Después, los detalles del incendio de la escuela volvían á su memoria.

Grip había salvado al niño con peligro de su propia vida, y era la primera vez que éste tenía ocasión de demostrarle su agra-

decimiento, lo que hacía, estrechándole las manos.

—Desde que nos hemos separado, siempre he pensado en ti,—dijo.

—Has hecho bien, chiquillo.

—No hay nadie más que yo que no haya pensado en Grip;—exclamó Bob con el acento de un profundo disgusto.

—¡Si no me conocías más que de nombre, pobre Bob! Ahora me conoces.

—Sí; y hablaré siempre de tí cuando hablemos los dos y Birk.

Birk respondió con un ladrido confirmativo, lo que le valió una *sandwich*, á la que no dió más que un bocado. Á despecho de lo que le afirmaba Bob, no parecía gustarle la langosta.

Preguntóse á Grip sobre sus viajes á

América, y habló de las grandes ciudades de los Estados Unidos, de su industria y comercio, y *Hormiguita* le escuchaba con tal avidez, que se olvidaba de comer.

—Y además,—dijo Grip,—hay también grandes ciudades en Inglaterra, Londres, Liverpool y Glasgow.

—Sí, Grip, lo sabía. Lo he leído en los periódicos. Ciudades de comercio. ¡Pero está tan lejos!...

—No, no lejos.

—Para los marinos no; pero para los otros...

—Pues bien. ¿Y Dublin?—exclamó Grip.

—No está más que á trescientas millas de aquí. Se llega en un día y sin necesidad de atravesar el mar.

—¡Sí, Dublin!—murmuró *Hormiguita*.

Y respondía esto tan directamente á su más ardiente deseo, que quedó bastante pensativo.

—Es una hermosa ciudad donde se hacen miles de negocios,—añadió Grip.—Los navíos no se contentan con detenerse un momento como en Cork. Toman cargamentos, vuelven con otros.

Hormiguita escuchaba siempre y su pensamiento le arrastraba... le arrastraba...

—Tú debías instalarte en Dublin,—dijo Grip. Estoy seguro que sacarías más provecho que aquí; y si te es preciso algún dinero...

—Bob y yo tenemos economías,—respondió *Hormiguita*.

—Ya lo creo,—respondió Bob, sacando un shilling y seis pence de su bolsillo.

—También yo las tengo,—dijo Grip,—y no sé dónde colocarlas.

—¿Por qué no las colocas en un Banco, en alguna parte?

—Tengo poca confianza.

—Pero pierdes lo que te podían producir por interés, Grip.

—¡Mejor es esto que perderlo todo! Pero, si no tengo confianza en otros, la tengo en tí; y si vas á Dublin, que es el puerto donde va el *Vulcan*, se vería pronto. ¡Qué dicha! Y te lo repito; si para emprender un comercio necesitas algún dinero, yo te daré con gusto todo el que tengo.

El excelente mozo estaba dispuesto á hacerlo. ¡Era tan feliz, tan feliz por haber vuelto á encontrar á *Hormiguita*! ¿No parecía que estaban unidos el uno al otro, por un lazo que por nada se rompería?

—Ve, pues, á Dublin,—repitió Grip.—¿Quiéres que te diga lo que pienso?

—Dilo.

—Pues bien; siempre he tenido la idea de que harás fortuna.

—También yo he tenido siempre esa idea,—respondió sencillamente *Hormiguita*, cuyos ojos brillaban extraordinariamente.

—Sí,—continuó Grip.—Te veo rico un día, muy rico. Pero no es en Cork donde ganarás mucho dinero. Reflexiona en lo que te he dicho; pues no hace falta tratar de ello sin haberlo antes reflexionado.

—Bien, Grip.

—Y ahora, puesto que no hay más que comer...—dijo Bob levantándose.

—Quieres decir,—continuó Grip,—puesto que no tienes más hambre.

—Sí; tal vez. No sé. Es la primera vez que esto me sucede.

—Vamos á pasear,—dijo *Hormiguita*.

Y así se acabó aquella tarde. ¡Cuántos proyectos formaron los tres amigos mientras recorrían los muelles y las calles de Queenstown, escoltados por Birk!

Cuando llegó el momento de separarse, cuando Grip acompañó á los niños al ferry-boat, dijo:

—Nos volveremos á ver. No nos habremos encontrado para no vernos más.

—Sí, Grip, en Cork; la primera vez que el *Vulcan* vuelva.

—¿Por qué no en Dublin? Allí estaré algunas semanas. Sí, en Dublin, si tú te decides.

—¡Adiós, Grip!

—¡Hasta la vista, chiquillo!

Y se abrazaron, no sin una profunda emoción.

Bob y Birk se despidieron también de Grip; y cuando el ferry-boat soltó amarras, Grip le siguió largo tiempo con la mirada, mientras aquel subía por el río.

III

Una idea comercial de Bob.

Un mes después, en el camino que baja hacia el SE. de Cork en dirección á Youghal, atravesando los territorios orientales del condado, un niño de once años y otro de ocho iban empujando una ligera carreta

arrastrada por un perro. Eran *Hormiguita* y Bob. El perro, Birk.

Las excitaciones de Grip habían producido su efecto. Antes de haberle encontrado, *Hormiguita* soñaba con abandonar Cork para ir á Dublin á probar fortuna. Después del encuentro deci lióse á realizar su sueño. No os imaginéis que no había reflexionado en las consecuencias de aquella grave determinación; era abandonar lo cierto por lo dudoso, ¿por qué ocultarlo? Pero en Cork no tenía esperanzas de mejorar su situación. Por el contrario, en Dublin un inmenso campo se abría á su actividad. Consultada la opinión de Bob, éste se declaró dispuesto á partir al día siguiente, y la opinión de Bob merecía ser tomada en consideración.

Nuestro héroe retiró sus economías de casa del editor, el que no dejó de hacerle algunas observaciones sobre sus futuros proyectos. Nada consiguió de aquel niño tan superior á su edad, y que no tenía la costumbre de pagarse de quimeras, disposición muy común á los Paddys de todas las épocas. No; *Hormiguita* estaba resuelto á seguir los caminos que llevan arriba; era el único medio de subir, y su precoz instinto le decía que abandonar Cork por Dublin, era subir hacia el porvenir.

Y ahora, ¿qué vía tomaría y qué medios de transporte? El camino más corto era el que sigue el ferrocarril hasta Limerick, y de Limerick al través de la provincia de Leinster hasta Dublin. El medio de transporte más rápido era el de tomar el tren en Cork hasta la capital de Irlanda; pero este medio de locomoción era costoso: una guinea por persona, y *Hormiguita* quería economizar lo más posible. Teniendo buenas piernas ¿para qué ir en el tren? De la cuestión del tiempo no había por qué inquietarse. Se llegaría cuando se llegase. El tiempo era bueno, y los caminos del condado no son malos de Mayo á Septiembre. Y como ventaja, el viaje, en vez de costar mucho, podría producir algo.

Tal había sido la preocupación de nuestro joven negociante.

Ganar dinero en vez de perderle en el camino; continuar de pueblo en pueblo, de villa en villa, el tráfico de Cork; vender periódicos, folletos, artículos de librería... en una palabra, hacer el comercio dirigiéndose á Dublin.

Y para ejercer el comercio, ¿qué era preciso? Nada más que una carreta, en la que llevaría los géneros, preservados del polvo ó de la lluvia con un lienzo encerado. A esta carreta iría Birk enganchado, y los dos niños la empujarían por detrás. Así se recorrería el camino del litoral, en el que hay ciudades de cierta importancia como Waterford, Wexford, Wiclow, y también diversas estaciones balnearias muy visitadas en aquella época del año. Había que andar cerca de doscientas millas en estas condiciones, cierto; no importaba: se emplearían dos, tres meses; esto era lo de menos si la tienda ambulante realizaba ganancias mientras llegaba al fin.

El 18 de Abril, un mes después de haber encontrado á Grip en Queenstown, *Hormiguita*, Bob y Birk, el uno tirando y empujando los otros, iban por el camino de Cork á Youghal, donde llegaron por la mañana, sin sentir gran fatiga.

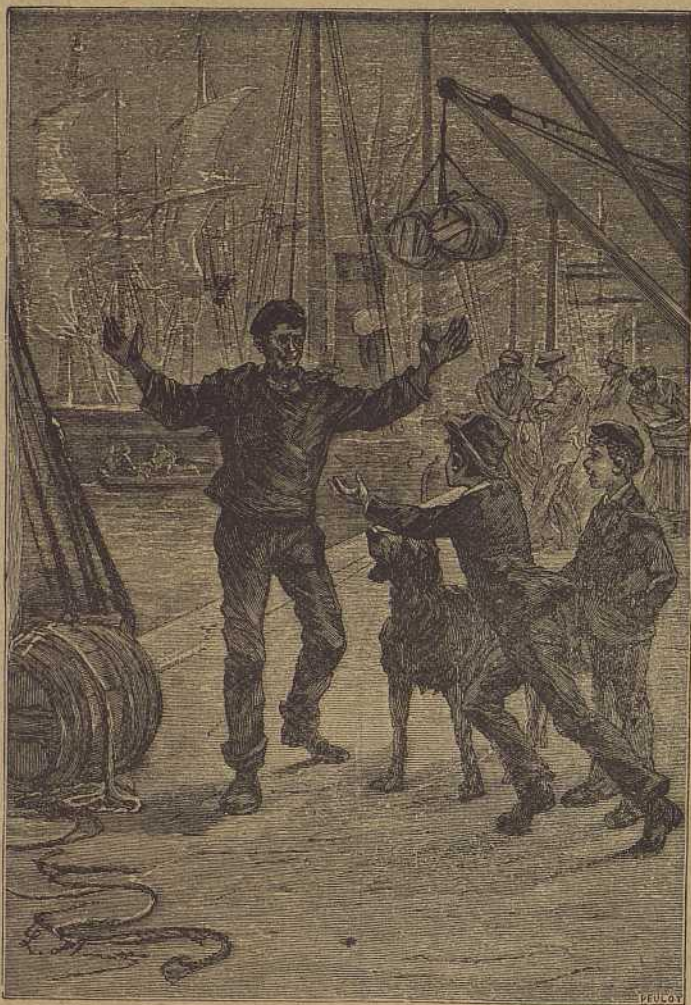
No tenían por qué quejarse, y en todo caso, no era Birk quien hubiera pensado en gruñir. Los niños trabajaban tanto como él. La carreta, muy ligera y de dos ruedas, había sido una ganga, de la que *Hormiguita* se aprovechó en casa de un mercader de Cork.

Los géneros consistían en periódicos comprados en las estaciones, folletos políticos, algunos bastante pesados de ideas y de estilo: papel para cartas, lápices, plumas y otros objetos de escritorio; paquetes de tabaco; cuya provisión sería renovada... y en fin, diversos otros artículos. Todo pesaba poco, y todo se vendía corrientemente con un bonito beneficio.

¿Qué queréis? las gentes de las ciudades se interesaban por aquellos dos niños: el uno serio como un negociante práctico, y el otro tan sonriente, ¡que hubiera dado verguenza regatear con él!

La carreta llegó á Youghal, un pueblo de seis mil habitantes con un puerto de cabotaje en el fondo de la ensenada del Blackwater. Un país donde se honra á la patata. ¿Podrá olvidar nunca Paddy que en los alrededores de Youghal fue donde sir Walter Raleigh hizo el primer ensayo de esos tubérculos, que son actualmente el verdadero pan de Irlanda?

Hormiguita pasó el resto del día en Youghal. No consintió descansar más que después de haber repuesto sus artículos, que



Era Grip, y cayeron en brazos uno de otro.

serían vendidos en el camino de Dungarvan. Una substanciosa comida en una posada, un lecho para él y Bob y para el perro; esto encontraron. Al día siguiente se dirigió á la aldea más próxima, deteniéndose en las granjas; había dos ó tres por milla. En ellas estacionaba la carreta cuando la noche se aproximaba, pues no convenía arriesgarse por las noches en los caminos. Sí, era preferible, aunque Birk fuese perro capaz de defender á su amo y á sus mercancías.

Hormiguita recordaba lo que en otra época había sufrido en los caminos de Connaught. ¡Qué cambio desde entonces! ¡Qué diferencia entre su carreta y la del brutal Thornpipe, aquella caja oscura donde apenas respiraba! También había diferencia entre Birk y el perro del Thornpipe.

Nuestro héroe no hacía agitarse á la familia real y á la corte de Inglaterra moviendo el mecanismo. No vivía de la limosna, sino que realizaba beneficios diarios. Y además, ¡qué confianza en el porvenir, qué esperanza había de realizar en Dublin, tanto ó más que lo realizado en Cork!

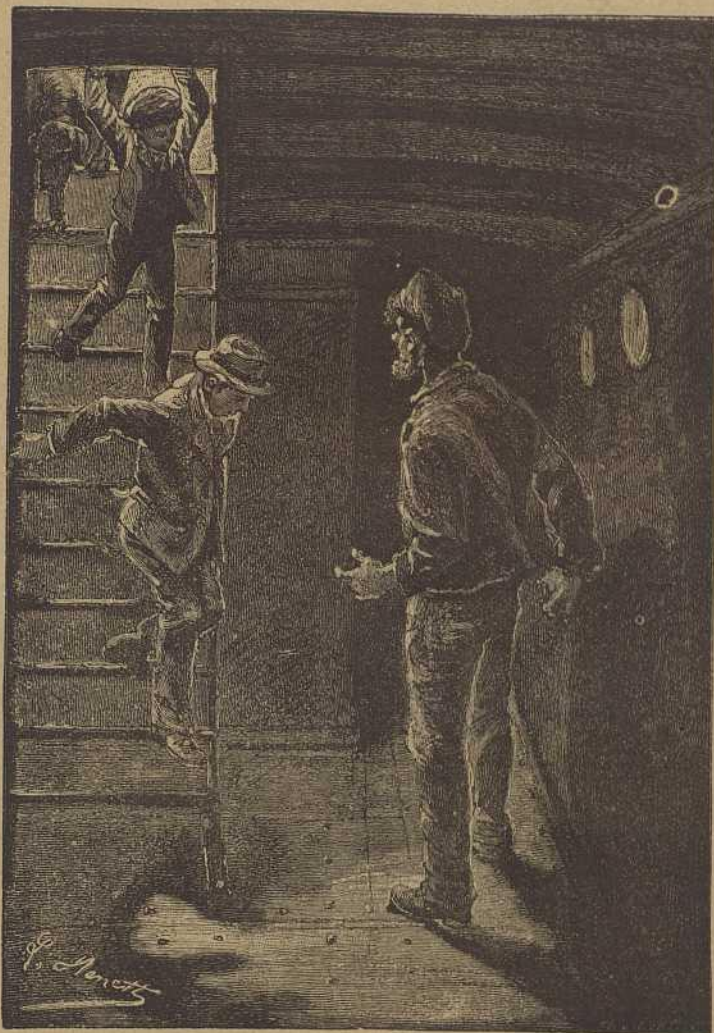
Al salir de Youghal, tuvieron que atravesar un puente, á fin de llegar al camino de Dungarvan.

—¡He aquí un puente! exclamó Bob. ¡Jamás he visto ninguno tan largo!

—Tampoco yo—respondió *Hormiguita*.

En efecto; medía doscientas setenta toneladas.—Estaba sobre la bahía del Blackwater y ahorra el camino en un día.

La carreta rodó por los tablones de madera. Hacía una fresca brisa del O.



El fogonero hizo bajar á sus invitados.

—Es como si se fuera en un barco—hizo observar Bob.

—Sí Bob.—Un barco empujado por el viento.—Mira como este nos lleva.

Atravesaron el puente. Entraron en el condado de Waterford, que confina con el de Kilkenny en la provincia de Leinster.

Hormiguita y Bob no se fatigaron. Caminaban sin apresurarse.

¿Para qué? Lo esencial era vender y vender con fruto los artículos comprados en Youghal, antes de llegar á Dungarvan, donde se repondrían otra vez. Claro es que en dos ó tres días la carreta hubiera podido transportarse de Youghal á Dungarvan. Veinticinco ó treinta millas, no hubiera sido más que un paseo. Pero si no existían más que raros pueblos, se encontraban nume-

rosas granjas y no convenía desperdiciar la ocasión de ganar algo. El ferrocarril no pasa por estos puntos, y los campesinos se aprovisionan difícilmente de cosas usuales. Así *Hormiguita* estaba decidido á practicar á conciencia su oficio de foráneo.

La tienda recibió buena acogida por todas partes. Todas las noches después de estar instalados, Bob contaba los shillings y los pences recogidos desde la mañana, y *Hormiguita* les inscribía en su "libro de caja," en la columna de productos, enfrente de la de gastos, donde figuraban los personales de alimento, cama, etc.

Nada agradaba tanto á Bob como alinear las monedas; nada placía á *Hormiguita* tanto, como adicionar su haber, y nada gustaba á Birk, tanto, como estar echado cerca de

ellos que arreglaban sus negocios mientras llegaba la hora de dormir.

El 3 de Mayo la carreta llegó á la aldea de Dungarvan. Estaba vacía—la carreta, no la aldea—y había que reponer el género por completo. Esto fue fácil, pues con sus seis mil quinientas almas, Dungarvan no deja de tener cierta importancia. Es un puerto de cabotaje abierto, sobre la bahía de su nombre y hasta aventaja al de Youghal, pues se puede atravesar la bahía sin verse obligado á darle la vuelta.

Hormiguita permaneció dos días en Dungarvan. Tuvo una excelente idea; la de comprar algunos artículos de lana á bajo precio, los que en su opinión tendrían venta en el campo. La carga no era muy pesada y no incomodaría á Birk.

Así se continuó aquel provechoso viaje. Que no le abandonase la fortuna y *Hormiguita* llegaría á ser capitalista, cuando llegase á la capital. Por otra parte, si la expedición se cumplía sin incidentes dignos de ser relatados, estaba exenta de accidentes, por lo que había que felicitarse. Siempre buen tiempo. Ninguna aventura en el camino. ¿Quién había de maltratar á aquellos niños? Además, que por aquellos sitios del S. de Irlanda no se encuentra mala gente. Estos pueblos no poseen esos instintos que empujan á actos culpables, ni son tan pobres como los de otros condados, como Cognaught y Ulster. La mar es lucrativa. La pesca y el cabotaje alimentan al pescador ó al marinero, y al labrador le favorece esta vecindad.

En estas condiciones favorables la carreta pasó Trenmore, á diez y siete millas de Dungarvan, y llegó, dos semanas después, á Waterford á diez y siete millas de Tremore en el límite de Munster. *Hormiguita* iba por fin á dejar aquella provincia donde por tantas vicisitudes había pasado; su existencia en Limerick, en la granja de Kerwan, en el castillo de Trelingar, su viaje á los lagos de Killarney, su estreno de comerciante en Cork. Había olvidado sus días de tristeza. Sólo recordaba los tres años pasados con la familia Mac Carthy, como se recuerda las alegrías del hogar doméstico.

—Bob—le dijo:—Te he prometido que descansaríamos en Waterford.

—Sí—respondió Bob—pero no estoy cansado y si quieres que sigamos...

—No. Permaneceremos aquí algunos días.

—¿Sin hacer nada?

—Siempre hay que hacer, Bob.

En efecto, ¿no es nada visitar una agradable ciudad de veinticuatro mil habitantes, situada en la ribera del Suir franqueado por un hermoso puente de treinta y nueve ojos? Añadamos que Waterford es un puerto muy frecuentado—lo que interesaba siempre á nuestro joven comerciante—el puerto más considerable del Munster oriental, y que posee un servicio regular de navegación para Liverpool, Bristol y Dublin.

Buscaron una posada conveniente, y dejando en ella la carreta fueron á los muelles, por donde pasearon algunas horas. Navíos que llegaban, navíos que se iban; ¿cómo se habían de fastidiar un instante!

—Vamos—dijo Bob—¡que si Grip viniese de pronto!

—No, Bob. El *Vulcan* no para en Waterford, y yo calculo que ahora debe de estar lejos... Por América.

—¿Allá abajo... allá abajo?—dijo Bob extendiendo el brazo hacia el horizonte de cielo y agua.

—Sí... creo que estará de vuelta cuando lleguemos á Dublin.

—¡Qué gusto volver á encontrar á Grip! ¿Estará negro todavía?

—Es probable.

—¡Oh! esto no será obstáculo para quererle.

—Tienes razón, Bob; él me ha querido mucho cuando yo era tan desgraciado...

—Sí, como tú á mí—respondió el niño cuyos ojos brillaron de agradecimiento.

Si *Hormiguita* hubiera tenido prisa por llegar á Dublin, hubiera podido tomar pasaje en el paquebot que hacía el servicio de viajeros entre Waterford y la capital. Estas travesías cuestan poco.

Vendida toda la mercancía, y llevada á bordo la carreta, los dos jóvenes y el perro se hubieran embarcado pagando algunos shillings solamente por sus asientos, y en doce horas estarían en Dublin. Y ¡qué placer navegar por el canal de San Jorge, por la superficie de aquel admirable mar de Irlanda, casi á la vista de las costas de tan variado aspecto! Una verdadera travesía, en un verdadero paquebot.

¡Viaje tentador! Pero *Hormiguita* tenía reflexión. Le parecía mejor no llegar á Dublin hasta después del regreso de Grip.

Grip conocía la ciudad y dirigirla á los dos niños por medio de ella, de la que su imaginación hacía una cosa enorme, y donde de este modo no correrían el riesgo de perderse. Y además, ¿por qué interrumpir un viaje tan fructuosamente comenzado? Así, pues, después de haber hecho, no sin trabajo, que Bob apreciase las circunstancias de un modo más conveniente, se decidió que el viaje continuaría en las mismas condiciones, subiendo hasta Dublin el litoral del Leinster.

No hay que asombrarse, pues, que á los tres días se les encuentre en el condado de Wexford, la carreta bien llena, arrastrada por el vigoroso Birk con infatigable arranque. Un borrico no lo hubiera hecho mejor, ni hasta un caballo. Verdad que para subir las cuestas, *Hormiguita* empujaba por detrás con el hombro.

Al fondo de la bahía de Waterford el camino abandona el litoral tan caprichosamente festoneado de ensenadas y caletas. La carreta perdió de vista aquella parte del mar donde se dibuja el cabo Carnsore, el punto más avanzado de la Verte Erin, sobre el canal de San Jorge.

Lejos de ser un país salvaje y desierto, aquel camino atravesaba ciudades, aldeas, granjas, y los diversos artículos de la tienda ambulante se vendieron á buen precio. Así, *Hormiguita* no llegó á Wexford antes del 27 de Mayo, aunque en línea recta la distancia desde Waterford no sea más que de unas treinta millas. Pero, ¿qué vueltas á derecha é izquierda había tenido que dar la carreta!

Wexford es algo más que un pueblo; es una ciudad de doce á trece mil habitantes, situada cerca del río Slaney, casi en su embocadura. Parece una ciudad inglesa, transportada en medio del condado de Irlanda. Esto obedece á que Wexford fue la primer plaza de armas que los ingleses poseyeron en aquel territorio, y hecha ciudad, la plaza ha conservado su primer aspecto. Tal vez *Hormiguita* sintió cierto asombro al ver tantas ruínas acumuladas y muros medio destruidos. Ignoraba la historia de esta comarca en tiempos de Jorge III, durante las crueles luchas entre católicos y protestantes; la espantosa carnicería de una y otra parte; los incendios y los destrozos que les acompañaban. Y quizás era mejor que lo ignorase, pues son terribles re-

cuerdos que ensangrientan demasiado las páginas del pasado de Irlanda. Siempre lo sabría demasiado pronto.

Abandonando Wexford, la carreta, cuidadosamente cargada, siguió aún alejándose de la costa, que volvería á encontrar á quince millas de allí, en las cercanías del puerto Arklow. No hubo por qué quejarse, por dos razones. La primera, porque la población es mayor en aquella parte del condado, las ciudades más vecinas, y las granjas bastantes cercanas, gracias al ferrocarril que por Arklow y Wicklow pone á Wexford en comunicación con Dublin.

La segunda es que el país es encantador. El camino deslizase entre espesos bosques de poderosas encinas y hayas, entre las que se destaca la encina negra, tan hermosa en tierra galica. El campo está abundantemente regado por el Slaney, el Owoca y otros tributarios, teñidos de tanta sangre en la época de las discusiones religiosas. ¡Y pensar que este rincón del suelo irlandés, rico en minerales de azufre y cobre, vivificado por los ríos que bajan de las vecinas montañas, arrastrando parcelas de oro, fue el sitio que el fanatismo eligió para sus abominables excesos! En Enniscorthy, en Fernes y en otros muchos puntos, hasta Arklow, fue donde los soldados del rey Jorge, el año 1798, combatieron á treinta mil rebeldes. ¡Así llamaban á los que defendían su patria y su fe!

Hormiguita hizo alto en el puerto Arklow, concediendo un día de descanso á su personal—palabra que está justificada si se quiere considerar á Birk como persona.

Arklow, con sus cinco mil seiscientos habitantes, forma un puerto de pesca donde reina la más grande animación. El puerto está separado de alta mar por largos bancos de arena. A los pies de las rocas tapizadas de fuco, se cogen las ostras en cantidad considerable y cuestan poco.

—Estoy seguro que nunca has comido ostras—preguntó al goloso de Bob.

—Nunca.

—¿Quiéres probarlas?

—Sí.

Y las probó; pero no fue más allá de la primera.

—Me gusta más la langosta—dijo.

—Es que aun eres muy joven, Bob.

Bob replicó que no deseaba otra cosa sino llegar á la edad de la razón, en que se

puede apreciar á esos moluscos en su justo valor.

El 19 de Junio por la mañana, acababan su jornada á Wicklow, la capital del condado de este nombre que confina con el de Dublin.

¡Qué admirable comarca acababan de atravesar, una de las más curiosas de Irlanda, casi tan frecuentada por los turistas como la región de los lagos de Killarney! ¡Qué conjunto pintoresco y variado para dar solaz á los ojos! Aquí y allá montañas que rivalizan con las más hermosas del Donegal, ó del Kerry, lagos naturales, como el de Bray y Dan cuyas límpidas aguas reflejan las antigüedades esparcidas por sus riberas. Después, en el confluente de los cursos del Ovoca, el valle de Glendalough con sus antiguas capillas construídas al borde de un lago bordeado de brillantes rocas, y la cañada enriquecida por las siete iglesias de Saint-Kévin, donde afluyen los peregrinos de toda Irlanda!

¿Y el comercio? Mejor que mejor. Siempre la misma acogida á los jóvenes foráneos. ¡Ah! ¡Es que estaban lejos de los condados pobres del NO., en aquella parte relativamente rica de Irlanda!

La vecindad de la gran capital ejercía su influjo. Y, en efecto, á partir de Arklow, el camino costero ofrece numerosas estaciones de baños de mar, ya muy frecuentados por las familias de Dublin. Todo este mundo elegante tiene dinero; y en estas estaciones circulan más guineas que shillings en los pueblos del Sligo ó del Donegal. El talento estaba en atraerles á la caja de nuestro joven comerciante; y esto se realizaba poco á poco, y seguramente *Hormigueta* habría doblado su fortuna antes de llegar al término del viaje.

Además, Bob había tenido una idea... sí... una idea muy ingeniosa, una idea suya exclusivamente, que debía producir un ciento por ciento de beneficios explotándola en ese mundo de niños ricos, huéspedes habituales de las playas de Wicklow... una idea genial, en fin.

Bob, lo sabía por experiencia, era muy hábil para coger nidos, y estos abundan en los árboles de los caminos de Irlanda.

Hasta entonces Bob no había sacado provecho alguno de estas habilidades. Una ó dos veces solamente, ya cogiendo un nido de la cima de un haya, ya atrapando pája-

ros con cepo—una sencilla planchita con tres pedazos de madera en forma de 4—había ganado alguna moneda, vendiendo sus cautivos. Pero antes de abandonar Wicklow, la idea en cuestión se había aferrado á su cerebro, y de aquí la petición de comprar una caja lo suficiente grande para contener unos treinta abejarucos, gorriones, jilgueros, pinzones y otros de pequeña talla.

—¿Y para qué?—respondió *Hormigueta*.—¿Es que te vas á dedicar á amaestrar pájaros?

—No...

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—Dejarlos volar.

—¿Para qué meterlos en una caja, entonces?

Confesaréis que *Hormigueta* no podía comprender nada de aquello; pero lo comprendió cuando Bob le hubo explicado la cosa.

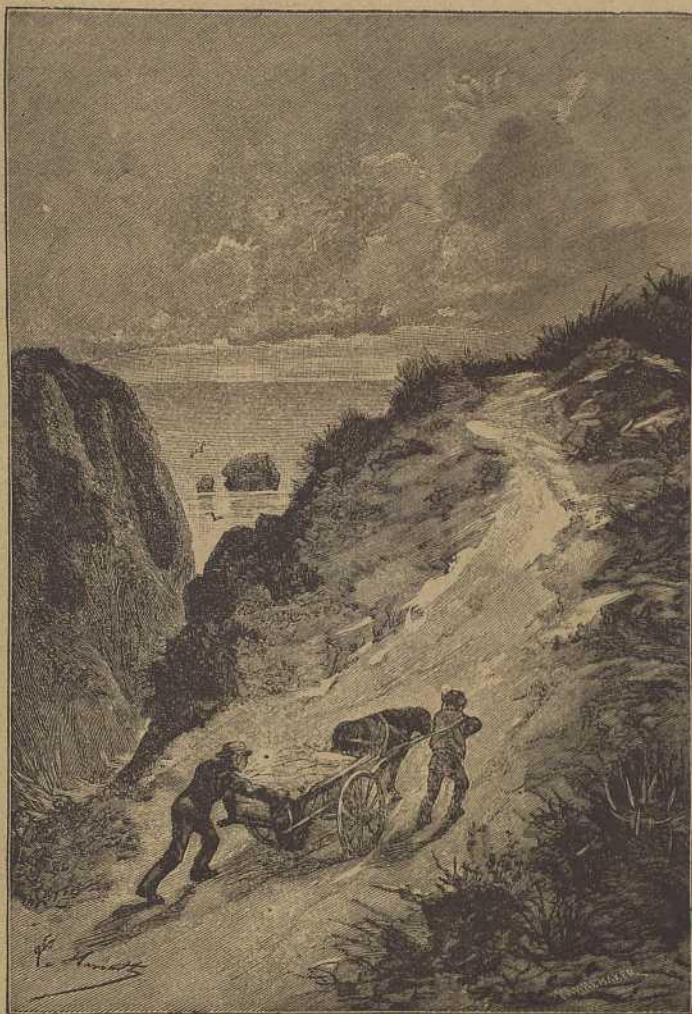
Sí. Bob se proponía dar libertad á los pájaros, mediante dinero, se entiende. Con su caja gorgiante iría entre aquellos niños no menos gorgiantes de los baños de mar. ¿Y quién de ellos rehusaría dar á costa de algún pence la libertad á los gentiles prisioneros de Bob? ¡Es tan encantador ver volar un pájaro cuando se ha pagado su libertad! ¡Es esto tan agradable al corazón de un niño, y sobre todo de una niña!

Bob no dudaba del éxito de su idea, y *Hormigueta* vió el lado práctico de la misma. Nada costaba ensayar. Comprose la caja, y no había Bob andado una milla más allá de Wicklow, cuando estaba llena de pájaros, impacientes de recobrar su libre vuelo.

Practicóse la idea de Bob en numerosas estaciones donde aflúan las familias. Allí, mientras *Hormigueta* se ocupaba en vender sus artículos, Bob, con su caja en la mano, iba á solicitar la compasión de los jóvenes gentlemans y de las jóvenes misses para sus lindos prisioneros. La libertad se daba en medio de aplausos, la caja se vaciaba, y los pence llovían en el bolsillo del pillo mozo.

¡Qué buena idea había tenido, y qué satisfacción cuando contaba por la noche su colecta antes de unirla á las ganancias ordinarias!

De este modo ambos niños, subiendo la costa hacia Dublin, se encontraron un día en Bray, la tarde del 9 de Julio.



Los niños trabajaban tanto como Birk.

Bray dista catorce ó quince millas de Dublin, y está situado al pie de un promontorio llamado Lugnaquilla, de unos tres mil pies de altura. Merced á esta magnífica situación, el pueblo parece más delicioso aún que el Brighton de la costa inglesa. Esta es, por lo menos, la opinión de Mlle. de Bovet, que lo prueba describiendo las bellezas de la Isla-Verde con un sentimiento delicado y artístico.

Figuráos una aglomeración de hoteles, de villas blancas, de costas, de quintas fantásticas, donde los habitantes y los extranjeros que afluyen durante la estación llegan á cinco ó seis mil. Se puede decir que las casas bordean el camino hasta Dublin. Bray se comunica con la capital por un ferrocarril, cuyo terraplén desaparece alguna vez

bajo el rocío de las olas que penetran furiosamente al través de la estrecha bahía de Killiney, que cierra al S. un soberbio promontorio. Muchas ruinas hay en las cercanías de Bray; ¿qué ciudad de Irlanda no las tiene? Restos de una antigua abadía de Saint-Benedict, un grupo de esas torres llamadas "martello", que servían para defender la costa en el siglo XVIII, sin hablar de las baterías que la protegen en el XIX. Con un buen anteojo parecería que se podía ver los contornos de las montañas del país de Galles, más allá del mar de Irlanda. *Hormiguita* no lo pudo hacer, primero porque no poseía anteojos, y además porque tenía que abandonar á Bray más deprisa que lo que esperaba.

El número de los niños es considerable

en aquellas playas arenosas, acariciadas por la resaca. Allí se reúnen esos pequeños gruesos y sonrosados, para los que la vida no ha sido más que un continuo encanto; mocitos en vacaciones, y niñas que juegan bajo las miradas de las madres ó ayas. Pero no se estaría en Irlanda, si hasta en Bray, la miseria tradicional no estuviera representada por una respetable banda de pordioseros, que pasan el tiempo registrando los despojos de las playas.

Los tres primeros días fueron muy fructuosos—bajo el punto de vista comercial.—Concluyéronse las mercancías. Estas estaban compuestas de modo que agradasen á los niños, ofreciendo sobre todo esos juguetes sencillos que producen grandes beneficios. Los pájaros de Bob hicieron mágico efecto. Desde las cuatro de la mañana se ocupaba en tender sus redes y llenar la caja, que la infantil clientela se apresuraba á vaciar por la tarde. Sin embargo, no era preciso permanecer en Bray. El objeto era llegar á Dublin; ¡y qué alegría si el *Vulcan* se encontraba allí, en medio del puerto, y Grip en él!... Grip, del que no se tenían noticias desde dos largos meses.

Así pues, *Hormiguita* pensaba partir al día siguiente, sin prever la inesperada circunstancia que iba á precipitar su marcha.

Era el 13 de Julio. A las ocho de la mañana, después de haber levantado sus redes, Bob volvía hacia el puerto, con su caja llena de pájaros, lo que le aseguraba una pingüe ganancia para el último día.

No había nadie en la playa.

En el momento en que volvía del muelle encontró á tres jóvenes de doce á catorce años, gentlemen de alegre humor, traje elegante, sombrero de marino, echado atrás, blusas de lana fina con botones de oro y en el cuello el ancla reglamentaria.

La primera intención de Bob fue despachar su mercancía que tendría tiempo de renovar antes de la hora del baño. Pero los dichos gentlemen con su aire burlón y sus modales algo libres, le hicieron dudar. No eran de los niños y niñas que hacían de ordinario buena acogida á sus cautivos. Aquella trinidad parecía más bien dispuesta á burlarse de él y de su comercio, y le pareció prudente alejarse.

Pero no convenía esto á los tres mozuelos, el mayor de los cuales—un señorito

cuya mirada denotaba mucha malicia natural, cortó el paso á Bob preguntando con tono brusco dónde iba.

—Vuelvo á mi casa—respondió el niño políticamente.

—¿Y esa caja?

—Es mía.

—¿Y esos pájaros?

—Los he cojido con lazos esta mañana.

—¡Eh! este es el chiquillo que recorre la playa—exclamó otro.—Ya le he visto.—Le conozco.—Por dos ó tres pence pone en libertad uno de esos pájaros.

—Y esta vez... todos tendrán libertad... y por cada—¡todos!—dijo el mayor.

Y dicho esto, arrancó la caja de manos de Bob, y la abrió.

Los pájaros volaron.

Esto era demasiado... Bob dando gritos repitió.

—¡Mis pájaros! ¡mis pájaros!

Y los señoritos se abandonaron á una risa tan inmoderada como imbecil.

Después, encantados de su mala acción, se disponían á marchar, cuando se oyeron interpelar de esta suerte.

—Señores, eso está mal hecho.

¿Quién hablaba así? *Hormiguita* que acababa de llegar acompañado de Birk... Había visto el caso y repitió con voz enérgica.

—Sí: está muy mal hecho.

Y habiendo visto al mayor de los tres jóvenes, añadió:

—Después de todo... ¡No me asombra eso en el conde Asthon!

Era en efecto el heredero del Marqués y de la Marquesa. La noble familia de los Piborne había abandonado Trelinga-Castle por aquella estación de baños de mar ocupando desde la víspera la más confortable de las villas del pueblo.

—¡Ah! ¡Es el pícaro de mi groom!—respondió con acento de profundo desprecio el conde Asthon.

—Yo mismo.

—Y si no me engaño... ese es el perro que mató á mi pointer... ¿Ha resucitado, pues? Yo creí haberle ajustado las cuentas.

—Nada tememos—respondió *Hormiguita*, á quien no imponía el aplomo de su antiguo amo.

—Pues bien: puesto que te encuentro, boy miserable, vas á pagarme lo que me debes—exclamó el conde Asthon, avanzando vivamente con el bastón levantado.

— Al contrario, vos vais á pagar á Bob el importe de sus pájaros, señor Piborne.

— No... tú primero...

Y de un bastonazo el joven gentleman cruzó el pecho de *Hormigueta*.

Éste, aunque de menos edad que su adversario, le igualaba en vigor y le pasaba en ánimos. Lanzóse sobre el Conde, le quitó el bastón, y le dió dos soberbios bofetones.

El descendiente de los Piborne quiso responder. No pudo. En un instante fue arrojado al suelo y sujeto bajo la rodilla de *Hormigueta*.

Sus dos camaradas quisieron intervenir y desasirle; pero Birk tuvo la misma idea; pues enderezándose, la boca abierta, los dientes amenazadores, iba á hacer una buena, si su amo, que se había levantado, no le hubiera contenido.

— ¡Ven! — le dijo.

Y sin preocuparse del conde Asthon ni de los otros dos, que no se mostraban dispuestos á luchar con Birk, *Hormigueta* y Bob volvieron á su posada.

Después de una escena tan ofensiva para el amor propio del joven Piborne, lo más acertado era abandonar á Bray lo antes posible. Si el golpeado se quejaba sería un mal negocio, aunque él hubiera sido el agresor. Tal vez, con una mejor apreciación de la naturaleza humana, *Hormigueta* hubiera debido reflexionar que aquel tonto y vanidoso mozo no se guardaría bien de contar su aventura, de la que hubiera tenido que ruborizarse. Pero no estando seguro de esto, arregló su cuenta, enganchó á Birk á la carreta, vacía entonces de mercancías, y antes de las ocho de la mañana, Bob y él habían abandonado á Bray.

La misma noche, muy tarde, nuestros jóvenes viajeros llegaron á Dublin, después de un camino de unas doscientas cincuenta millas, hechas en unos tres meses desde su partida de Cork.

IV

En Dublin.

¡Dublin! ¡*Hormigueta* está en Dublin! ¡Miradle! Es el actor que aborda los grandes papeles, y pasa del teatro de un pueblo al de una gran ciudad.

Dublin no es una simple capital de condado; no es Limerick con sus cuarenta y

cinco mil habitantes, ni Cork con sus ochenta y seis mil almas. Es una capital — la capital de Irlanda — que posee una población de trescientas veinte mil almas. Administrada por un lord-maire, gobernador á la vez militar y civil, que es el segundo funcionario de la isla, asistido de veinticuatro aldermen, de dos sheriffs y de ciento cuarenta y cuatro consejeros, Dublin se cuenta entre las ciudades importantes de las Islas Británicas. Comerciante con sus docks, industrial con sus fábricas, sabia con su Universidad y sus Academias, ¿por qué los *Work-houses* son aún insuficientes para sus pobres, y los *Ragged-Schools* para sus niños abandonados?

No teniendo la intención de reclamar la asistencia, ni de la *Ragged-School*, ni de los *Work-houses*, no quedaba á *Hormigueta* más que llegar á ser un sabio, un comerciante, un industrial en espera de que el porvenir le hiciera rentista. Como se vé, nada más sencillo.

Al llegar, ¿sintió nuestro héroe disgusto por haber abandonado á Cork? ¿Parecióle temerario haber seguido los consejos de Grip, consejos en perfecta concordancia con sus instintos?

¿Presintió que la lucha por la existencia sería otra vez laboriosa en medio de aquella multitud de combatientes? No; había partido confiado y su confianza no se había debilitado en el camino.

El condado de Dublin, pertenece á la provincia de Leinster. Montañoso al S., ondulado al N., es muy productivo en lino y avena. No es esta su riqueza, sin embargo. El mar, el comercio marítimo, el que se cifra en un movimiento anual de tres millones y medio de toneladas y doce mil navíos, es lo que da á la capital de Irlanda el séptimo rango entre los puertos del Reino Unido.

La bahía de Dublin, en el fondo de la que se eleva esta ciudad, cuyo perímetro es de once millas, puede contener la comparación con las más hermosas de Europa. Se extiende del puerto meridional de Kingstown al puerto septentrional de Houth. El de Dublin, está formado por la ensenada de Liffey. Dos *walls* prolongados en el mar, para contener los bancos de arena, han destruido la barra que hacía el acceso difícil y permiten á los barcos subir veinte pies por el río, hasta el primer puente bridge-Carlisle.

Conviene llegar á esta capital por mar en un día de buen sol, cuando el cortinaje de brumas ha desaparecido, si se quiere abrazar de una mirada su magnífico conjunto. *Hormiguita* y Bob no habían tenido esta suerte. La noche era sombría, la atmósfera espesa, cuando llegaron á las primeras casas del arrabal; después de haber caminado á lo largo del ferrocarril que pone á Kingstown á veinte minutos de Dublin.

Poco encantador, poco regocijado, era el aspecto que presentaban los barrios bajos de la ciudad en medio de la bruma, agujereada por algunos mecheros de gas. La carreta, arrastrada por Birk, había seguido calles estrechas. Aquí y allá, casas pobres, tiendas cerradas. Por todas partes la turba de miserables sin hogar... la abyección de la borrachera del whiskey, la más espantosa de todas, engendrando disputas, injurias, violencias.

Los dos niños habían ya visto esto. No era para sorprenderles ni inquietarles. Sin embargo, ¡qué numerosos eran los niños de su edad, tendidos en las puertas, en los rincones de las calles, en apretados montones, con los pies y la cabeza desnudos, medio cubiertos de andrajos! *Hormiguita* y Bob pasaron ante la confusa masa de una iglesia, una de las dos catedrales protestantes, restaurada gracias á los millones del gran cervecero Lee Guinness y del gran destilador Roe. En la torre, con su veleta octogonal, palpitante por las vibraciones de las ocho campanas, sonaban las nueve.

Bob, muy fatigado por la rápida y larga jornada desde Bray, había tomado asiento en la carreta. *Hormiguita* empujaba para ayudar á Birk. Buscaba una posada cualquiera donde pasar la noche y abandonarla por otra mejor al siguiente día. Sin saberlo atravesaba el barrio llamado "Las libertades," á la entrada de su principal calle San Patricio, que va desde la dicha catedral á la otra de Christ-Church, calle larga, rodeada de casas, cómodas otras veces, ahora pobres, llena de callejuelas mal sanas, de "lanes," infectos, donde abundan los cuchitriles horribles, parecidos al de la Hard. Este fue un recuerdo espantoso que impresionó el ánimo de *Hormiguita*. Y sin embargo, no estaba en una ciudad del Donegal; estaba en Dublin, la capital de Irlanda; poseía entonces más guineas ganadas

en su comercio, que farthings tenían en sus bolsillos todos aquellos pordioseros. Así, buscó, no uno de esos sitios sospechosos donde la seguridad es dudosa, sino una posada algo decente, donde la comida y la cama fueran de un precio abordable.

Encontróla, afortunadamente, en medio de Saint-Patrick-Street: una fonda de modesta apariencia, donde metieron la carreta. Después de comer los dos niños, subieron á una estrecha alcoba. Aquella noche no les hubieran despertado todos los campanarios de las catedrales, todo el tumulto de "Las libertades,".

Se levantaron al amanecer. Se trataba de operar un reconocimiento, como hace un estratégico del sitio donde se apresta á combatir. Lo indicado era ir en busca de Grip; nada más fácil que encontrarle, si el *Vulcan* estaba de vuelta en Dublin, su puerto de parada.

—¿Llevaremos á Birk?—preguntó Bob.

—Sin duda—respondió *Hormiguita*.—Es preciso que empiece á conocer la ciudad.

Y Birk no se hizo rogar.

Dublin describe un óvalo de un diámetro de tres millas. El Liffey, entrando por el O. y saliendo por el E., le divide en dos partes casi iguales. En su embocadura, esta arteria forma un doble canal que rodea la ciudad; al N. el Royal-Canal, que sigue el Midland-Great-Western-railway; al S. el Gran Canal, cuyo trazado prolongándose hasta Galway, pone en comunicación el Oceano atlántico con el mar de Irlanda.

Saint-Patrick cuenta entre sus habitantes—y éstos son los más ricos—los preñados, de origen judío. En casa de éstos es donde se compran esos antiguos pertrechos que componen los vestidos usuales de los Paddy de la clase baja, camisas llenas de piezas, faldas hechas girones, pantalones remendados con pedazos heteróclitos, sombreros de hombre, indescriptibles, sombreros de mujer adornados de flores. Allí también se empeñan los harapos por algunos pence, que los borrachos y borrachas se beben bien pronto en los "inns," de la vecindad, donde se venden el whiskey y la ginebra. Estas tiendas atrajeron la atención de *Hormiguita*.

En las calles no había casi animación á aquella hora de la mañana. En Dublin la gente es poco madrugadora; allí, por otra parte, la industria es mediana. Pocas fá-



LOS DIVERSOS ARTÍCULOS DE LA TIENDA AMBULANTE..

bricas, á no ser algunos establecimientos que trabajan la seda, el lino, la lana, y principalmente la muselina, cuya fabricación fue en otra época importada por los franceses emigrados después de la revocación del edicto de Nantes. Verdad es que las cervecerías y destilerías son florecientes. Aquí se eleva la importante y renombrada destilería de whiskey, de M. Roe. Allí la cervecería de M. Guinness, de un valor de ciento cincuenta millones de francos, que comunica por galerías subterráneas con el dock de Victoria, de donde parten cien navíos que llevan la cerveza á ambos continentes. Pero si la industria parece, el comercio al contrario, tiende á acrecentarse sin cesar, y Dublin ha llegado á ser el primer mercado del Reino Unido, en lo que concierne á la exportación de cerdos y ganado mayor. *Hormigueta* sabía estas cosas, por haberlas aprendido leyendo las estadísticas cuando vendía periódicos y folletos.

Ganando la parte del Liffey, Bob y él no perdían nada de lo que se ofrecía á su vista. Bob, muy locuaz, hablaba sin cesar, siguiendo su costumbre.

—¡Ah! ¡esta iglesia! ¡Ah! ¡esta plaza! ¡qué edificio más grande!

El edificio era la Bolsa, el Royal-Exchange. A lo largo de Dame-Street estaba la City-Hall, el Commercial-Building, sala donde se reunían los negociantes de la ciudad. Más lejos aparecía el palacio bajo la montaña de Cork-Hill, con su enorme torre y sus pesadas construcciones de ladrillo. En otro tiempo, fortaleza restaurada por Elisabeth, y que sirve de residencia al gobernador. Más allá se dibujaba el parque Stephen, ornado con la estatua de un Jorge I á caballo, en bronce, tapizado de verdes prados, sombreado de hermosos árboles, bordeado de casas tan tristes como simétricas, de las que el palacio del arzobispado protestante y el Board-room son las mayores. A la derecha el Square-Merrion, donde se eleva la antigua casa de Leinster, el hotel de la Sociedad Real, con la fachada estilo corintio y vestíbulo dórico, y también la casa donde nació O'Connell.

Hormigueta, dejando charlar á Bob, reflexionaba, buscando el medio de sacar una idea práctica de lo que veía. ¿Cómo haría crecer su pequeña fortuna? ¿A qué género de comercio se dedicaría para doblarla... triplicarla?

Sin duda, caminando al azar al través de las calles miserables confinantes con los barrios ricos, los dos niños se extraviaron más de una vez. Esto explica, por qué una hora después de haber abandonado Saint-Patrik-Street no habían llegado aún á los muelles del Liffey.

—¿No hay, pues, río?—repitió Bob.

—Sí; un río que desemboca en el puerto—respondió *Hormigueta*.

Y continuaron su exploración alejándose en muchas vueltas. Así, más allá del castillo, llegaron ante un vasto conjunto de construcción de cuatro pisos de piedra de Portland, con una fachada griega de cien metros de altura, un fronton sobre cuatro columnas corintias y dos pabellones con pilastras. En torno se desarrolla un verdadero parque donde los jóvenes se entregan á las diversiones de sport.

¿Era, pues, un gimnasio? No; era la Universidad fundada por Elisabeth. Trinity-College, como se la llama oficialmente. Aquellos jóvenes eran los estudiantes irlandeses, furiosos sportman que rivalizan en audacia con sus camaradas de Cambridge y de Oxford. Estos no se parecían en nada á la *Ragged-School* de Galway y el rector debía ser diferente de M. O' Lobkins.

Bob y *Hormigueta* tomaron por la derecha, y no habían andado cien pasos cuando el niño gritó.

—¡Mástiles! ¡Veo mástiles!

—De modo, Bob, que hay río.

Mas sólo se veía la estremidad de estos mástiles por encima de las casas de un muelle. De aquí la necesidad de encontrar una calle que bajase hacia el Liffey, y los dos niños corrieron en tal dirección precedidos de Birk que iba con el hocico en tierra y la cola agitada como si siguiese una pista.

De esto resultó que solo concedieron una mirada distraída á la catedral de Christ-Church, y preciso es que se hubieran extraviado, pues entre las dos catedrales no hay más distancia que la de Saint-Patrik-Street. Sin embargo, era una curiosa iglesia, la más antigua en Dublin, del siglo XII, en forma de cruz latina, como una torre cuadrada, como un torreón sobre cuatro columnas y tejados puntiagudos. ¡Bah! Ya tendrían tiempo de visitarla más tarde.

Aunque Dublin posee dos catedrales protestantes y un arzobispo anglicano, no se

vaya á creer por esto que la capital de Irlanda pertenece á la religión reformada. No. Los católicos, bajo la dirección de un arzobispo, estan en una proporción de dos terceras partes por lo menos, y existen iglesias donde el culto romano se celebra con toda magnificencia, tales como la Concepción, San Andrés, una capilla metropolitana de estilo griego, la iglesia de los jesuitas, sin hablar de una basílica que se piensa elevar sobre un plano monumental en el barrio de Thomas-Street.

Al fin *Hormiguita* y Bob llegaron á la orilla derecha del Liffey.

—¡Qué hermoso es!—dijo uno.

—Jamás hemos visto nada tan hermoso—respondió el otro.

Y de hecho, en Limerick ó en Cork sobre el Shannon ó el Lee, se buscaría en vano aquella admirable perspectiva de malecones de granito, bordeados de soberbias casas; á la derecha las de Ushers, Aleschants, Wood, Essex; á la izquierda las de Ellis, Aran, King's Inn y otras.

No es en aquella parte del Liffey donde amarran los navíos.

Su bosque de mástiles se mostraba á la izquierda.

—Aquellos son los docks, sin duda—dijo *Hormiguita*.

—Vamos allí—respondió Bob al que la palabra *docks* picaba la curiosidad.

Nada más fácil que atravesar el Liffey. Los dos barrios de Dublin se comunican por nueve puentes, y el último al E. Carlisle-bridge, el mejor de todos, pone en comunicación Westmoreland-street y Sackville-street, citadas entre las más bellas calles de la capital.

Los dos niños no marcharon por Sackville-street, lo que les hubiera alejado de los docks, donde les atraían los barcos. Pero en primer lugar, examinaron uno á uno los navíos anclados en el Liffey más abajo de Carlisle bridge. Tal vez el *Vulcan* estaba allí. Le hubieran reconocido entre mil. No se olvida un barco que se ha visitado, sobre todo cuando Grip es su primer fogonero.

El *Vulcan* no estaba en los muelles del Liffey. Podía ser que aún no hubiese vuelto, ó que estuviera amarrado en medio de los docks ó en la dársena de compostura para alguna operación de carena.

Hormiguita y Bob siguieron el muelle

bajando por la orilla izquierda. Tal vez el otro absorto por el pensamiento del *Vulcan* no vió el Custom-house, la aduana que es un vasto edificio cuadrangular de cien pies de altura, decorado por la estatua de la Esperanza. El otro se detuvo un instante á contemplarle. ¿Tendría alguna vez mercancías que serían sometidas á las visitas de esta aduana? ¿Había nada más envidiable que pagar los derechos por los cargamentos traídos de lejanos países? ¿Tendría alguna vez esta satisfacción?

Llegaron á los docks de Victoria. En aquella ensenada, corazón de la ciudad comercial, había navíos, unos cargando, otros descargando.

Bob, lanzó un grito.

—El *Vulcan*. ¡Allí, allí!

No se equivocaba. El *Vulcan* estaba en el muelle embarcando mercancías.

Algunos instantes después, Grip, al que ninguna ocupación retenía á bordo, se reunió con sus dos amigos.

—Al fin,—ya estáis aquí—repetía estrechándoles en sus brazos hasta sofocarles.

Los tres subieron por el muelle, y deseos de hablar más á gusto ganaron la orilla del Royal-Canal, á la derecha del sitio donde desemboca sobre el Liffey.

Este sitio estaba casi desierto.

—¿Y desde cuándo estais en Dublin?—preguntó Grip que les había cogido del brazo.

—Desde ayer por la noche—respondió *Hormiguita*.

—¡Solamente!—Veo que has tardado en decidirlo.

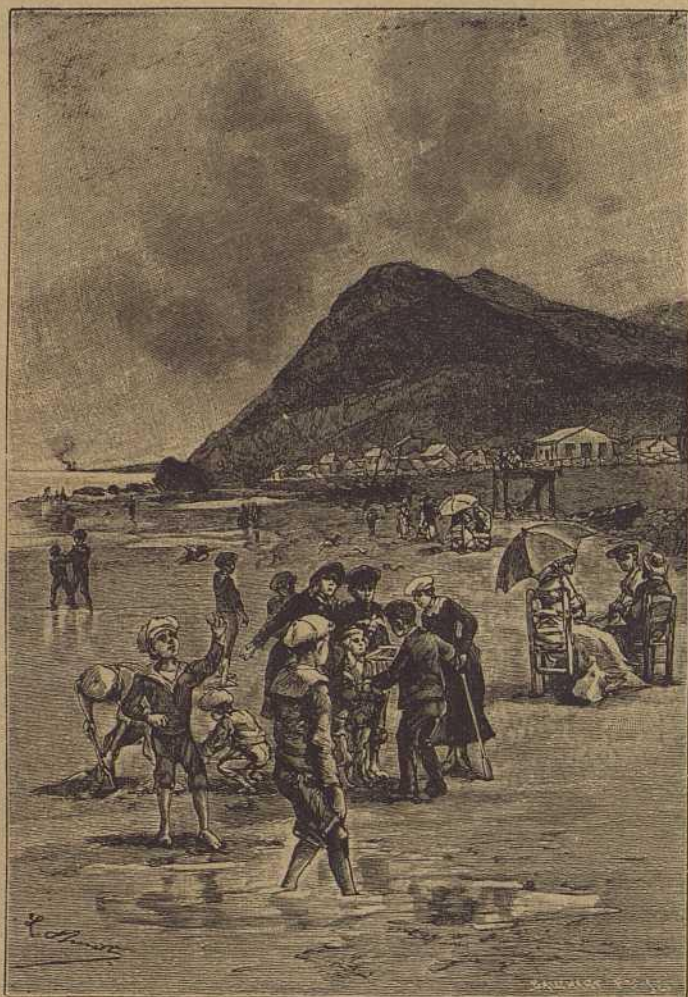
—No, Grip.—Después de tu partida había tomado la resolución de dejar á Cork.

—Bien. De eso hace tres meses ya—y yo he tenido tiempo de ir dos veces á América y volver. Siempre que me he detenido en Dublin he recorrido la ciudad, pensando encontrarte. Pero ni sombra de *Hormiguita* ni de Bob, ni de ese buen animal de Birk. Entonces te escribí. ¿No has recibido mi carta?

—No, Grip; y esto obedece á que no debíamos estar en Cork cuando ella llegó. Hace ya dos meses que nos pusimos en camino.

—¡Dos meses!—exclamó Grip. ¿Qué tren habéis tomado para venir?

—¿Qué tren?—respondió Bob mirando maliciosamente al fogonero... El de nuestras piernas...



Los pájaros de Bob hicieron mágico efecto.

—¿Habéis hecho todo el camino á pie?

—A pie y por el camino más largo.

—¡Dos meses de viaje!—exclamó Grip.

—¡Qué no nos ha costado nada!—dijo Bob.

—¡Y en el que hemos ganado una bonita suma!—añadió *Hormiguita*.

Preciso fue contar á Grip lo acaecido en aquella fructuosa expedición; la carreta arrastrada por Birk, la venta de los diversos artículos en las ciudades y en las granjas, la especulación con los pájaros... una idea de Bob.

Y las pupilas de este brillaban como dos puntos de fuego.

Después la parada en Bray, el encuentro con el heredero de los Piborne, la mala acción del joven, y lo que siguió de aquí.

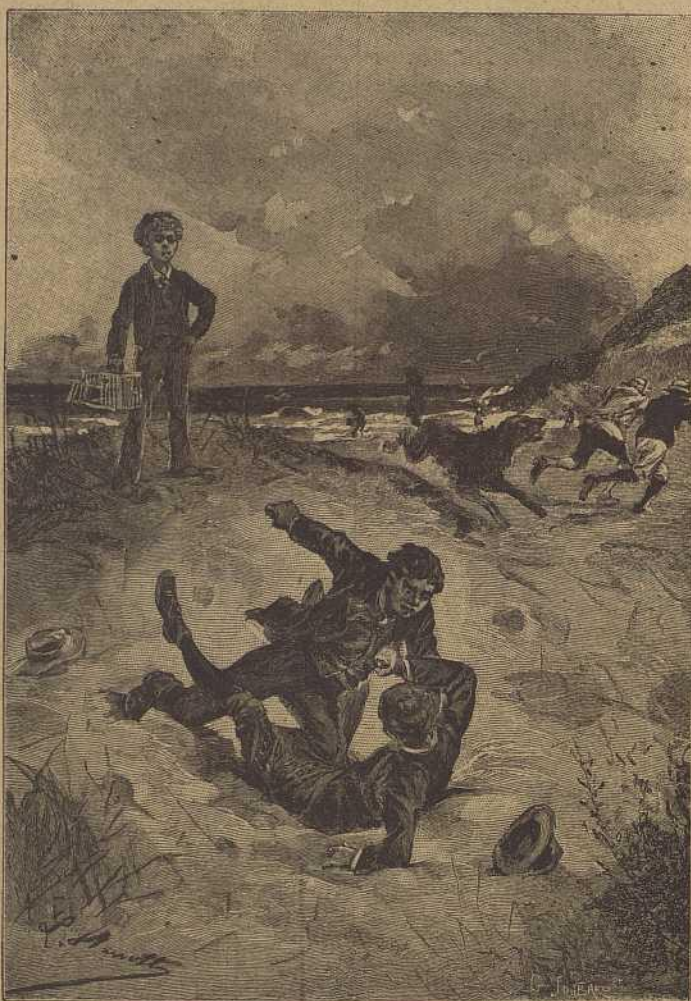
—¿Le golpeaste duro, al menos?—preguntó Grip.

—No; pero ese miserable Asthon estaba más humillado de verse en tierra bajo mi rodilla, que si le hubiese pegado.

—Es igual; yo le hubiese pegado encima.

Durante la narración de estas interesantes aventuras, la alegre trinidad subía por la orilla derecha del canal. Grip pedía siempre nuevos detalles. No ocultaba su admiración ante *Hormiguita*. ¡Qué instinto poseía del comercio! ¡Qué genio, que sabía comprar y vender, que sabía contar, por lo menos tan bien como M. O'Bodkins! Cuando *Hormiguita* le dijo que tenía ciento cincuenta libras en caja, exclamó:

—Entonces eres tan rico como yo. Solamente que yo he tardado seis años en ga-

Sujeto bajo la rodilla de *Hormigueta*.

nar lo que tú en seis meses. Te repito lo que te dije en Cork: harás fortuna.

—¿Dónde?

—Por donde quiera que vayas—respondió Grip con el acento de la más absoluta convicción.—En Dublin, si te quedas aquí. En otro lado, si vas á otro lado.

—¿Y yo?—preguntó Bob.

—También tú, con la condición que se te ocurran ideas como la de los pájaros.

—Las tendré.

—Y que no hagas nada sin consultar al patrón.

—¿Quién?...

—¡*Hormigueta*! ¿No te ha hecho el efecto de un patrón?

—Y bien—dijo éste;—hablemos de nuestros asuntos.

—Sí; pero después de almorzar. Estoy libre todo el día. Conozco la ciudad como las calderas ó las cuevas del *Vulcan*. Es preciso que yo te dirija y que recorramos juntos Dublin. Tú verás lo que más te conviene hacer.

Almorzaron en una taberna de marineros, sobre el muelle. Se almorzó bien; pero sin renovar las magnificencias del inolvidable festín de Cork. Grip contó sus viajes con gran gusto de Bob. *Hormigueta* escuchaba, siempre pensativo, superior á su edad, por el desarrollo de su inteligencia, lo serio de sus ideas, la tensión permanente de su espíritu. Parecía nacido á los veinte años, y que ahora tenía treinta.

Grip dirigió á sus amigos hacia el centro de la ciudad, aproximándose al Liffey.

Allí estaba el centro opulento. Gran contraste con los sitios pobres, pues en la capital de Irlanda no hay punto de transición. La clase media falta en Dublin. El lujo y la pobreza se codean. El barrio elegante se desarrolla hasta Stephens'square. Allí había esa burguesía elevada, de educación amable, instrucción cultivada, y que por desdicha se divide en las cuestiones políticas y religiosas.

Sackeville es una calle espléndida, bordeada de elegantes casas, con suntuosas tiendas y cuartos de anchas ventanas. Esta larga arteria está inundada de luz cuando hace buen tiempo, y de aire cuando soplan las brisas del E. Su nombre patriótico es el de O'Connell-Street. En ella, la Liga Nacional ha fundado su comité central, cuya muestra resplandece en letras de oro.

Pero en esta hermosa calle, ¡cuántos pobres andrajosos acostados sobre las aceras, agrupados en las puertas, acodados en los pedestales de las estatuas! Tanta miseria no dejó de impresionar á *Hormiguita*, por acostumbrado que á ella estuviese. En verdad, lo que parecía casi aceptable en el barrio de Saint-Patrick, desentonaba en Sackeville-Street.

Una particularidad sorprendente también era el gran número de niños ocupados en la venta de periódicos. *La Gaceta de Dublin*, *Dublin Express*, *La Nacional Press*, *El Freeman's Journal*, los principales órganos católicos y protestantes, y bastantes otros.

—¿Eh?—dijo Grip.—¿Qué montón de vendedores en las calles, en las estaciones, en los muelles?

—¡Un oficio que no se puede seguir aquí!—observó *Hormiguita*.—Ha resultado en Cork, pero no resultaría en Dublin.

Nada más exacto: la concurrencia era temible, y la carreta de Birk, llena por la mañana, hubiera corrido el riesgo de estarlo por la noche.

Continuando el paseo, se vieron en otras calles magníficas, con hermosos edificios; el Correo, cuyo pórtico central descansa sobre dos columnas del orden jónico. *Hormiguita* pensaba en la enorme cantidad de cartas que están allí, como una nube de pájaros que vuelan sobre el mundo entero.

—De aquí—dijo Grip—se te entregarán las cartas dirigidas á tí... ¡M. *Hormiguita*, comerciante... Dublin!

El joven no podía menos de sonreírse

ante las manifestaciones exageradas y entusiastas de su antiguo compañero de la *Ragged-School*.

Vieron el edificio del Palacio de Justicia, con su larga fachada de sesenta y seis toesas, su cúpula, con doce ventanas, que el sol iluminaba aquel día.

—Espero—dijo Grip—que no entrarás jamás en relaciones con este edificio.

—¿Y por qué?

—Porque es una caldera como la del *Vulcan*; solamente que no es carbón lo que consume, sino clientes que se queman á fuego lento, y que los mercaderes de leyes meten en el horno.

—No se hacen negocios sin arriesgar procesos, Grip.

—Pues procura tener los menos posibles. Cuestan caros cuando se ganan, y arruinan cuando se pierden.

Y Grip sacudió la cabeza con aire inteligente. Pero cambiósese de tono cuando los tres admiraron un edificio circular, cuyo dibujo arquitectónico reproducía los esplendores del orden dórico.

—¡El Banco de Irlanda!—exclamó Grip saludando.—He aquí un sitio donde deseo entrar veinte veces por día. ¡Hay cofres tan grandes como casas! ¿No te gustaría vivir en una de estas casas, Bob?

—¿Son de oro?...

—No; ¡pero está en oro todo lo que hay dentro! Espero que en ella guardará su dinero *Hormiguita* algún día.

¡Siempre las mismas exageraciones, que salían de un corazón convencido! *Hormiguita* escuchaba á medias, mirando aquel espacioso edificio, donde tantas fortunas acumuladas formaban "montones de millones, unos sobre otros", á creer al fogonero del *Vulcan*.

Siguióse el paseo, marchando sin transición de calles miserables á calles felices; aquí los ricos, holgazaneando la mayor parte; allí los pobres, tendiendo la mano, sin buscar apiadar mucho al paseante.

Y por todas partes policiacos, con el skiff en la mano, y también, para asegurar la tranquilidad de la isla-hermana, con el revólver á la cintura. Es la efervescencia de las pasiones políticas la que produce esto. ¿Hermanos los Paddys? Sí; en tanto que una disputa religiosa, ó una cuestión de *home-rules*, no excite á los unos contra los otros. Entonces son incapaces de poseerse.

Es la antigua sangre de los galos que corre por sus venas, y llegarían á justificar este refrán de su país: "Poned á un irlandés en el asador, y encontraréis siempre otro irlandés para volverle."

¡Cuántas estatuas mostró Grip á sus amigos en esta expedición! ¡Un medio siglo más, y habrá tantas como habitantes! Imaginad una población en bronce y marmol, de O'Connell, O'Brien, Wellington, Burke, Goldsmith, Grawan, Thomas Moore; de Crampton, Nelson Guillermo de Orange y Jorge... Jamás *Hormigueta* y Bob habían visto semejante multitud de personajes ilustres sobre sus pedestales.

Entonces se dieron el placer de una excursión en coche, y mientras éste desfilaba ante otros edificios que atrajeron sus miradas por su grandeza y disposición, preguntaban á Grip, y Grip no se quedaba nunca parado. Tan pronto era una cárcel, como uno de esos work-house donde se obliga á trabajar á las gentes por una exigua retribución.

—¿Y esto?—preguntó *Hormigueta*, designando un vasto edificio en Coombe Street.

—¿Eso?—respondió Grip— es la *Ragged-School*.

¡Qué de dolorosos recuerdos despertó este nombre en *Hormigueta*!

Pero si en uno de estos tristes asilos era donde tanto había sufrido, allí encontró á Grip, y esto era una compensación. ¡Detrás de aquellos muros había todo un mundo de niños abandonados!

Verdad que ellos no se parecían en nada á aquellos infelices de Galway, de los que tan poco se cuidaba M. O' Lobkins; llevaban jersey azul, su pantalón gris, buenos zapatos, gorra. Obedece esto á que la *Sociedad de las Misiones de la Iglesia de Irlanda*, propietaria de esta escuela, busca pensionistas tanto para educarlos y alimentarlos, como para inculcarles los principios de la religión anglicana. Añadamos que las *Ragged-School* católicas, dirigidas por religiosos, no dejan de hacerla una feliz concurrencia.

En fin, siempre dirigidos por su guía, *Hormigueta* y Bob abandonaron el coche á la entrada de un jardín situado al O. de la ciudad y en el que el Liffey forma el límite inferior,

¿Un jardín?—Más bien un parque de mil setecientos cincuenta acres. (1)

Llámanse Phoenix-Park y Dublin puede enorgullecerse de él. Bosques soberbios, musgos verdosos, donde pacen vacas y carneros, parterres resplandecientes de flores, campos de maniobras para las revistas, vastos cercados propios para los ejercicios de polo y del foot-ball, ¿qué falta á aquel pedazo de campo conservado en medio de la villa? No lejos del gran paseo central se eleva la residencia de veraneo del gobernador, lo que ha hecho crear una escuela y un hospital militar y un barrio para los artilleros, y una caseta para los policías.

Se mata sin embargo en Phoenix-Park y Grip mostró á los niños dos incisiones en forma de cruz á lo largo de un foso. Es que allí, tres meses antes, el 6 de Mayo, casi á los ojos del gobernador el puñal de los invencibles, había mortalmente herido al secretario y al subsecretario del Estado por Irlanda, M. Burke y lord Federico Cavendish.

Con un paseo hasta el Zoological-Garden, que está anejo, terminó aquella excursión al través de la capital. Eran las cinco cuando los dos amigos se despidieron de Grip para volver á su cuarto de Saint-Patrick Street. Se convino en que se verían todos los días, si esto era posible, hasta la partida del steamer.

Más he aquí que Grip dijo á *Hormigueta* en el momento en que se iban á separar:

—Y bien, chico, ¿has tenido alguna idea esta tarde?

—¿Una idea Grip?

—Sí: ¿qué has decidido hacer?

—Lo que haré no; pero sí lo que no haré, Grip. Continuar nuestro comercio de Cork, no resultaría en Dublin. Hay mucha concurrencia para vender periódicos y folletos.

—Esa es mi opinión.

—En cuanto á recorrer la calle con la carreta, ¿qué artículos podría vender? Y hay muchos del oficio. No. Tal vez sería preferible establecerse; alquilar una tiendecilla.

—Bien, chico, bien.

—Una tienda en un barrio por el que pase mucha gente, y gente rica; una de esas calles... de Las Libertades por ejemplo.

—¡No se podía imaginar mejor!—dijo Grip.

—Mas, ¿qué se vendería?—preguntó Bob.

—Cosas útiles y necesarias,—respondió *Hormigueta*.

(1) 779 hectáreas 250.



Hormiguita atravesó «Las Libertades.»

—¿Cosas que se coman, entonces?—preguntó Bob.—Pasteles, ¿no es eso?

—¡Qué goloso!—exclamó Grip.—Los pasteles no son útiles.

—Sí, puesto que son buenos.

—No es bastante; es preciso sobre todo, que sea necesario;—respondió *Hormiguita*.—En fin, veremos. Reflexionaré. Recorreré el barrio bajo. Hay revendedores que parecen tener buen comercio. Pienso que una especie de bazar...

—Eso. Un bazar,—exclamó Grip, que veía ya la tienda de *Hormiguita* con una portada pintorrajada y una muestra en letras doradas.

—Pensaré en ello, Grip. No seamos impacientes. Conviene reflexionar antes de decidirse.

—Y no olvides que todo mi dinero está á tu disposición. Yo no sé emplearle, y positivamente me fastidia tenerle siempre sobre mí.

—¿Siempre?

—Siempre en mi cinto.

—¿Por qué no le colocas?

—Sí, contigo. ¿Le quieres?

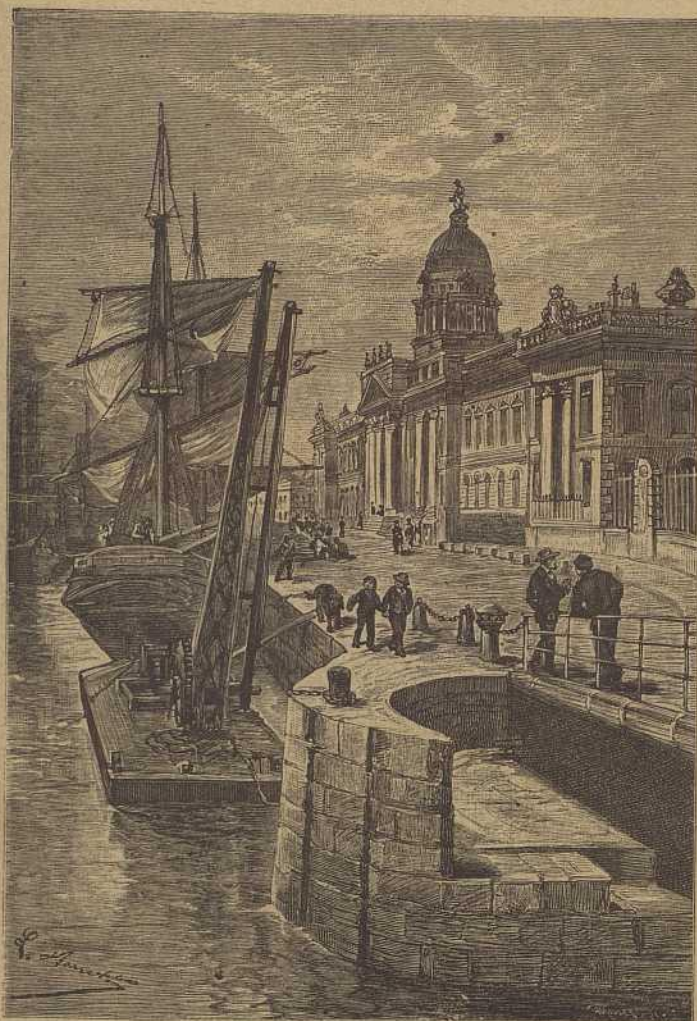
—Veremos más tarde, si nuestro comercio marcha bien. No es dinero lo que nos falta, sino la manera de emplearlo sin mucho riesgo y con provecho.

—No tengas miedo. Te repito que tu fortuna es segura. Te veo con centenares y millares de libras.

—¿Cuándo parte el *Vulcan*, Grip?

—Dentro de ocho días.

—¿Y cuándo volverá?



Examinaron uno á uno los navíos.

—No antes de dos meses; pues vamos á ir á Boston, á Baltimore, no sé dónde, ó más bien por todas partes donde haya un cargamento que tomar.

—¡Y que traer!—respondió *Hormigueta* con un suspiro de envidia.

Separáronse al fin. Grip continuó por los docks, mientras *Hormigueta*, seguido de Bob y de Birk atravesaba el Liffey para regresar al barrio de San Patricio.

¡Cuánto pobre encontraron en su camino! ¡Cuántos borrachos zozobrando bajo la influencia del whiskey y de la ginebra!

¿De qué sirvió que el arzobispo Jean, en el concilio de 1186, reunido en la capital de Irlanda, hubiese tronado tan furiosamente contra la embriaguez? Siete siglos después Paddy bebía más, y ni otro arzo-

bispo ni otro concilio tuvieron nunca la razón de este vicio hereditario.

V

El bazar de "Los pequeños bolsillos."

Nuestro héroe tenía entonces once años y medio; Bob ocho: dos edades que reunidas no hubieran formado aún la mayoría legal. ¡*Hormigueta* lanzado á los negocios... fundando una casa de comercio! Preciso era ser Grip, es decir, una persona que le quería ciegamente y sin razonar, para creer que le iría bien en sus comienzos; que su negocio se extendería poco á poco, y en fin, que haría fortuna.

Lo cierto es que dos meses después de la llegada de los dos niños á la capital de Irlanda, el barrio de San Patricio poseía un bazar que tenía el privilegio de atraer la atención; la atención y también la clientela del barrio.

No vayais á buscar ese bazar en una de aquellas calles pobres de "Las Libertades," que se entrecruzan en torno de Saint-Patrick Street.

Hormiguita había preferido aproximarse al Liffey y establecerse en Bedford-Street, el barrio del buen mercado, donde se compra, no lo superfluo, lo necesario. Siempre hay compradores para los artículos usuales, si estos son de buena calidad y de módicos precios. Esto se lo decía la *gran experiencia* comercial del joven, cuando paseaba su carreta por las calles de Cork, y después al través de los condados de Munster y Leinster.

Era una verdadera tienda que Birk vigilaba con la fidelidad de un perro guardián, en vez de arrastrarla con la resignación de un pollino. La muestra decía: "¡A los pequeños bolsillos!," humilde invitación dirigida al mayor número, y debajo: *Little, Boy, and Co.*

Little Boy era *Hormiguita*; *and Co.* Bob... y Birk también sin duda.

La casa de Bedford-Street se componía de varios cuartos, repartidos en tres pisos. El primero de estos le ocupaba el propietario, M. O'Brien, negociante en géneros coloniales, y actualmente retirado de los negocios, después de hacer fortuna; un robusto celibulario que tenía buena reputación.

M. O'Brien no dejó de quedar muy sorprendido cuando oyó á un niño de once años y medio proponerle el alquiler de una de las tiendas del piso bajo, desalquilada hacía ya algunos meses. Pero quedó satisfecho de las respuestas sabias y prácticas que *Hormiguita* dió á sus preguntas. Sintió una verdadera simpatía por aquel niño, que le pedía consintiese en un arriendo, del que ofrecía pagar un año anticipado.

No hay que olvidar que nuestro héroe representaba más edad que la que tenía, gracias al desarrollo de su cuerpo y á lo ancho de sus hombros. Pero aunque hubiese tenido catorce ó quince años, ¿no era demasiado joven para emprender un comercio, fundar una tienda, hasta bajo este modesto lema: "Á los pequeños bolsillos,"?

M. O'Brien no trató el asunto como otros le hubieran tratado. Aquel joven, decentemente vestido, que se presentaba con cierta seguridad y explicándose de una manera conveniente, no le desagradaba, y le escuchó hasta el fin. Interesóle vivamente la historia de aquel pobre abandonado, sin familia; las luchas contra la miseria; las crueles pruebas á que había estado sometido; su comercio de periódicos y folletos en Cork; su viaje foráneo hasta la capital. Reconoció en *Hormiguita* cualidades tan serias, apoyadas en argumentos sólidos; vió en su pasado—¡el pasado de un niño de aquella edad!—tan seguras garantías para el porvenir, que se sintió seducido. El antiguo comerciante hizo, pues, buena acogida á *Hormiguita*, y le prometió ayudarle con sus consejos, tomando la resolución de seguir de cerca los ensayos de su joven inquilino.

Firmado el contrato, pagado un año anticipado, *Hormiguita* llegó á ser uno de los comerciantes de Bedford-Street.

El piso bajo alquilado por *Little Boy and Co.*, se componía de dos piezas; la una á la calle, la otra á un patio. La primera debía servir de tienda, de alcoba la segunda. En el fondo se abría un estrecho gabinete y una cocina con fogón para cok, destinado á la cocinera el día en que *Hormiguita* tomase una. Por entonces no lo hizo. Para la comida de los dos hubiera sido un gasto inútil. Comerían cuando tuvieran tiempo; cuando no hubiera compradores á quienes servir. La clientela ante todo.

¿Por qué no habían los compradores de frecuentar aquella tienda, dispuesta con tanto cuidado é inteligencia y limpieza? Ofrecía muchos artículos. Con el dinero que le quedó después de haber pagado el alquiler, nuestro joven patrón había comprado á los mercaderes al por mayor ó á los fabricantes los objetos expuestos en los escaparates y anaquelaría del bazar "Pequeños bolsillos."

En primer lugar, en la sala de ventas del barrio había encontrado por poco precio seis sillas y un escritorio. Sí, un escritorio con su cartera y cajones cerrados con llaves, pupitre, plumas, tintero y registros. En cuanto al mobiliario de la otra habitación, comprendía un lecho, una mesa y un armario destinado á los trajes y ropa blanca. En fin, nada más que lo estrictamente necesario. Y sin embargo de las

ciento cincuenta libras llevadas á Dublin y que formaban el capital disponible, se habían gastado las dos terceras partes. No era prudente ir más lejos y si guardar alguna reserva. Las mercancías vendidas serían reemplazadas de modo que el bazar estuviera siempre aprovisionado.

Claro es que para llevar la contabilidad con una perfecta regularidad, preciso era el Diario para las ventas cotidianas, y el Mayor—¡el Mayor de *Hormiguita*!—para los balances, á fin de que el estado de la caja—¡la caja de *Hormiguita*!—fuese comprobada todas las noches. M. O'Bokins de la *Ragged-School* no lo hubiera hecho mejor.

¿Y qué se encontraba en el bazar de *Little Boy*? Un poco de todo lo que se vendía corrientemente en el barrio. Si el papalista no ofrece al cliente más que papel; el ferretero ferretería; el librero libros, nuestro heroe se había ingeniado para mezclar artículos de escritorio, utensilios de casa, almanaques, manuales. Se podía hacer en "Los pequeños bolsillos," un gran gasto, á precio fijo, como se indicaba en la muestra. Al lado del anaquel de cosas útiles, había el anaquel de juguetes, barcos, rastrillos, pelotas, juguetes para todas las edades, de cinco á doce años, se entiende. Era un anaquel que Bob vigilaba y disponía con gran cuidado y gusto. Su patrón no cesaba de repetirle:

—¡Sé serio, Bob! ¡Si no lo eres, habrá que creer que nunca lo serás!

En efecto; Bob iba á cumplir ocho años, y si no se es razonable á esta edad, es que jamás se será.

No hay para qué seguir día por día los progresos que hizo el *Little Boy and Co.* en la estimación y confianza del público. Baste saber que el éxito fue rápido; y M. O'Brien quedó maravillado de las disposiciones de su inquilino para el comercio. Bueno es comprar y vender, pero mejor saber comprar y vender. Tal había sido el método del antiguo comerciante en el espacio de muchos años, operando con gran sentido y economía para hacer fortuna. Verdad es que había comenzado á los veinte ó veinticinco años, no á los doce. Así, participando de las ideas de Grip en este asunto, entreveía que *Hormiguita* haría rápidamente fortuna.

—¡Sobre todo, no hay que ir muy de prisal—no cesaba de decirle.

—No, señor—respondía *Hormiguita*;—

iré con prudencia, pues tengo mucho camino que andar, y es preciso no cansar las piernas.

Importa observar—á fin de explicar el éxito algo extraordinario—que el nombre del bazar se había esparcido á rápido vuelo al través de toda la ciudad. Un bazar fundado y regido por dos niños, un amo de la edad en que se va á la escuela, y su asociado—*and Co.*—de la edad en que se juega al cantillo, era más de lo que se necesitaba para atraer la atención y la clientela y poner en moda el establecimiento. *Hormiguita*, además, no había descuidado insertar en los periódicos algunos anuncios pagados á tanto la línea. Pero sin necesidad de pagarlos, obtuvo artículos de sensación en la primera página de la *Gaceta de Dublin*, en el *Freeman's Journal* y en otros periódicos de la capital. Los reporters no tardaron en tomar cartas en el asunto; y *Little Boy and Co.*—¡sí, Bob también!—fueron sujetos á interwius, con tanta minuciosidad como el excelente M. Glasdtone. No diremos que la celebridad de *Hormiguita* llegase á la de Mister Parnell, pero se habló mucho de aquel joven comerciante de Bedford-Street, de su tentativa que se captaba todas las simpatías. Llegó á ser el heroe del día—esto era lo más importante,—y su bazar fue muy visitado. Inútil es decir con qué amabilidad y política era acogida la clientela. ¡*Hormiguita* con la pluma en la oreja, con la vista en todo, Bob con la cara despierta, los ojos vivos y la cabellera rizada, una verdadera cabeza de perro de aguas, que las señoras acariciaban como la de uno de éstos! Sí. Verdaderas señoras, ladys y mysses, que venían de Sackville-Street de Rutland-Place, de los diversos barrios habitados por el gran mundo. Entonces la anaquelaría de los juguetes se vaciaba en algunas horas, los coches tomaban el camino de los parques, los barcos se dirigían á los estanques. ¡Por San Patricio! Bob no paraba. Los niños frescos y sonrosados, encantados de comprar á un mercader de su edad, no querían ser servidos más que por él.

El éxito es cierto con tal que dure. ¿Duraría el de *Little Boy and Co.*?

En todo caso, *Hormiguita* no economizaría ni su trabajo ni su inteligencia.

Supérfluo es añadir que desde la llegada del *Vulcan* á Dublin, la primera visita de Grip había sido para sus amigos.



Sackville-strett, en Dublin.

Servirse de la palabra “maravillado”, no bastaría para pintar el estado de su alma; un sentimiento de admiración le cogió el corazón. Jamás había visto el nada parecido á aquella tienda de Bedford-Streety á creerle, desde la instalación del bazar, Bedford-Streethubiera podido sortener la competencia con la calle Sackville de Dublin; con el Strand de Londres; con el Broadway de Nueva York, con el boulevard de los italianos de Paris. En cada venta, él se creía obligado á comprar alguna cosa, para *hacer marchar el comercio*, que por lo demás iba bien sin él. Un día, una cartera destinada á reemplazar la que nunca había tenido; otro un lindo brick pintarrajeado para regalarlo á los niños de uno de sus compañeros del *Vulcan*, el cual no había sido padre

en su vida. Lo que compró de más precio fue una admirable pipa de espuma imitada con boquilla de cristal amarillo figurando ambar.

Y repetía á *Hormiguita* al que obligaba á aceptar el precio de sus compras.

—Eh, chiquillo. Esto vá deprisa ¿eh? Hete aquí comandante á bordo de “Los pequeños bolsillos”,... ¡y tú no tienes más que aumentar tus fuegos! Ya está lejos el tiempo en que corríamos por las calles de Galway, ó temblábamos de hambre y frío en el desván de la *Ragged-School*. A propósito, ¿han ahorcado al tuno de Carker?

—Aún no, que yo sepa, Grip.

—Ya vendrá... ya vendrá, y tú tendrás cuidado de guardarme el diario que cuente la ceremonia.



EL ANAQUEL DE LOS JUGUETES SE VACIABA EN ALGUNAS HORAS.

Y Grip volvía á bordo, el *Vulcan* se lanzaba al mar, y algunas semanas después el fogonero reaparecía en el bazar donde se arruinaba con nuevas compras.

Un día *Hormiguita* le dijo:

—¿Crées siempre, Grip, que yo haré fortuna?

—¡Sí lo creo!... Como creo que nuestro camarada Carker acabará por ser ahorcado.

Esto era para él, el no más allá de lo seguro.

—Pues bien; y tú Grip, ¿no piensas en el porvenir?

—¿Yo?—¿Para qué? ¿No tengo un oficio que no cambiaría por ningún otro?

—Un oficio penoso y que no produce nada.

—¿Nada?—Cuatro libras al mes, y el alimento, y casa caliente... hasta demasiado á veces.

—¡Y en un barco!... hice observar Bob cuya mayor felicidad hubiera sido poder navegar á bordo de aquellos que vendía á los niños.

—No importa, Grip—añadió *Hormiguita*.—Siendo fogonero no se ha hecho fortuna nunca—y Dios quiere que se haga.

—¿Estás seguro?—preguntó Grip, moviendo la cabeza.—¿Está eso en sus mandamientos?

—Sí—respondió *Hormiguita*. Quiere que se haga fortuna, no solamente para ser feliz, sino para hacer felices á los que no lo son y merecen serlo.

Y pensativo, con el espíritu muy lejos, tal vez nuestro heroe, veía en sus recuerdos á Sissy, su compañera en casa de la Hard, y á la familia Mar Carthy de la que no había encontrado las huellas, y á su ahijada Jenny, todos miserables sin duda... mientras él...

—Veamos, Grip,—piensa bien en lo que me vas á responder. ¿Por qué no te quedas en tierra?

—¿Abandonar el *Vulcan*?

—Sí; abandonarle para asociarte á mí. ¿Sabes? *Little Boy and Co.* Pues bien, *and Co.* tal vez no está suficientemente representado por Bob, y añadiéndote á ti...

—¡Oh!—amigo Grip—repitió Bob.—¡Nos daría esto tanto placer á ambos!

—A mí también—respondió Grip, muy conmovido por la proposición. Pero ¿queréis que os diga una cosa?

—Dila.

—Pues bien,—yo tengo demasiada edad.

—¿Demasiada edad?

—Sí.—Si se me viera en la tienda ya no sería *Little Boy and Co.* Es preciso que *and Co.* sea pequeño para atraer gente. Yo os haría daño. Por ser niños ambos, es por lo que vuestro negocio marcha tan bien.

—Tal vez tengas razón, Grip—respondió *Hormiguita*.—Pero nosotros creceremos.

—Creceremos—añadió Bob levantándose en la punta de sus pies.

—Ciertamente; y procurar no sea demasiado pronto.

—Esto no se puede evitar,—dijo Bob.

—No. Así, ved de hacer vuestro negocio antes de que no seáis niños. ¡Qué diablo! Yo tengo cinco pies y seis pulgadas. Con esta medida no se está bien á vuestro lado. Pero si no puedo ser tu asociado, *Hormiguita*, ya sabes que mi dinero es tuyo.

—No tengo necesidad de él.

—Como gustes. Si quieres extender tu comercio...

—No podríamos los dos solos.

—Pues bien; ¿por qué no tomáis una mujer para vuestro servicio?

—Ya he pensado en ello, Grip, y el excelente M. O'Brien me lo ha aconsejado.

—Y tiene razón. ¿No conoces una criada de confianza?

—No, Grip.

—Buscando se encuentra.

—Espera, pues... pienso en ello; una antigua amiga... Kat...

Este nombre provocó un alegre ladrido. Era Birk, que se mezclaba en la conversación. Al oír el nombre de la lavandera de Trelingar-Castle, dió dos ó tres saltos inverosímiles, agitó la cola como una liebre y sus ojos brillaron.

—¡Ah! Te acuerdas, Birk,—le dijo su amo. Kat, ¿no es verdad? La buena Kat.

Birk, yendo á la puerta, pareció no esperar más que una orden para correr á toda velocidad en dirección al castillo.

Grip fue puesto al corriente del caso. Ninguna mejor que Kat. Era preciso hacerla venir. Se ocuparía de la cocina. No se la vería. No comprometería con su presencia la razón social *Little Boy and Co.*

¿Pero estaba en Trelingar-Castle? ¿Vivía aún?

Hormiguita escribió por el primer correo. A los dos días recibía contestación en unas letras gruesas, pero legibles, y no habían transcurrido cuarenta y ocho horas, cuando

Kat se apeaba en la estación de Dublin.

¡Cómo fue recibida por su protegido después de diez y ocho meses de separación! *Hormigueta* cayó en sus brazos y Birk saltó á su cuello. No sabía ella á cual de los dos responder.

Lloraba; y cuando se vió instalada en su cocina, cuando hizo conocimiento con Bob, gozó aún más.

Y aquel día Grip tuvo el honor y la dicha de participar con sus jóvenes amigos la primera comida preparada por la excelente Kat. Al día siguiente, cuando el *Vulcan* se dió á la mar de nuevo, jamás había llevado un fogonero más satisfecho de su suerte.

Se preguntará si Kat, que se hubiera contentado con la comida y el alojamiento, desde que estaba alimentada y alojada por su querido niño, tenía sueldo. Ciertamente, y tan bueno, como cualquier sirviente del barrio, sueldo que se aumentaría si hacía bien el servicio. El servicio de *Little Boy* después del servicio de Trelingar-Castle, no era difícil. Ella no quiso jamás tutear á su amo. Este no era ya el groom del conde Asthon; era el dueño de "Los pequeños bolsillos," Bob mismo en su calidad de *and-Co.* no fue llamado más que M. Bob, y Kat reservó el tuteamiento para Birk. ¡Se amaban tanto Birk y Kat!

¡Qué ventaja tener aquella noble mujer en la casa! ¡Qué orden hubo en la misma; qué limpieza en las alcobas y en la tienda! Ir á comer en una fonda vecina, era más propio de un dependiente que de un amo. Las conveniencias exigen que coma en su propia mesa. Esto es á la vez más digno y mejor para la salud, cuando se posee una entendida cocinera; y Kat sabía cocinar tan bien como lavar, repasar y acomodar la ropa blanca, cuidar los vestidos... en fin, una criada modelo, económica y de una probidad de la que se burlaban los criados de Trelingar-Castle. Pero ¿á qué volver la atención á la familia Piborne? Que el Marqués y la Marquesa continúen vegetando en su fastuosa inutilidad, y no hablemos más de ellos.

Lo que importa mencionar es que el año 1883 terminó con un balance muy ventajoso para *Little Boy and Co.* Durante la última semana apenas pudo el bazar servir los pedidos para la Pascua y el primero de año.

El anaquel de los juguetes fue veinte veces renovado. Sin hablar de otros objetos de uso de los niños, no puede figurarse las chalupas, goletas, bricks de tres mástiles, y hasta paquebots mecánicos, que Bob vendió. Igual pasó con otros artículos.

Entre el mundo elegante era de buen tono hacer las compras en la tienda de "Los pequeños bolsillos." Un regalo no era *selecto* si no á condición de llevar la marca de *Little Boy and Co.* ¡La fama hecha por los pequeños á quienes les dan gusto sus padres!

Hormigueta no tenía por qué arrepentirse de haber abandonado á Cork y su comercio de periódicos. Buscando más espacio á su comercio en la capital de Irlanda, había visto bien.

Consiguió la aprobación de M. O'Brien, gracias á su actividad y prudencia, atestiguada por la extensión creciente de sus negocios, y esto sólo con sus recursos.

El antiguo comerciante se maravillaba de ver á aquel joven, que se había impuesto una regla de conducta sin apartarse jamás de ella. Por lo demás, sus consejos eran respetuosamente aceptados, ya que no su dinero, que él había ofrecido en varias ocasiones, como Grip el suyo.

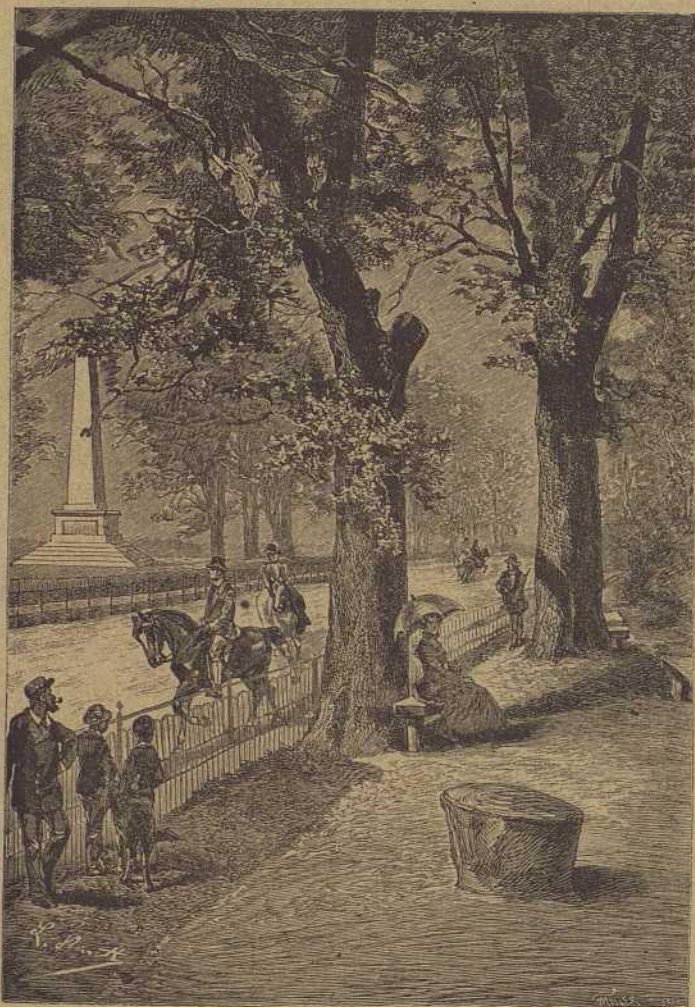
Después de acabar su inventario de fin de año, inventario en el que M. O'Brien reconoció la más perfecta sinceridad, *Hormigueta* podía estar satisfecho: en los seis meses desde su llegada á Dublin había triplicado su capital.

VI

Encuentro inesperado.

"Las personas que tengan alguna noticia de la familia Martin Mac Carthy, antiguos labradores de la granja de Kerwan, condado de Kerry, parroquia de Siltan, se les suplica se sirvan transmitir las á *Little Boy and Co.*, Bedford-Street, Dublin."

Este aviso se publicó en la *Gaceta* de Dublin el 3 de Abril de 1884: *Hormigueta* le había redactado, llevado al periódico y pagado su inserción, dos shillings por línea. Al día siguiente otros periódicos la reproducían por el mismo precio. Según pensaba el joven, en ninguna cosa mejor podía emplear media guinea. ¿No era inadmisibile



Phoenix-Park, en Dublin.

que olvidase á aquella honrada y desdichada familia, á Martín, Martina, Murdock, Kitty, su ahijada, Pat y Sim, á aquella familia, de la que había sido hijo adoptivo? Deber suyo era intentarlo todo para encontrarla, para auxiliarla; ¡y qué alegría si alguna vez podía devolver en dicha lo que en cariño había recibido!

¿Dónde habían ido, en busca de un asilo aquellas gentes después de la destrucción de la granja? ¿Estaban en Irlanda ganando penosamente su pan día por día? Con el fin de escapar á las persecuciones ¿había Murdock tomado pasaje en algún barco de emigrantes y su padre, su madre, participaban su destino en alguna lejana comarca de Australia ó América? ¿Kat, navegaba aún? A la idea de que la miseria aniquilaba

aquella familia, *Hornigueta* experimentaba un inmenso disgusto, una continua pena.

Así, pues, esperaba con viva impaciencia el efecto del aviso reproducido por los periódicos de Dublin todos los sábados durante varias semanas. Nada se consiguió.

Ciertamente, si Murdock había sido encerrado en una prisión de Irlanda se hubiera sabido. Preciso era deducir de aquí que Martín Mac Carthy, al abandonar la granja de Kerwan, se había embarcado para América ó Australia con todos los suyos. ¿Y volverían si llegaban á crearse una segunda patria, y habían abandonado la primera para no volver jamás?

La hipótesis de una emigración á Australia fue confirmada por las noticias que obtuvo M. O'Brien por varios de sus anti-



Birk saltó á su cuello

guos corresponsales. Una carta que recibió de Belfast, no dejaba duda alguna de la suerte de la familia. Después de notas sacadas de los libros de una agencia de emigrantes, se supo que en aquel puerto era donde los Mac Carthy, en número de seis, tres hombres, dos mujeres y una niña, se habían embarcado para Melbourne, hacía cerca de dos años. Imposible fue encontrar sus huellas en aquel vasto continente. *Hormigueta* no podía pues contar más que con el segundo de los hijos de Mac Carthy, suponiendo que fuera aun marino á bordo de un barco de la casa Marcuard de Liverpool. Dirigióse, pues, al jefe de esta casa; pero la respuesta fue que Pat había abandonado el servicio hacía quince meses, y no se sabía en qué navío se había embarcado.

Quedaba el azar de que Pat, de vuelta en alguno de los puertos de Irlanda, tuviese conocimiento del aviso que concernía á su familia. Débil azar, convendremos en ello; pero *Hormigueta* esperaba en él á falta de otro mejor.

M. O'Brien procuró en vano dar un rayo de esperanza á su joven inquilino, y un día le dijo:

—Mucho me asombraría si más pronto ó más tarde no vuelves á ver á la familia Mac Carthy.

—A ellos... en Australia, ¡á millares de millas!

—¿Puedes tú hablar de ese modo? ¿No está la Australia á la puerta de casa? Hoy no hay distancias. Las ha suprimido el vapor. Martín, su mujer y sus hijos volve-

rán al país, estoy seguro. Los irlandeses no abandonan su Irlanda, y si ellos han logrado allá...

—¿Es cuerdo esperar, M. O'Brien?—respondía *Hormiguila* sacudiendo la cabeza.

—Sí; si ellos son los trabajadores animosos é inteligentes que tú dices.

—El ánimo y la inteligencia no siempre bastan, M. O'Brien. Es preciso la suerte. ¡Y los Mac Carthy, no la han tenido hasta ahora!

—Pero la pueden tener, niño. ¿Crées tú que yo he sido siempre dichoso? ¡No! He sufrido muchas vicisitudes, negocios que no marchaban, reveses de fortuna, hasta el día en que me sentí dueño de la situación. ¿No eres tú mismo un ejemplo de esto? ¿No has comenzado por ser el juguete de la miseria, mientras hoy...?

—Decís verdad, M. O'Brien; y alguna vez me pregunto si todo esto no es un sueño.

—¡No, querido niño, es la hermosa realidad! ¡Que tú hayas ido mucho más allá de lo que puede un niño, es muy extraordinario, pues apenas tienes doce años! Pero la razón no se mide por la edad, y ella ha sido tu constante guía.

—¿La razón? Sí... Tal vez... Sin embargo, cuando pienso en mi situación actual, me parece que algo ha contribuido la casualidad...

—En la vida hay menos casualidades que las que piensas, y todo se encadena con una lógica más grande que la que generalmente se imagina. Tú lo observarás: raro es que una desdicha no venga seguida de una felicidad.

—¿Lo creéis así, M. O'Brien?

—Sí; y esto no es dudoso en lo que á tí se refiere. Es una reflexión que hago á menudo, cuando pienso en lo que ha sido tu vida... Veamos. Tú fuiste á casa de la Hard... Esto era una desgracia.

—Y una dicha, pues allí conocí á Sissy, cuyas caricias jamás olvidaré... ¡las primeras que he recibido! ¿Qué será de mi pobre compañerita? ¿la volveré á ver? Sí... Esto fue la dicha allí.

—Lo fue también el que la Hard no se portara bien contigo. Sin eso, tú hubieras quedado en la aldea de Rindock hasta que te hubieran vuelto á la casa de caridad de Donegal... Tú huiste; y tu fuga te hizo caer en manos de Thornpipe.

—¡Oh, el monstruo!—exclamó *Hormiguila*.

—Dicha es que haya sido tan malo, pues sino aún estarías recorriendo los caminos, si no dentro de la caja, al menos al servicio de Thornpipe... Después entras en la *Ragged-School*...

—Donde he encontrado á Grip... Grip, que tan bueno ha sido para mí... al que debo la vida; que me salvó exponiéndose á morir...

—Lo que te lleva con esa extravagante actriz... Una nueva vida. Conformes; mas que no te hubiera llevado á nada honroso; y considero como una dicha, que después de haberse divertido contigo, te haya abandonado un día...

—M. O'Brien, después de todo, me había recogido... ha sido muy buena para mí, y después... ¡he aprendido muchas cosas!... Por otra parte, siguiendo vuestro razonamiento, gracias á su abandono, la familia Mac Carthy me recogió en la granja de Kerwan.

—Justo... y todavía...

—¡Oh, M. O'Brien! Trabajo os costaría persuadirme que la desgracia de esa pobre gente, haya podido ser una circunstancia dichosa.

—Sí y no—respondió M. O'Brien.

—¡No, M. O'Brien, no!—afirmó enérgicamente *Hormiguila*.—¡Y si hago fortuna, siempre tendré el disgusto de que el punto de partida de esta fortuna haya sido la ruina de los Mac Carthy! ¡Hubiese pasado tan á gusto mi vida en aquella granja como hijo de la casa! ¡Hubiera visto crecer á Jenny, mi ahijada! ¿Podía soñar una dicha más grande que la de mi caritativa familia adoptiva?

—Te comprendo. Pero no es menos verdadero que este encadenamiento de cosas, te permitirá, yo lo espero, pagar algún día lo que ellos han hecho por tí.

—M. O'Brien, más valiera que no tuviesen nunca necesidad de recurrir á nadie.

—No insistiré y respeto esos sentimientos que te hacen honor. Pero continuemos razonando y lleguemos á Trelingar-Castle.

—¡Oh, qué gente más mala, el Marqués, la Marquesa y su hijo! ¡Qué humillaciones he tenido que soportar! Allí ha transcurrido lo peor de mi existencia!

—Lo que según nuestro sistema de deducciones ha sido una dicha; porque si te hubieran tratado bien en Trelingar-Castle, quizás estarías allí aún.

—No, M. O'Brien. Siendo groom. ¡No! ¡jamás! ¡jamás! Yo estaba allí solo para esperar, y cuando tuviera ahorros...

—Pero,—hizo observar M. O'Brien,—alguno debe estar contento de tu entrada en el castillo; Kat.

—¡Oh, excelente mujer!

—Y alguno hay que debe estar contento de que te fueras. Bob, á quien de lo contrario no hubieras encontrado en el camino, ni llevado á Cork, donde tan animosamente habéis trabajado ambos, donde habéis encontrado á Grip. Si no no estarías ahora en Dublin.

—Hablando con el mejor de los hombres que nós tiene amistad,—respondió *Hormiguita*, estrechando la mano del antiguo comerciante.

—Y que te dará sus consejos cuando los necesites.

—Gracias, M. O'Brien, gracias. Tenéis razón, y vuestra experiencia no puede engañaros. En la vida se encadenan las cosas. Dios quiera que yo pueda ser útil á todos los que amo y me han amado.

¿Y los negocios de *Little Boy*? Prosperaban. La fama no decaía, si no al contrario. Sobrevinieron nuevos beneficios. Por consejos de M. O'Brien se añadió al bazar un fondo de especierías al por menor y se sabe lo que se vende de los diversos artículos de esta clase. La tienda fue pronto pequeña, y hubo necesidad de alquilar otra parte del piso bajo. ¡Ah! ¡Qué propietario más bueno, y qué inquilino más reconocido! Todo el barrio quiso proveerse de comestibles en "Los pequeños bolsillos", Kat tuvo que ocuparse de esto también. ¡Qué trabajo! compras que hacer, ventas que efectuar, una numerosa clientela que servir á todas horas, libros que llevar, cuentas que arreglar, balances, etc.! Apenas bastaba el día. Gracias á que el antiguo comerciante intervenía.

Seguramente se hubiera debido tomar un dependiente. ¿Pero de quién fiarse? Al joven amo le repugnaba introducir un extraño en su casa. Sin embargo, se puede encontrar un hombre honrado, activo y serio. Un buen tenedor de libros instalado en su escritorio en la segunda tienda. ¡Ah! ¡Si Grip hubiese consentido! ¡Vana tentativa! Grip no se decidía, aunque era el más indicado para ocupar aquel puesto; sentado sobre un alto taburete, junto á una mesa pin-

tada de negro, con la pluma en la oreja, el lapiz en la mano, teniendo una cuenta abierta á cada parroquiano. ¡Esto valía más que estar en la caldera del *Vulcan*! ¡Súplicas inútiles! Claro es que en el intervalo de sus viajes, el fogonero consagraba al bazar todas las horas que tenía libres. Con gusto se ponía á trabajar. Esto duraba una semana; pues el *Vulcan* partía de nuevo, y cuarenta y ocho horas después Grip estaba á centenares de millas de la isla Esmeralda. Su partida era siempre un disgusto; su regreso una alegría. Parecía que se iba ó volvía un hermano mayor. Vamos, quédate amigo Grip, quédate con ellos.

Por lo demás, el hermano mayor continuaba haciendo sus compras en *Little Boy and Co*. Llevaba invariablemente todo su haber en el cinto. En esta época, por consejo de M. O'Brien y *Hormiguita* se decidió á despojarse de él. No vayáis á creer que el propietario del bazar de "Los pequeños bolsillos", hubiere aceptado á Grip como comendatario.

¡No! El no tenía necesidad del dinero de Grip.

Poseía formales economías depositadas en el Banco de Irlanda; y las economías del fogonero fueron puestas en la Caja de Ahorros; un establecimiento muy sólido, en el que los depósitos se elevaban entonces á más de cuatro millones. Grip podía dormir tranquilo; su capital estaba en seguridad y se acrecentaría con la acumulación de los intereses anuales...

Si Grip rehusaba cambiar la blusa del marino, por la chaqueta con manguitos de lustrina del contador, había contribuido á aumentar la clientela de *Little Boy*.

Todos sus camaradas del *Vulcan* y sus familias venían á comprar sus provisiones al bazar. Había hecho igualmente entre los marineros del puerto y todos sus conocimientos una gran propaganda, como si fuera el viajante de la casa.

—Verás—dijo un día á *Hormiguita*—verás como los armadores acaban por proveerse en tu casa. Entonces serán precisas cajas de especiería y de conserva para los largos viajes. Llegarás á ser un comerciante en grande.

—¡En grande!—dijo Bob que estaba allí.

—Sí—con almacenes, cuevas—ni más ni menos que M. Roe ó M. Guinerss.

—¡Oh! dijo Bob.

—Ciertamente; *and Co.*—respondió Grip á quien le gustaba dar este sobrenombre á Bob... Recordad esto que digo.

—En todos los viajes; dijo *Hormiguita*.

—Sí—en todos los viajes.—Tú harás fortuna, y una gran fortuna.

—Entonces, Grip, ¿porqué no quieres asociarte?

—¡Yo!... ¿qué yo abandone mi oficio?

—¿Esperas pues subir más alto, y de primer fogonero, llegar á ser maquinista?

—Maquinista.—¡No!—¡No soy tan ambicioso! Sería menester haber estudiado. Ahora yo no podría.—Es tarde.—Me contento con lo que soy.

—Escucha Grip:—Insisto.—Nosotros tenemos necesidad de un dependiente con el que podamos contar en absoluto. ¿Por qué rehusas serlo tú?

—No entiendo nada de vuestra contabilidad.

—La aprenderás sin trabajo.

—¡He visto funcionar tanto á M. O'Bobklin en la *Ragged-School*! No, chico, no.—¡He sido tan desgraciado en la tierra y soy tan feliz en el mar!... La tierra me da miedo. ¡Ah! Cuando tú seas un comerciante en grande y poseas barcos, yo navegaré en ellos por cuenta de tu casa.—Te lo prometo.

—Vamos, Grip, sé formal, y piensa que te encontrarás sólo más tarde. Admitamos que un día sientes deseos de casarte...

—¡Casarme!... ¡Yo!

—¡Sí! Tú.

—¡Este desmadrado de Grip tener mujer... é hijos!

—Sin duda, como todo el mundo;—respondió Bob con el tono de un hombre que posee una gran experiencia de la vida.

—¿Todo el mundo?

—Ciertamente, Grip... y yo mismo.

—¡Pero veis lo que dice este mocoso!...

—Tiene razón—dijo *Hormiguita*.

—También tú... tú piensas...

—Tal vez me llegará...

—Bien. Éste no tiene trece años, y aquél no tiene nueve... y hablan de matrimonio...

—No se trata de nosotros, Grip; se trata de tí, que tendrás bien pronto veinticinco años.

—Reflexiona, chiquillo. ¡Casarme yo!... ¡Un fogonero... un hombre que está negro, como un negro de Africa, las dos terceras partes de su vida!

—¡Ah! ¡Bien! Grip tiene miedo á que sus hijos sean negritos—exclamó Bob.

—¡Posible sería eso!—respondió Grip.—¡Yo no sirvo para casarme más que con una negra... ó todo lo más con una piel roja... del fondo de los Estados Unidos!

—Grip—dijo *Hormiguita*,—haces mal en burlarte. Te hablamos en interés tuyo. Con la edad, tú te arrepentirás de no haberme escuchado.

—¿Qué quieres? Sé que eres razonable, y vivir juntos sería una gran dicha... Pero mi oficio me alimenta... y no puedo hacerme á la idea de abandonarle.

—En fin... cuando quieras, aquí habrá siempre un lugar para tí. Y mucho me asombraré que no llegue un día en que te vea instalado ante un cómodo escritorio, con la pluma en la oreja, é interesado en la casa.

—Será preciso que cambie mucho.

—Cambiarás, Grip. Todo el mundo cambia. Esto es lo sabio, cuando es para mejorar.

A despecho de estas instancias, Grip no se rindió. Lo cierto era que amaba su oficio, que los armadores del *Vulcan* le demostraban sus simpatías, que el capitán le apreciaba y sus compañeros le querían. Así, deseoso de no disgustar á *Hormiguita*, dijo:

—¡A la vuelta... á la vuelta... veremos!

A la vuelta decía lo mismo:

—¡Veremos!... ¡veremos!

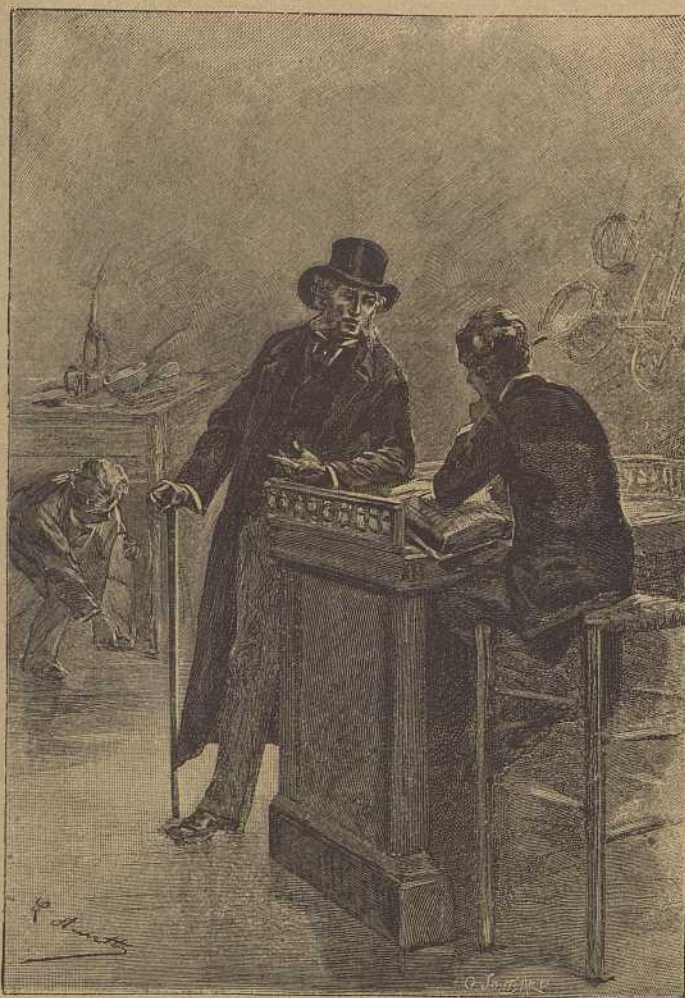
Síguese de aquí que el *Little Boy and Co.* se vió obligado á tomar un dependiente para llevar los libros. M. O'Brien les procuró un antiguo contador, M. Balfour, del que él respondía, y que conocía el asunto á fondo... ¡Pero no era Grip!

Terminóse el año en excelentes condiciones, y hecho el inventario por Balfour, dió tanto en mercancías como en dinero, colocado en el Banco de Irlanda, el soberbio total de mil libras.

En aquella época—Enero 1885—*Hormiguita* acababa de entrar en los catorce años y Bob tenía nueve y medio.

Robustos, vigorosos para su edad, no se resentían de las miserias de otro tiempo. Por sus venas corría la sangre generosa, la sangre gálica, como el Shannon, el Lee ó el Liffey corren al través de Irlanda para darla vida.

El bazar estaba en plena prosperidad. Manifiestamente, *Hormiguita* marchaba ha-



—Trabajo os costaría persuadirme...

cía la fortuna. Sus negocios no eran de naturaleza para arrojarle á especulaciones de azar. Además, le hubiera contenido su natural prudencia.

La suerte de los Mac Carthy no cesaba de inquietarle. Por consejos de M. O'Brien había escrito á Australia, á Melbourne. Después de la respuesta del agente de emigración, se habían perdido las huellas de la familia, caso muy frecuente en aquel inmenso país, cuyas regiones centrales eran casi desconocidas en aquella época. Sin capital, era probable que Martín y sus hijos no hubiesen encontrado trabajo más que en las lejanas granjas donde se efectúa la cría de los carneros en grande. ¿En qué provincia, en qué distrito de aquel vasto continente se encontraban? Tampoco de Pat se

sabía nada. Desde que había abandonado la casa Marcuard, no era difícil que se hubiese reunido con su familia en Australia.

Claro es que de todos los que en otra época había conocido, los Mac Carthy y Sissy su compañera en casa de la Hard, eran los únicos que ocupaban el recuerdo de *Hormigueta*. La horrible dueña de la cabaña de Rindock; el feroz Thornpipe; la augusta familia de los Piborne, le tenían sin cuidado.

En cuanto á miss Ana Waston, se asombraba de no haberla visto aún aparecer en ninguno de los teatros de Dublin. ¿Hubiera ido á visitarla? Tal vez sí, tal vez no. Después de todo, no hubiera tenido que dudar, pues la célebre actriz después de la desdichada escena de Limerick se había decidi-

do á abandonar á Irlanda y hasta la Gran Bretaña, para ir á trabajar al extranjero.

—Y Carker, ¿le han ahorcado?

Tal era la invariable pregunta que Grip hacía al regresar el *Vulcan*, cuando ponía el pie en la tienda. Invariablemente se le respondía que nada se había oído de Carker. Grip hojeaba entonces los periódicos atrasados, sin encontrar nada que se relacionase con el famoso pillo de la *Ragged-School*.

—¡Esperemos!—decía.—Es preciso tener paciencia.

—¿Pero no ha podido Carker llegar á ser un mozo estimable?—le preguntó un día M. O'Brien.

—¡El!—exclamó Grip!...—¡él!... Pero entonces le disgustaría á uno ser honrado.

Y Kat, que conocía la historia de los andrajosos de Galway, participaba de la opinión de Grip. La buena mujer y el fogonero se entendían bien, excepto en un punto: en que Kat se esforzaba para que Grip abandonase su oficio, y Grip rehusaba obstinadamente complacerla. De aquí discusiones bastantes para hacer temblar los vidrios de la cocina.

Al fin del año la cosa no había avanzado un paso, y el fogonero había vuelto á partir en el *Vulcan*, cuyos fuegos encendía *nada más que mirando*, á creer lo que decía.

El 25 de Noviembre se estaba ya en pleno invierno. Caían gruesos copos de nieve que la brisa paseaba en torbellinos al ras del suelo como plumas de pichón. Uno de esos días glaciales en que la mayor felicidad consiste en encerrarse en casa.

Hormiguila, sin embargo no se quedó en el bazar. Por la mañana había recibido una carta de uno de sus abastecedores de Belfast.

Una dificultad relativa á una factura podía ocasionar un pleito, y conviene evitarlos lo posible, hasta ante los jueces del Reino Unido. Esta era al menos la opinión de M. O'Brien, que conocía el asunto, y aconsejó vivamente al joven que partiera para Belfast, á fin de terminar aquel negocio en las mejores condiciones.

Reconoció *Hormiguila* la justicia del consejo y resolvió seguirle sin retardarse un día. No se trataba más que de un viaje en ferrocarril de un centenar de millas. Aprovechando el tren de las nueve, llegaría por la mañana á la capital del condado de An-

trim. La tarde bastaría para ponerse de acuerdo con su corresponsal, y tomando el tren de la tarde estaría de regreso antes de media noche.

Bob y Kat, quedaban al cuidado de *Little Boy* y su amo después de haberles abrazado, fue á tomar en la estación cerca de la Aduana un billete para Belfast.

Con un tiempo semejante, un viajero no puede interesarse en los detalles del camino. Y después, el tren marchaba á gran velocidad, tan pronto siguiendo el litoral como subiendo hacia el interior; al salir del condado de Dublin, atravesó el condado de Meath, deteniéndose algunos minutos en Drogheda, puerto bastante importante del que nada vió *Hormiguila*, como tampoco vió á una milla más allá el famoso campo de la batalla de la Boyne, sobre el que cayó definitivamente la dinastía de los Stuardos. En el condado de Louth, el tren se detuvo en Dundalk una de las más antiguas ciudades de la Isla-Verde, sitio del coronamiento del célebre Robert Bruce. Y entró entonces en el territorio de las provincias de Ulster; esta provincia, de la que el condado de Donegal traía á la memoria del joven viajero el recuerdo de sus primeras miserias. En fin, después de haber pasado los condados de Armagh, y de Down, el tren franqueó la frontera de Antrim.

Antrim, terreno volcánico, salvaje, país de las cavernas tiene á Belfast por capital. Esta es la segunda ciudad de Irlanda por su comercio y su flota mercante, y por su población que pronto llegará á la cifra de doscientos mil habitantes; por su agricultura, casi enteramente consagrada al cultivo del lino; por su industria que ocupa á sesenta mil obreros, repartidos en ciento sesenta fábricas de hilo; por sus gustos literarios en fin, de los que el Queen's-Colleje atestigua el alto valor. ¿Y se creerá? Esta ciudad pertenece todavía á uno de los descendientes de un favorito de Jacques I. Preciso es ir á Irlanda para encontrar semejantes anomalías sociales.

Belfast está situada en la embocadura del río Lagan, que prolonga un canal al través de interminables bancos de arena. Se comprenderá que en un centro industrial, donde las pasiones políticas se alimentan al contacto, ó mejor dicho, al choque de los intereses personales, exista una lucha ardiente entre los protestantes y católicos.

Los unos al grito de Orange, los otros, con una cinta amarilla por distintivo, se entregan á sus tradicionales atropellos, sobre todo el 7 de Julio, aniversario de la famosa batalla de la Boyne.

Aunque aquel día no fuese el 7 de Julio, y hubiese cuatro grados bajo cero, la ciudad estaba en plena efervescencia. Cierta agitación parnellista amenazaba poner presos á los partidarios de *Land League* y los del *Landlordismo*. Había sido preciso guardar el sitio de la *Sociedad para el desarrollo del cultivo del lino*, al que se unían estrechamente la mayor parte de las fábricas de la ciudad.

Sin embargo, *Hormiguita*, que había ido para un negocio que nada tenía de político, se ocupó en primer lugar de su abastecedor, y tuvo la suerte de encontrarle en su casa.

Este comerciante fue algo sorprendido á la vista del joven que se presentaba en su escritorio, y no menos de la inteligencia que atestiguó discutiendo sus intereses. En fin, todo se arregló á gusto de ambas partes. Dos horas bastaron para arreglarle, y *Hormiguita*, que quería comer antes de volver á tomar el tren de la tarde, se dirigió hacia una fonda del barrio de la estación.

Si no tenía por qué disgustarse de este viaje, puesto que con él se había evitado un pleito, su visita á Belfast le reservaba otra sorpresa.

La noche se acercaba. No nevaba. Merced á la brisa que venía del río Lagan, el frío era excesivamente intenso.

Pasando por delante de una de las más importantes fábricas de la ciudad, *Hormiguita* fue detenido por una multitud compacta que ocupaba la calle. Era día de paga, y había gran cantidad de obreros y de obreras. Una disminución de salarios anunciada para la semana siguiente, acababa de poner el colmo á su irritación.

Preciso es saber que la industria del lino, cultivo é hilado, fue en otra época importada en Irlanda, y principalmente en Belfast, por los protestantes emigrados, después de la revocación del edicto de Nantes. Estas familias han conservado considerables intereses en varios de estos establecimientos. Aquella fábrica pertenecía precisamente á la Compañía anglicana. Como el mayor número de los obreros era católico, se explicará que éstos hiciesen valer sus

reclamaciones con una terrible violencia.

Bien pronto á los gritos sucedieron las amenazas; las puertas y las ventanas de la fábrica fueron apedreadas. En aquel momento, varias escuadras de policías invadieron la calle á fin de disipar el tumulto, y detener á los que le provocaban.

Hormiguita, temiendo perder el tren, buscó el medio de marchar, pero no le fue posible. Expuesto á ser aplastado por la carga de los agentes, se metió en el hueco de una puerta en el momento en que cinco ó seis obreros, brutalmente golpeados, caían á lo largo de los muros.

Cerca de él yacía una joven—una de esas pobres jóvenes empleadas en una fábrica,—pálida, delgada, enfermiza, y que aunque tenía diez y ocho años de edad, apenas demostraba tener doce.

En el momento en que *Hormiguita*, abandonando el hueco de la puerta donde se había guarecido, se disponía á dirigirse á la estación, la joven acababa de ser derribada, y gritó:

—¡A mí! ¡A mí!

Aquella voz... ¡*Hormiguita* parecía reconocerla! Le llegaba como un recuerdo lejano. No podía decir de dónde... Su corazón palpitaba...

Y cuando la multitud, calmada en parte, hubo dejado la calle un poco libre, él se aproximó á la pobre joven. Estaba inanimada. Levantóle la cabeza, y la inclinó de manera que los rayos de un mechero de gas aclarasen su faz.

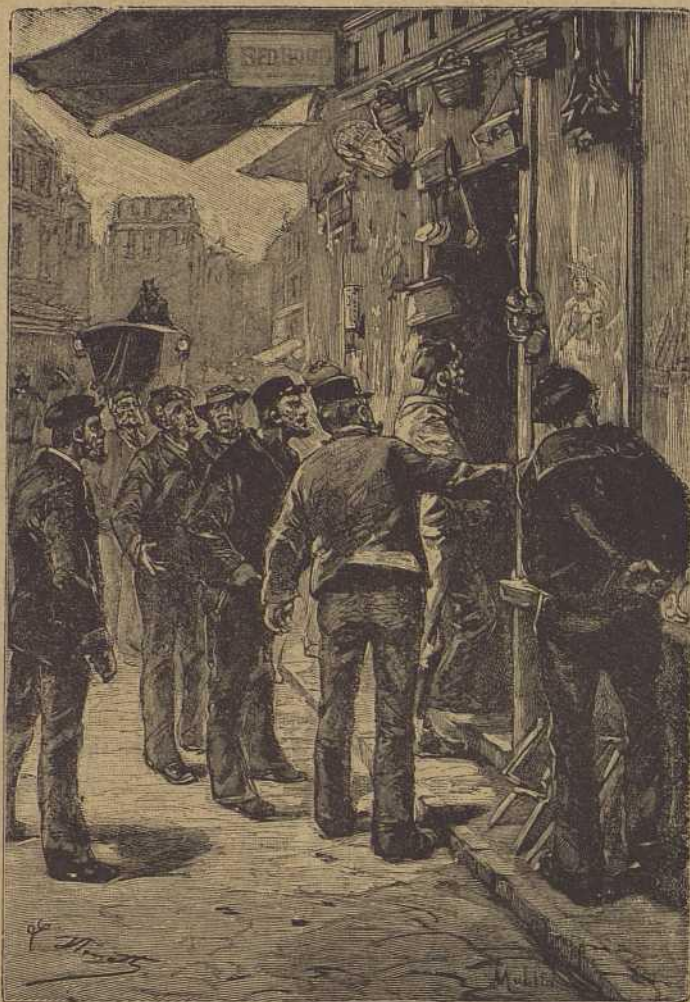
—Sissy... Sissy—murmuró.

Era Sissy. Ella no podía oírle.

Entonces, sin reflexionar sus actos, disponiendo de aquella desdichada como si le perteneciese, como un hermano hubiera hecho con su hermana, la levantó, la arrastró hacia la estación, inconsciente de lo que le pasaba.

Y cuando el tren partió, Sissy, estaba acostada en los cojines de un departamento de primera clase, sin haber recobrado el conocimiento, y arrodillado ante ella, *Hormiguita*, la llamaba... la llamaba... oprimiéndola en sus brazos.

Y bien; ¿no tenía el derecho de llevarse á Sissy su compañera de miserias? ¿Quién podría reclamarla sino el niño al que tan á menudo había defendido contra los malos tratamientos en la abominable choza de la Hard?



Todos sus camaradas del *Vulcon* y sus familias venían á comprar sus provisiones.

VII

Cambio de color y de estado.

El 16 de Noviembre de 1885, había en Irlanda, ¿qué decimos? en todas las islas Británicas, en toda Europa, en el Universo entero, un lugar cualquiera, que contuviese mayor dicha que el bazar de "Los pequeños bolsillos," bajo la razón social *Little Boy and Co?* Rehusamos creerlo, á no ser que este sitio estuviese en el mejor rincón del Paraíso.

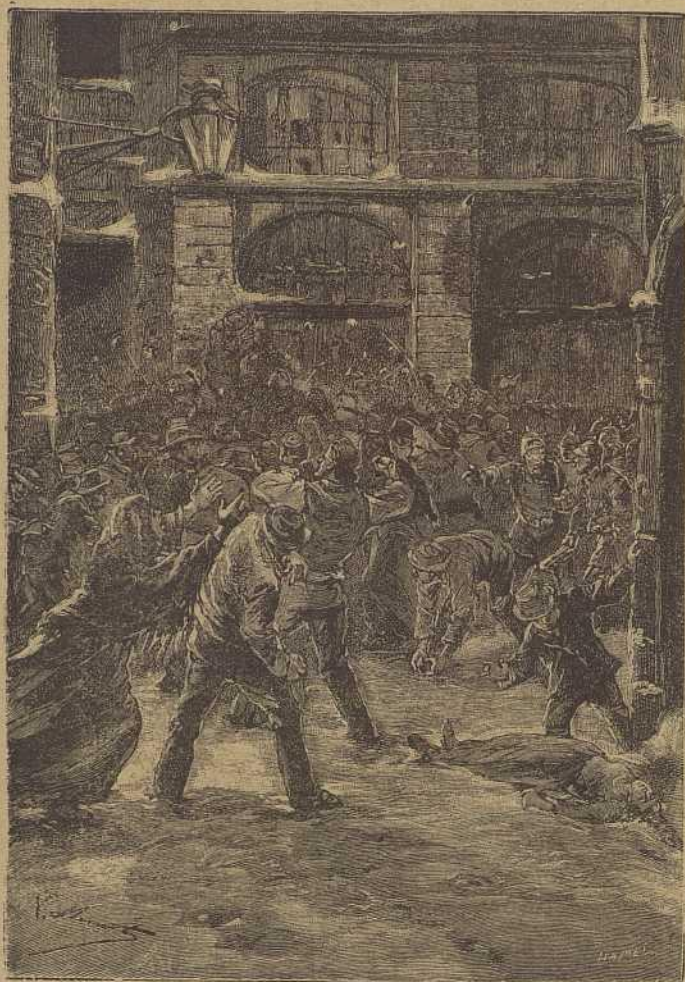
Sissy ocupaba la mejor habitación de la casa. Acababa de reconocer en el dueño al niño que se había escapado por un agujero fuera de la choza de la Hard—ahora joven y vigoroso.

En la época en que se habían separado contaba Sissy siete años escasos; ahora tenía dieciocho. Pero fatigada por el trabajo, herida por las privaciones, ¿llegaría á ser lo que era á no haber vivido en medio de la debilitante atmósfera de las fábricas?

Hacía once años que no se habían visto; y sin embargo, *Hormiguita* había reconocido á Sissy solo por la voz, con más seguridad que la hubiera reconocido por el rostro. Por su parte Sissy encontraba en su corazón todos los recuerdos del niño.

Hablaban de esto cogidos de las manos, mirando este pasado como un espejo de sus miserias.

Kat, junto á ellos, no podía ocultar su enternecimiento. Respecto á Bob expresaba su alegría por fuertes interjecciones á las



Las puertas y ventanas de la fábrica fueron apedreadas.

que Birk respondía con *guau... guau*, no menos extraordinarios. Y sin duda, el dependiente M. Balfour hubiera participado de la general emoción á no estar en su escritorio, entregado á las cuentas de la casa *Little Boy and Co.* Todos habían oído hablar tan á menudo de Sissy—tanto como de la familia Mac Carthy—que no tenían necesidad de empezar las relaciones. Para ellos era una hermana mayor de *Hormigueta*, que volvía al hogar, y parecía que no le hubiese abandonado más que desde la víspera.

Grip era el único que faltaba en esta escena, y se puede afirmar que, á pesar de no haberla visto nunca, hubiera reconocido á la joven al primer golpe de vista. Por lo demás, el *Vulcan* no tardaría en ser señalado

en el canal de San Jorge. La familia estaría entonces completa.

Se adivina lo que había sido la vida de la joven: la de todos esos pobres niños de Irlanda. Seis meses después de la huida de *Hormigueta*, habiendo muerto la Hard de una borrachera, fue preciso volver á llevar á Sissy á la casa de caridad de Donegal, donde permaneció dos años aún. Pero allí no se la podía tener indefinidamente. ¡Había tantos desdichados que esperaban! Tenía entonces nueve años, y á esta edad preciosa se bastaría á sí misma. Si no podía entrar á servir con un salario que frecuentemente se reduce al alojamiento y comida, ¿no hay trabajo en las fábricas? Envióse, pues, á Sissy á Belfast, donde la fabricación del hilo ocupa á millares de obreros. Allí vivió

de algunos pence ganados al día, en medio del polvillo malsano del lino, golpeada, sin tener á nadie que la defendiera; pero siempre buena, dulce, servicial, y hecha á las brutalidades de la existencia.

Sissy no veía modo de mejorar su estado. Era aquello un abismo, en el que se hundía. ¡Y en el momento en que dudaba que nadie pudiera sacarla de él, una mano venía á cogerla, la mano del niño que le debía las primeras caricias, ahora dueño de una casa de comercio! ¡Sí, él la había sacado de aquel infierno de Belfast, y se encontraba en su casa... en la que iba á ser la señora... sí, la señora... él se lo repetía... no una criada!

¿Ella una criada? ¿Es que ni Kat ni Bob ni *Hormiguita* lo hubieran permitido?

—¿Quiéres, pues, que me quede aquí?—dijo Sissy.

—¡Sí, lo quiero!

—Pero por lo menos trabajaré para no ser una carga para tí.

—Sí, Sissy.

—¿Y que haré?

—Nada.

Y no decía más. Lo cierto fue que ocho días después—y por su formal voluntad—Sissy estaba instalada tras el mostrador, después de haber sido puesta al corriente de las ventas. Y fue un atractivo más para la clientela, aquella graciosa joven que revivía ya por su nueva existencia, y dotada de tan simpática fisonomía como convenía á la dueña de *Little Boy and Co.*

Uno de los más ardientes deseos de Sissy era ver apareceren el umbral de la puerta al primer fogonero del *Vulcan*. Conocía la conducta de Grip en los años pasados en la *Ragged-School*. Sabía que había ejercido las funciones de protector con el niño escapado á las brutalidades de la Hard. Cuanto ella había hecho por defender á *Hormiguita* contra esta horrible mujer, Grip lo había hecho para defenderle de Cark y su banda. Además, sin la abnegación de aquel valiente mozo, el pobre niño hubiera perecido en el incendio de la escuela. Grip podía, pues, contar con una buena acogida cuando regresase. Pero las necesidades comerciales prolongaron el viaje, y el año 1886 terminó sin que el *Vulcan* hubiese tocado los paraques del mar de Irlanda.

Por lo demás, la fortuna seguía. El inventario de 31 de Diciembre dió resultados

superiores á los precedentes. El haber de la casa era de más de dos mil libras, lo que fue reconocido como exacto por M. O'Brien. El honrado comerciante felicitó al joven dueño, recomendándole procediese siempre con extrema prudencia.

—Con frecuencia, es más difícil conservar que adquirir—dijo devolviéndole el inventario.

—Tenéis razón—respondió *Hormiguita*;—y creed que no me dejaré arrastrar. Lamento, no obstante, que el dinero depositado en el Banco de Irlanda no tenga un empleo más lucrativo. Es dinero que duerme, y cuando se duerme no se trabaja.

—No, se reposa, y el reposo es tan preciso al dinero como al hombre.

—Sin embargo, M. O'Brien, si se presentase alguna ocasión...

—No bastaría que fuese buena; preciso sería que fuera excelente.

—Conformes; y en ese caso, estoy seguro que vos seríais el primero en aconsejarme...

—¿Aprovecharla? Ciertamente; á condición que entrara en el género de tus negocios.

—Así es como yo lo entiendo, M. O'Brien; y jamás se me ocurrió la idea de arriesgar-me en operaciones de las que nada entiendo. Pero, obrando con prudencia, se puede buscar el modo de extender el comercio.

—Y en tales condiciones yo lo aprobaría. Y si tengo noticias de algún negocio de toda seguridad... Sí... Tal vez... En fin, veremos.

Y en su prudencia, el antiguo comerciante no quiso decir más.

El 23 de Febrero fue una fecha que merecía ser marcada con una cruz de lápiz rojo en el calendario del bazar "Los pequeños bolsillos".

Aquel día Bob estaba subido en lo alto de una escalera, en el fondo de la tienda, cuando se oyó interpelar de esta suerte.

—¡Eh! plumas de papagayo.

—¡Grip!—exclamó Bob dejándose caer á lo largo de la escalera.

—Yo mismo, *And Co.* ¿*Hormiguita* está bien? ¿Kat, está bien? ¿M. O'Brien, está bien? Me parece que no olvido á nadie.

—¿A nadie? ¿Y yo?

¿Quién acababa de pronunciar estas palabras? Una joven radiante de alegría que avanzó hacia Grip y le dió con desembarazo un beso en cada mejilla.

—¿Cómo?—exclamó Grip desconcertado.
—Señorita... Yo no os conozco. ¿Se besa aquí á las gentes sin conocerlas?

—Entonces voy á comenzar de nuevo, hasta que nos conozcamos...

—¡Pero si es Sissy, Grip!... ¡Sissy... Sissy!—repitió Bob estallando de risa.

Hormiguita y Kat acababan de entrar. Aquel diablo de Grip, muy malo decididamente, no quiso comprender la explicación que se le dió, hasta no devolverle los besos á la señorita. ¡Por San Patricio! ¡Qué encantadora y franca le pareció Sissy! Y como había traído de América un lindo neceser de viaje para hombre, con tirantes, navajas de afeitar y brocha para cuando á *Hormiguita* le hiciera falta, sostuvo que lo había comprado para ofrecérselo á Sissy, que tenía el presentimiento de encontrarla en el bazar de *Little Boy*, y Sissy se vió obligada á aceptar el regalo, por lo que el verdadero destinatario no se mostró ofendido.

¡Qué buenos días se pasaron en la tienda de Belfort-Street! Cuando su obligación no le retenía á bordo, Grip no desamarraba de allí, siguiendo una de sus expresiones. Indudablemente, él tenía en "Los pequeños bolsillos," una atracción cuya influencia se dejaba sentir hasta en los docks, y que le retenía cerca de Sissy después de haberle atraído. ¿Qué queréis? Es difícil resistir á esas leyes de la naturaleza. *Hormiguita* no había dejado de notarlo.

—¿No es verdad que mi hermana mayor es gentil?—le dijo un día á Grip.

—¡Tu hermana mayor, chiquillo! Yo no se lo que es... No sé expresarme... Si supiera...

Se expresaba muy bien, por el contrario, á menos según pensaba Kat, y no habían transcurrido tres semanas desde el regreso de Grip, cuando ella dijo á *Hormiguita*:

—Nuestro Grip está como los animales que mudan. De negro que era está en camino de recobrar su natural color... el blanco, y no creo que permanezca mucho tiempo á bordo del *Vulcan*.

Esta era también la opinión que tenía M. O'Brien.

Sin embargo, el 15 de Marzo, cuando el *Vulcan* se disponía á marchar á América, el primer fogonero, al que todos habían acompañado hasta el puerto, estaba en su sitio. ¿Pretendía que el *Vulcan* no pudiera pasar-se sin él?

Cuando volvió el 13 de Mayo, después

de siete semanas de ausencia, se había acentuado su cambio de color. Hízosele una excelente acogida. *Hormiguita*, Kat y Bob le oprimieron entre sus brazos. Pero las demostraciones de él no fueron tantas, y se contentó con dar un solo beso en la mejilla derecha de Sissy, que sólo uno había depositado en su mejilla izquierda.

¿Qué significaba aquella reserva? Grip estaba más grave, Sissy más seria, cuando se encontraban frente á frente. Esto ponía cierta falta de libertad en sus reuniones de la noche. Y á la hora en que Grip se retiraba para restituirse á bordo, cuando *Hormiguita* le decía:

—¿Hasta mañana, Grip?

A menudo respondía éste:

—No... mañana hay mucho trabajo... Me será imposible.

Y al día siguiente el bueno de Grip volvía exactamente como la víspera, y hasta una hora más pronto—y fenómeno extraordinario—su piel blanqueaba de día en día.

Se pensará, sin duda, que Grip se encontraba en un estado psicológico conveniente para aceptar las proposiciones relativas al abandono de su oficio de fogonero, y á entrar como socio en la casa *Little Boy and Co*. Esta era la opinión de *Hormiguita*, pero guardóse de hablar de ello á Grip. Mejor era dejarle venir.

Algo de esto sucedió en los comienzos del mes de Junio.

—¿Qué tal los negocios? ¿Siempre bien?—había preguntado Grip.

—Tú puedes juzgarlo.

—Sí, hay gente.

—Mucha, y sobre todo, desde que Sissy está en el mostrador.

—No me extraña; no comprendo que en todo Dublin y hasta en toda Irlanda, se quiera comprar cualquier cosa que no sea vendida por ella.

—El hecho es que sería difícil ser servido por una joven más amable.

—Y más... y más...—respondió Grip, sin encontrar un comparativo digno de Sissy.

—E inteligente.

—De modo, ¿que el negocio marcha?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y M. Balfour?

—M. Balfour, perfectamente.

—No es de su salud de lo que hablo;—respondió Grip con viveza.—¿Qué me importa de ella?

—Pues nos es muy útil. Un excelente tenedor de libros.

—¿Y entiende su trabajo?

—Perfectamente.

—¡A mí se me antoja algo viejo!

—No, no lo parece.

—¡Hum!

Y este *hum*, parecía indicar que M. Balfour no tardaría en llegar á los límites de la extrema vejez.

La conversación no pasó más adelante. Cuando *Hormiguita* se lo refirió á Kat y á M. O'Brien, ambos sonrieron.

Hasta el pequeño Bob preguntó á Grip, cinco ó seis días después.

—¿No va el *Vulcan* á partir bien pronto?

—¡De ello se habla!—respondió Grip, cuya frente se cubrió de nubes, como la mar por una brisa SO.

—Y entonces,—replicó *And Co.*—¿vas á encender la caldera nada más que mirándola?

El hecho es que los ojos del fogonero resplandecían. Pero esto obedecía sin duda á que Sissy atravesaba la tienda, graciosa y sonriente, parándose alguna vez para decir:

—Grip. ¿Quiere usted cogerme esa caja de chocolate? Yo no llego.

Y Grip cogía la caja.

O bien:

—¿Quiere usted bajarme ese pilón de azúcar? Yo no tengo fuerzas.

Y Grip lo bajaba.

—¿Y será muy largo tu viaje?—preguntó Bob, que con un aire malicioso parecía burlarse de su amigo Grip.

—Muy largo, según pienso,—respondió el otro sacudiendo la cabeza. Por lo menos cuatro ó cinco semanas.

—¡Bah! ¡Cinco semanas pasan pronto! Creí que iba á decir cinco meses.

—¿Cinco meses? ¿Por qué no cinco años?—exclamó Grip, agitado como un pobre diablo condenado á cinco años de prisión.

—¿Entonces eres feliz, Grip?

—¿Quiéres que lo sea? Sí. Yo soy...

—Tú eres un animal.

Y Bob se alejó haciendo un gesto significativo.

La verdad es que Grip no vivía, pues no es vivir pasar el tiempo dándose de cabezadas por su partida, puesto que no se decidía á quedarse.

Así llegó el 22 de Junio.

Durante esta nueva ausencia de Grip, la

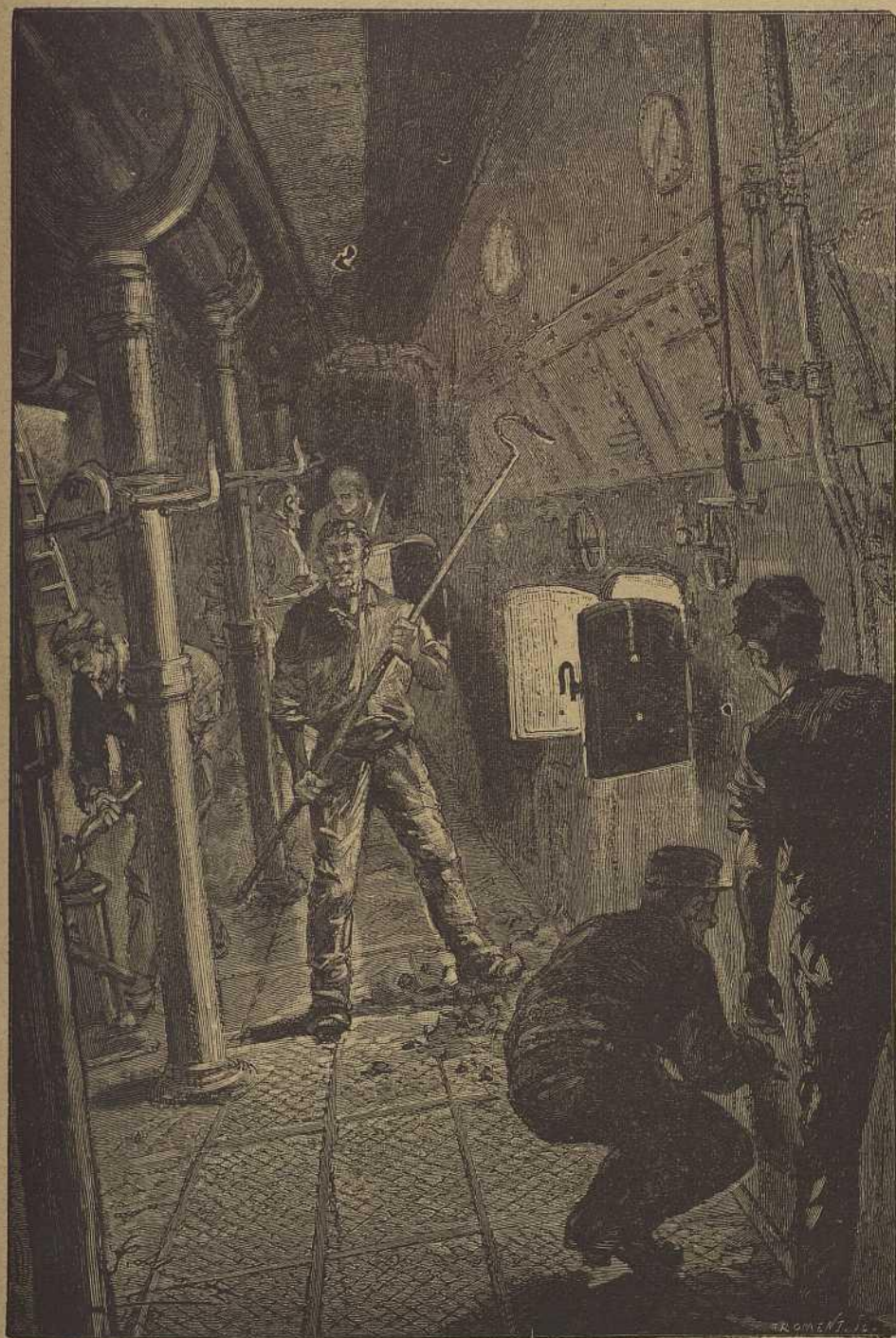
casa *Little Boy* realizó cierto negocio, aprobado por M. O'Brien, que debía reportar grandes beneficios; se trataba de un juguete que un inventor acababa de fabricar y del que *Hormiguita* compró el privilegio. Este juguete tuvo tanto más furor, por ser la casa *Little Boy and Co.*; es decir, nuestros dos jóvenes, los que habían monopolizado la venta.

En el momento de partir para los baños de mar, todos los niños quisieron ofrecerse este regalo, que era bastante costoso, y Bob no se bastaba á las impacencias de su clientela. Sissy tuvo que venir en su ayuda y la venta no fue peor por ello. Como todo esto eran ingresos en la caja, el cajero no mostró disgusto. El capital se acrecentó en algunos centenares de guineas. Probablemente, si el negocio seguía, añadiendo los beneficios ordinarios de Pascua, el inventario de fin de año arrojaría tres mil libras (1).

Así, pues, el joven dueño de "Los pequeños bolsillos," podría dar un lindo dote á la dueña de *Little Boy and Co.*, si algún día experimentaba deseos de casarse. Y ¿por qué no confesar que Grip, un buen muchacho, que haría un excelente marido, le agradaba, aunque nada hubiera querido decir de esto? ¿Verdad es que en la casa lo sabían todos. Pero era preciso que Grip se decidiera. ¿Se podrían pasar sin él en la marina mercante? ¿Funcionarían los aparatos si él no estaba en su puesto? ¿No se había reído á mandíbula batiente, cuando *Hormiguita* le había dicho que tal vez le viniera el deseo de casarse?

De aquí resultó que al regreso del *Vulcan*, el 29 de Julio, el fogonero estuvo más disgustado, más triste, más sombrío; en fin, más infeliz que antes. Su navío debía volver á darse al mar el 15 de Septiembre. ¿Partiría Grip también en aquella ocasión? Era probable, puesto que *Hormiguita*,—¿podía suponerse tan malévola intención?—estaba firmemente resuelto á no apresurar un desenlace, inevitable por otra parte, hasta que Grip no hubiera hecho una demanda oficial. Después de todo, tratábase de su hermana mayor que dependía de él y tenía el deber de asegurar su dicha. La primera condición que había de imponer, *sine qua non*, era que Grip abandonase su oficio de

(1) 75.000 francos.



EL PRIMER FOGONERO ESTABA EN SU PUESTO

marino, y consintiera en entrar en la casa como socio. Si no, no.

Esta vez Grip fue puesto entre la espada y la pared. Un día que daba vueltas en torno de Kat, ésta le dijo:

—¿No habéis notado que Sissy está cada vez más encantadora?

—No, respondió Grip.—No lo he notado... ¿ni porqué? Yo no me fijo...

—¡Ah! No os fijáis. Pues abrid los ojos y veréis qué linda hija tenemos. ¿Sabéis que va á cumplir diecinueve años?

—¿Ya?—respondió Grip que conocía la edad de Sissy;—debéis equivocaros, Kat.

—No me equivoco. Diecinueve años... Pronto será preciso casarla... *Hormiguita* le buscará un buen mozo, de veintiseis á veintisiete años... ¡Calle! Como vos... Queremos que sea un hombre en quien se pueda tener toda confianza... y no de la marina, no. Los que viajan que no se presenten. ¡Marinos no! Además, como Sissy tendrá un lindo dote...

—No tiene necesidad de eso—dijo Grip.

—Es verdad... una muchacha tan buena. Así, pues, nuestro amo no tardará en encontrar.

—¿Y hay ya alguno?

—Creo que sí.

—¿Que viene al bazar con frecuencia?

—Con bastante.

—¿Le conozco?

—No... parece que no le conocéis—respondió Kat mirando á Grip que bajaba los ojos.

—¿Y es del agrado de la señorita Sissy?—preguntó con la voz alterada.

—¡Qué se yo! Con individuos que no se deciden á hablar...

—¡Dios mío! ¡Es que hay gentes bestias!—dijo Grip.

—¡Esa es mi opinión!—respondió Kat.

Y esta respuesta, directamente dirigida al fogonero, no impidió á éste volver á partir el 15 de Septiembre, ocho días después. En fin, cuando volvió el 29 de Octubre comprendióse que había tomado una gran resolución, solamente que se guardó de formularla.

Tenía tiempo. El *Vulcan* iba á permanecer lo menos dos meses en el puerto. Había que hacer importantes reparaciones, que modificar la máquina, cambiar las calderas...

Dos meses era más que lo necesario, so-

bre todo cuando no hay más que pronunciar una palabra.

—¿La señorita Sissy no se ha casado?—había preguntado á Kat al entrar.

—Todavía no, pero no tardará—había respondido la buena mujer.

Claro es que desde el momento en que el *Vulcan* había sido desarmado, el fogonero nada tenía que hacer á bordo. No es de extrañar, pues, que estuviese á menudo, casi siempre, en el bazar de *Little Boy*. A menos de vivir allí, no podía estar más. Durante este tiempo, las cosas no adelantaron un paso.

En el término indicado habían concluido las reparaciones del *Vulcan*. Se fijó la partida para una semana después. Y el tonto de Grip no había abierto aún la boca, al menos para decir lo que de él se esperaba.

En la primera semana de Diciembre se produjo un incidente inesperado.

Una carta dirigida desde Australia á M. O'Brien en contestación á la última que éste había escrito, contenía esta noticia:

M. y Mrs. Martin Mac Carthy, Murdock, su mujer y su hija, Sim y Pat que se habían reunido á ellos, acababan de abandonar Melbourne para volver á Irlanda. La fortuna no les había sonreído, y regresaban al país tan miserables como en la época en que le habían abandonado. Embarcados en un navío de emigrantes, un barco de vela, el *Queensland*, cuya travesía sería indudablemente larga y penosa, no llegaría á Queenstown antes de tres meses.

¡Qué disgusto sintió *Hormiguita* al recibir estas noticias! ¡Los Mac Carthy, siempre desdichados, sin trabajo, sin recursos! Pero, en fin, iba á volver á ver á su familia adoptiva. Él iría en su ayuda. ¡Ah! ¿Por qué no era diez veces más rico, para hacer la situación diez veces más bella?

Después de haber suplicado á M. O'Brien que le confiase aquella carta, la guardó en su cajón, y—cosa singular—á partir de aquel día no hizo más alusión al asunto. Parecía que desde la llegada de la mencionada carta, evitaba hablar de los antiguos labradores de Kerwan.

Esta noticia ejerció influjo sobre Grip. ¿Quién lo hubiera esperado? ¡Oh, corazón humano, eres siempre el mismo! Aquellos Mac Carthy de vuelta, aquellos dos hermanos Pat y Sim, que debían ser dos soberbios mozos, y á los que tanto quería *Hor-*

miguita, casi sus hermanos, ¿quién sabe si éste no querría dar al uno ó al otro aquella que también era casi su hermana?

Grip llegó á estar celoso, terriblemente celoso, y un cierto 9 de Diciembre estaba resuelto á terminar, cuando por la mañana *Hormiguita*, llamándole aparte, le dijo:

—Ven á mi despacho... Grip. Tengo que hablarte.

Grip, pálido—¿tenía el presentimiento de alguna grave eventualidad?—siguió á *Hormiguita*.

Cuando estuvieron solos, sentados frente á frente, el dueño de "Los pequeños bolsillos," dijo á Grip secamente:

—Voy probablemente á emprender un negocio de bastante importancia, y tendré necesidad de tu dinero.

—¿De cuánto tienes necesidad?

—De todo cuanto tienes depositado en la Caja de Ahorros.

—Toma lo que te haga falta.

—Ahí tienes la libreta. Firma á fin de que desde hoy pueda disponer de ese dinero

Grip firmó.

—En cuanto á los intereses, no te hablaré de ellos...

—Esto no vale la pena.

—Porque desde este día formas parte de la casa *Little Boy and Co.*

—¿En qué calidad?

—En calidad de socio.

—Pero... ¿mi barco?...

—Pides licencia...

—¿Mi... oficio?

—Le abandonas.

—¿Por qué?

—¡Porque te vas á casar con Sissy!...

—¡Yo... voy á casarme con la señorita Sissy!—repitió Grip, que parecía no comprender.

—Sí... ella lo quiere.

—¡Ah!... ¿es ella quién?...

—Sí... ¿cómo también tú lo quieras!

—¿Yo?... ¿Yo lo quiero?

Grip no sabía lo que respondía, ni entendía palabra de lo que *Hormiguita* le afirmaba. Tomó su sombrero, se le puso, se le quitó, le dejó sobre una silla, y se sentó encima sin notarlos.

—Vamos—le dijo *Hormiguita*.—Tendrás que comprar otro para la boda.

Seguramente compraría otro; pero lo que jamás supo fue cómo se había decidido su

casamiento. Durante unos veinte días nadie le sacó de su aturdimiento, ni aun Sissy... ¡Bah! Aquello pasaría... después de la ceremonia.

Lo cierto es que la víspera de Navidad, una hermosa mañana, Grip se puso un traje negro, como si fuese á un duelo; Sissy uno blanco, como para un baile. M. O'Brien, *Hormiguita*, Bob y Kat sus trajes de los días de fiesta. Después dos coches vinieron á buscarles á todos á la puerta de la tienda, para conducirles á la capilla católica y romana de Bedford-Street. Y cuando, una media hora más tarde, Grip y Sissy salieron de la capilla, estaban casados.

Nada cambió, cuando la alegre reunión volvió al bazar.

Continuó la venta; pues no era en la víspera de Navidad cuando había de cerrarse á su numerosa clientela un bazar tan bien reputado.

VIII

La mar de tres lados.

El 15 de Marzo, unos tres meses después del matrimonio de Grip y Sissy, el schooner *Doris* salía del puerto de Londonderry, y se daba al mar con una buena brisa del NE.

Londonderry es la capital del condado de este nombre que confina con el Donegal en la parte septentrional de Irlanda. Los habitantes de Londres dicen Londonderry, porque este condado pertenece casi entero á las corporaciones de la capital de las islas Británicas, por consecuencia de las confiscaciones antiguas, y porque fue el dinero de Londres el que levantó la ciudad de sus ruinas. Pero Paddy, falto de poder protestar, le llama sencillamente Derry.

La capital del condado es una importante ciudad, situada cerca de la ribera izquierda y á la embocadura del Foyle. Sus calles son largas, limpias, sin gran animación, aunque la población comprende quince mil habitantes. Se ven paseos, una catedral episcopal en la punta de la colina urbana, y algunos vestigios apenas conocidos de la abadía de Saint-Columba y del Tempal More, magnífico edificio del siglo XII.

El movimiento del puerto, que es considerable, comprende la exportación de gran cantidad de mercancías, pizarras, cervezas,



Y Grip cogía la caja.

ganado y, preciso es decirlo, muchos emigrantes. ¡Cuántos de esos desgraciados irlandeses cogidos por la miseria que vuelven al país natal!

No hay por qué asombrarse de que un schooner, ó sea una goleta, haya abandonado el puerto de Londonderry, puesto que centenares de navíos suben ó bajan diariamente por la bahía de Lough-Foyle. ¿Por qué había de llamar la atención la partida de la *Doris*, en medio de un va y viene marítimo, que se cifra anualmente en seiscientas mil barricas?

Esta observación es justa. Pero esta goleta merece fijar nuestra especial atención, pues lleva á Cesar y su fortuna. Cesar, es decir, *Hormiguita*; su fortuna, es decir, el cargamento que conduce á Dublin.

¿Por qué motivo el joven dueño de *Little Boy and Co.* se encuentra á bordo de la *Doris*?

Hé aquí lo que había sucedido.

Después del matrimonio de Sissy y de Grip, "Los pequeños bolsillos," habían estado muy ocupados con los negocios del año nuevo, inventario de fin de año, afluencia de la clientela cada vez más considerable, establecimiento de nuevos anaqueles en el bazar, etc. Grip se había puesto al trabajo con actividad, aun no vuelto del asombro que su matrimonio le había producido. Ser el marido de Sissy, le parecía un sueño.

—Te aseguro que estás casado—le repetía Bob.

—Sí... Me parece que sí... y sin em-



—¡Esa es mi opinión!—Respondió Kat.

bargo... algunas veces no puedo creerlo...

El año 1887 comenzó, pues, en excelentes condiciones. *Hormigueta* no hubiera deseado más que continuase aquel estado de cosas, sin la grave preocupación que no le abandonaba: asegurar la suerte de los Mac Carthy, cuando aquellas pobres gentes pusieran el pie en Irlanda.

¿Se habían recibido noticias del *Queensland*, en el que la familia se había embarcado en Melbourne? No; y durante los dos primeros meses del año, la asidua lectura de las correspondencias marítimas nada había dicho; cuando en 14 de Marzo se pudieron leer estas líneas en la *Shipping Gazette*: «El steamer *Burnside* ha encontrado al barco de vela *Queensland* el 3 del corriente al través de la Asunción.»

Los barcos de vela que vienen de los mares del S. no pueden abreviar su camino franqueando el canal de Suez, pues es difícil, sin el impulso de una máquina, subir el mar Rojo. Síguese de aquí que, para la travesía de Australia á Europa, el *Queensland* había debido seguir el camino del cabo de Buena Esperanza, y que en aquella época se encontraba aún en pleno Océano Atlántico. Si el viento no le era favorable, emplearía quince días ó tres semanas en tocar en Queenstown. Era, pues, necesario tener paciencia hasta entonces.

No dejaba de ser asegurador este encuentro del *Queensland* y del *Burnside*. *Hormigueta* había tenido una buena inspiración al leer aquel número de la *Shipping Gazette*, tanto más cuanto, recorriendo las noticias

comerciales, encontró un anuncio concebido en estos términos:

"Londonderry 13 de Marzo.—Pasado mañana 15 será puesto en pública venta el cargamento del schooner *Doris*, de Hamburgo, comprendiendo ciento cincuenta barricas de mercancías diversas, pipas de alcohol, barricas de vino, cajas de jabón, sacos de café y especias; á petición de M. M. Harrington, hermanos, acreedores, etc.,

Hormiguita quedó pensativo ante el anuncio. Le vino la idea de que allí tal vez había una operación fructífera que intentar.

En las circunstancias de la venta, ésta sería á bajo precio. ¿No era una ocasión de comprar esos diversos artículos de venta corriente, aquellas pipas de alcohol, y las barricas de vino que podían ser añadidas al comercio de especiería?

Tanto se aferró esta idea á la cabeza de nuestro héroe, que fue á consultar enseguida á M. O'Brien.

El antiguo comerciante leyó el anuncio, escuchó los razonamientos del joven, reflexionó como hombre que jamás se decide á la ligera, y finalmente, respondió:

—Sí... Hay un negocio... Procurándose esas mercancías baratas, pueden ser revendidas con gran beneficio: pero con dos condiciones: que sean de excelente cualidad, y que se obtengan con una rebaja de cincuenta ó sesenta por ciento.

—Así lo creo, M. O'Brien, y añado que nada se puede decir hasta ver el cargamento de la *Doris*. Partiré esta noche para Londonderry.

—Tienes razón, y yo te acompañaré;—respondió M. O'Brien.

—¿Me haréis este favor?

—Sí... Quiero examinarlo por mí mismo. Conozco esas mercancías. Las he comprado y vendido toda mi vida.

—Os lo agradezco, M. O'Brien, y no se cómo demostrar mi reconocimiento..

—Trataremos de sacar un partido ventajoso de este negocio.—No pido más.

—No hay tiempo que perder—añadió *Hormiguita*. La venta está anunciada para pasado mañana.

—Estoy presto. En tomando mi saco de viaje, nada tengo que hacer. Mañana procederemos al examen del cargamento de la *Doris*. Pasado mañana le compraremos, ó no, según su calidad y su precio, y por la noche en camino para Dublin.

Hormiguita fue enseguida á prevenir á Grip y Sissy, que por la noche contaba marchar á Londonderry. Una operación que se proponía hacer con la aprobación de M. O'Brien. La mayor parte de su capital sería empleado en ella pero con seriedad. Les confiaba por cuarenta y ocho horas la dirección del bazar.

Aunque corta, era tan inopinada esta separación, que Sissy y Grip se mostraron tristes; el mozo sobre todo. Era la primera vez, después de cuatro años y medio que *Hormiguita* y él iban á separarse. Dos hermanos no estarían unidos por lazo más estrecho. En cuanto á Sissy, no veía alejarse á su querido niño, sin sentir oprimido su corazón. Sin embargo no había razón para inquietarse por aquella ausencia de tres ó cuatro días. En lo que concierne al negocio, *Hormiguita* aconsejado por M. O'Brien no haría nada que comprometiese su situación y que le lanzara en una especulación peligrosa.

A las diez de la noche el viejo y el joven tomaron el tren.

Esta vez *Hormiguita* pasó de Belfast, la capital del condado de Down, Belfast donde había encontrado á su querida Sissy. Al día siguiente á las ocho de la mañana, nuestros dos viajeros se apearon en la estación de Londonderry.

¡Lo que son los azares del destino! En Londonderry donde iba á cumplirse un acto importante de su carrera comercial, *Hormiguita* estaba á treinta millas de aquel pueblo de Rindock, perdido en el fondo del Donegal, donde su vida había comenzado con tantas miserias!

Unos doce años habían transcurrido y él había dado la vuelta á Irlanda, entregado á vicisitudes de dicha y desgracia.

¿Pensó en esto? No lo sabemos, pero séanos permitido observar el contraste por él.

El cargamento de la *Doris* fue objeto de un examen severo por parte de M. O'Brien. La calidad de los diversos artículos que le componían, convenían perfectamente al dueño de "Los pequeños bolsillos." Comprados á bajo precio, podía realizarse un beneficio considerable y cuadruplicar por lo menos su capital. El antiguo comerciante no hubiere dudado en hacer la operación por cuenta propia. Aconsejó á *Hormiguita* se adelantase á la venta pública, haciendo

ofrecimientos á los hermanos M. M. Harrington.

El consejo era bueno y fue seguido. *Hormiguita* vió á los acreedores de la *Doris* y obtuvo el cargamento á un precio tanto más ventajoso, cuanto que él ofreció pagar al contado. Si la juventud del comprador no dejó de sorprender á MM. Harrington, la inteligencia con que discutió sus intereses les pareció más sorprendente aun. Además, tenía como fiador á M. O'Brien, y el negocio se terminó por un chèque sobre el Banco de Irlanda.

Tres mil quinientas libras—casi toda la fortuna de *Hormiguita*;—tal fue el precio en que adquirió el cargamento de la *Doris*. Así es, que terminada la operación, sintióse presa de una ansiedad, de la que no podía defenderse. En lo que concierne al transporte del cargamento, el más sencillo era utilizar la *Doris*, para evitarse el trasbordo de los géneros.

El capitán no podía desear cosa mejor, desde el momento en que el porte se le aseguraba, y con un viento favorable la travesía no duraría más de dos días.

Decidido esto, M. O'Brien y su joven compañero no tenían más que volver á tomar el tren de la noche. De este modo su ausencia no hubiera pasado de treinta y seis horas. Pero *Hormiguita* tuvo entonces una idea; propuso á M. O'Brien que volvieran á Dublin en la *Doris*.

—Te lo agradezco,—respondió el comerciante,—pero te confieso que la mar y yo no nos hemos puesto de acuerdo nunca, y ella siempre acaba por tener razón. Después de todo, si el corazón te dice...

—Me tienta ésto, M. O'Brien. En un trayecto tan corto no hay gran riesgo... y me gustaría tanto no abandonar mi cargamento!...

Síguense de aquí que M. O'Brien volvió solo á Dublin, donde llegó al día siguiente al amanecer.

En aquel momento la *Doris* salía del canal de Foyle, y se dirigía hacia la estrecha garganta que pone en comunicación la bahía con el canal del Norte.

La brisa era favorable; venía del NO. Si persistía, la travesía sería excelente. El schooner podría navegar á lo largo del litoral, donde el mar está siempre más en calma. Sin embargo, en el mes de Marzo, en medio de aquellos parajes de la mar de Ir-

landa, en las proximidades del equinoccio, jamás se está seguro del tiempo que hará.

El capitán de la *Doris* se llamaba John Clear. La tripulación á sus órdenes se componía de ocho marineros. Todos parecían entendidos en su oficio y acostumbrados á las costas de Irlanda. Con los ojos cerrados hubiesen ido de Londonderry á Dublin.

La *Doris* salió de la bahía con todo su velamen desplegado.

Una vez en el mar, *Hormiguita* pudo notar hacia el O. el puerto de Innishaven, á la entrada de una bahía cubierta por la punta del Donegal, y más allá el largo promontorio terminado por el cabo Malin, el más avanzado de los que Irlanda proyecta hacia el N.

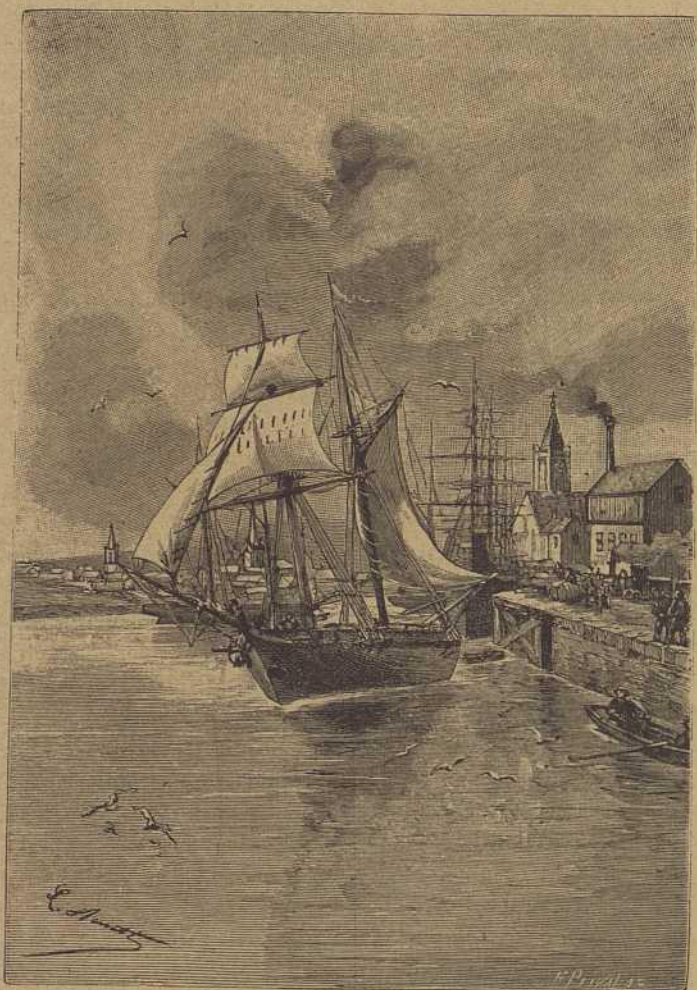
Esta primera jornada se anunciaba felizmente. Gran júbilo sintió nuestro héroe al verse llevado por la *Doris* al traves de aquel mar un poco agitado. Ni el menor mareo. Tenía el corazón marino. Sin embargo, algunas veces le preocupaba la idea del cargamento encerrado en la goleta y de aquellos abismos que no tenían más que entreabrirse para tragarse toda su fortuna. Más, ¿por qué esta preocupación que nada justificaba? La *Doris* era un barco sólido, velero, excelente, y que se comportaba muy bien en el mar.

¡Qué disgusto que Bob no fuese á bordo! ¡Qué alegría hubiera sentido *and Co.* al navegar de veras ésta vez y no en un *Vulcan* amarrado al puerto de Cork ó de Dublin!

De preveer *Hormiguita* que efectuaría su vuelta por mar, seguramente hubiera llevado á Bob, lo que colmaría los deseos de éste.

Es admirable este litoral que se prolonga sobre el límite del condado de Antrim, mostrando sus blancas murallas de cal, sus profundas cavernas que bastarían para albergar todo el personal de la mitología gálica. Allá se destacan esos *tubos de chimenea*, cuyo humo es formado por el rocío del mar, y esos rocosos derrumbaderos, semejantes á los muros de fortalezas, con troneras y buardas (1) que los españoles de la armada batieron á cañonazos. Allí la "Calzada de los gigantes," formada de colum-

(1) Especie de galería ó balcón de piedra que se formaba sobre la puerta de una fortaleza, dejando varias aberturas perpendiculares á la entrada, sobre la que podían arrojarse toda clase de piedras y proyectiles, sin descubrir el cuerpo los sitiados. (N. del T.)



La *Doris* salía del puerto de Londonderry

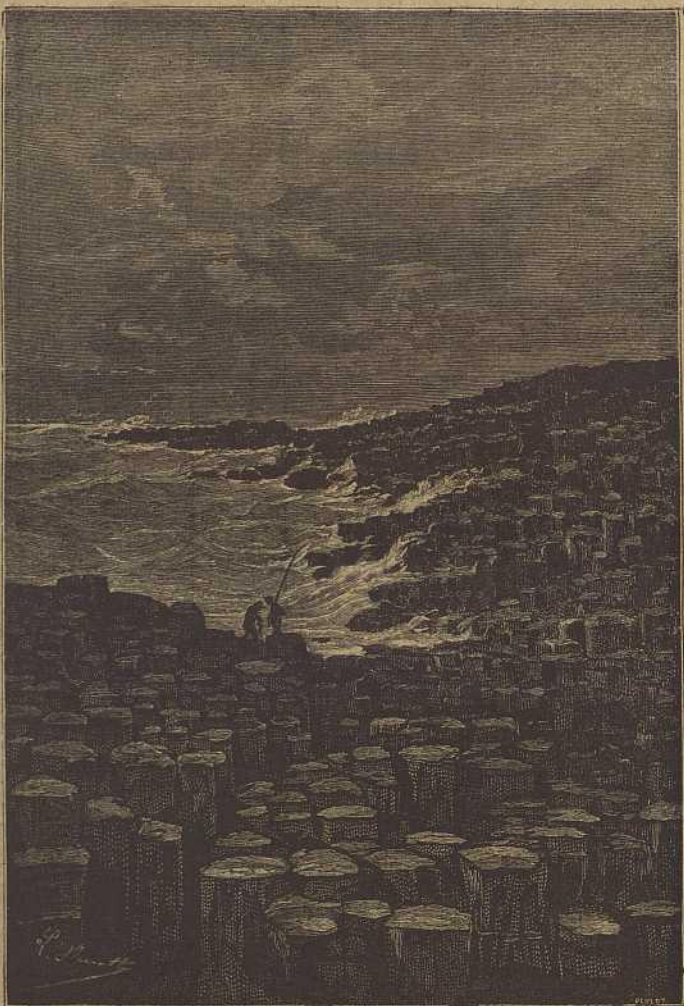
nas verticales, monstruosas pilastras de basalto, á las que las violentas resacas imprimen una sonoridad metálica, y de las que se cuentan más de cuarenta mil, á creer á los turistas aficionados á la aritmética. Todo esto era de maravilloso aspecto, pero la *Doris* guardóse de aproximarse allí, y hacia las cuatro de la tarde, dejando al NE. el Mull escocés de Cantire, á la entrada de Clyde-Bay, estaba entre el cabo Fair y la isla Rathlin, á fin de embocar el canal del Norte.

La brisa del NO. se mantuvo hasta las tres de la tarde, disolviendo las nubes de las altas zonas de la atmósfera.

Mientras el steamer siguió el litoral á dos ó tres millas de distancia, apenas si se sentía un ligero balanceo, poco sensible. *Hor-*

miguita no había abandonado un instante el puente. Allí había almorzado, allí comería, y allí contaba permanecer mientras el frío de la noche no le obligase á entrar en el camarote del capitán. Decididamente aquella primera travesía marítima no le dejaría más que excelentes recuerdos, y se felicitaba de haber tenido la buena idea de acompañar su cargamento. No sin cierto orgullo entraría en el puerto de Du lin en la *Doris*, y no dudaba que en aquel instante Grip y Sissy, Bob y Kat, prevenidos por M. O'Brien, estarían á la extremidad del muelle, quizás en el South-Wall, tal vez en la base del faro de Poolbeg...

Entre cuatro y cinco de la tarde, gruesos pelotones de vapor comenzaron á rodar hacia el E. Bien pronto tomó el cielo mal as-



Allí la «Calzada de los Gigantes...»

pecto. Las nubes de líneas duras y contornos espesos que empujaba una brisa contraria, venían con gran rapidez. Ninguna claridad indicaba en su base que el viento las despejase antes de la noche.

“Vigila el cambio de tiempo.” Parecía que esta advertencia estuviera escrita allá, en el extremo periférico del mar. John Clear lo comprendió, pues arrugó el entrecejo al interrogar atentamente el horizonte.

—¿Y bien, capitán?— preguntó *Hormiguita*, al que la actitud del capitán y de los marineros no había dejado de sorprender.

—¡No me gusta esto!— respondió el capitán volviéndose hacia el O.

En efecto; la brisa se apaciguaba. Las velas deshinchadas caían. Las escotas de mesana y de la brigantina estaban largas.

Los fogues relingaban mientras la gavia y la ballestilla recibían los últimos soplos del poniente. La *Doris*, con menos apoyo, sufrió un violento vaiven á impulsos de una ola inmensa. El timón tenía poca acción, y dirigirle llegó á ser difícil.

Sin embargo, á *Hormiguita* no le molestaba mucho el vaiven, muy penoso en los mares calmados, y no bajó á la cámara, aunque John Clear se lo aconsejara.

De vez en cuando las rachas del E. llegaban con más frecuencia cada vez, levantando el agua pulverizada de la superficie del canal. En el horizonte se extendían las nubes, á las que los rayos del sol que declinaba hacían aparecer más negras por contraste. El aspecto era amenazador.

El capitán Clear tomó las precauciones

que la prudencia demandaba; hizo cargar la gavia y la baltestilla, no guardando más que su trinquete, su pequeño foque, y la tripulación se instaló tras la vela de capa, especie de contrafoque indispensable al barco que quiere hacer frente á la tempestad. Por dicha, el steamer estaba elevado á dos ó tres millas del litoral, en el temor, sino podía ganar el viento, de ser arrojado á la costa cuando la borrasca cayera á bordo.

Ningún marino ignora que en la época del equinoccio los turbiones se desarrollan con extrema violencia, sobre todo en aquellos parajes del N. Así, no era aún noche cerrada, y el huracán asaltaba la *Doris*, desplegando una impetuosidad, que no pueden imaginar los que no han sido testigos de esas luchas atmosféricas. Desde la caída del sol ensombrecióse profundamente el cielo. El espacio se llenó de agudos silbidos entre los que las gaviotas huían hacia tierra. En un instante, el schooner fue sacudido de la quilla á los mástiles. La mar, como se dice, *venía de tres lados*; es decir, que las olas, contrariadas en su ondulación, se precipitaron á la vez sobre avante y sobre los lados de la *Doris*, cubriéndola de espuma. Todo fue trastornado, desde el cabestrante hasta el timón, llegando á ser difícil mantenerse en el puente. El timonel tuvo que sujetarse; los marineros se resguardaron á lo largo de la empavesada.

—Bañad, señor—dijo John Clear á *Hormiguita*.

—Capitán... permitidme.

—No... abajo, ó seréis arrastrado por un golpe de mar.

Hormiguita obedeció. Entró en la cámara muy inquieto, menos por sí mismo que por su cargamento. Toda su fortuna á bordo de un barco en peligro.

Las cosas tomaban un aspecto muy grave. En vano el capitán había intentado colocar la *Doris* de forma que sólo presentase el avante á las olas, á fin de apartarse de la costa ó de quedar á buena distancia. Por desgracia, hacia la una el pequeño toque y el contratoque fueron arrebatados. Una hora después la arboladura se vino abajo. Bruscamente la *Doris* se acostó sobre estribor, y como su cargamento estaba en la cala, no pudiendo levantarse amenazaba llenar la empavesada.

Hormiguita, que había sido arrojado con-

tra las paredes del camarote, se levantó á tientas.

Entonces, durante un momento de calma, llegaron gritos hasta él. En el puente había gran tumulto. ¿Había, pues, el barco sido desfondado por un golpe de mar?

¡No! John Clear, en la imposibilidad de enderezar la goleta, y temiendo que se hundiera, hacía sus preparativos para abandonarla. A pesar de la inclinación, que hacía muy peligrosa la maniobra, se había puesto la chalupa en el mar. Preciso era embarcarse en ella sin perder un minuto. *Hormiguita* lo comprendió al oírse llamar por el capitán al través de la chupeta entreabierta.

¿Abandonar la goleta y todo lo que encerraba en su cala? No. ¡Esto no podía ser! Solo había una probabilidad de salvarla, y *Hormiguita* estaba resuelto á correrla, hasta con peligro de su vida. Conocía la ley marítima. Si la mar no se le tragaba, un navío abandonado pertenece al primero que sube á bordo. El código inglés declara propiedad del salvador todo barco encontrado en la mar sin su tripulación.

Los gritos redoblaban. John Clear llamaba siempre.

—¿Dónde está?—repetía.

—¡Nos vamos á pique!—gritaban los marineros.

—Pero... ¿ese joven?...

—No se puede esperar...

—¡Ah! ¡yo le encontraré!

Y el capitán se precipitó por la escala de la chupeta.

Hormiguita no estaba en el camarote. Casi sin razonar, guiado por una especie de instinto, firmemente decidido á no abandonar el barco, se había introducido en la cala por una de las paredes que el choque con una pesada caja acababa de abrir.

—¿Dónde está? ¿dónde está?—repetía el capitán, llamándole con todas sus fuerzas.

—Estará en el puente—dijo un marinero.

—Se habrá arrojado al mar...—añadió otro.

—¡Nos vamos á pique! ¡nos vamos á pique!...

Estas palabras fueron cambiadas en medio de un pavor espantoso.

La *Doris* acababa de inclinarse bajo un formidable golpe, y había el temor de que se volviese con la quilla al aire.

No había tiempo que perder. Puesto que *Hormigueta* no respondía, indudablemente había subido al puente sin que la obscuridad permitiese verle á nadie... Había sido arrastrado... Esto era lo más verosímil.

El capitán notó que la goleta se sumergía. La tripulación y él se precipitaron en la chalupa, cuya amarra fue largada en seguida. La única esperanza era que la embarcación resistiese, ¡poca en verdad! Se alejó, pues, para no ser arrastrada en el remolino del schooner al hundirse.

La *Doris* quedaba sin capitán, sin tripulación. Pero no era un navío abandonado... un naufragio... puesto que *Hormigueta* estaba á bordo.

Estaba solo, solo, amenazado de ser devorado de un momento á otro. No desesperó. Sentíase sostenido por un extraordinario presentimiento de confianza. Sobre el puente, dejósse arrastrar hasta la empavesada bajo el viento á un lugar donde no entraba el agua. ¡Qué ideas le asaltaron! Por última vez, quizás, pensaba en los que amaba: en los Mac Carthy; en la familia que se había constituido con Grip, Sissy, Bob, Kat y M. O'Brien, é imploró socorro de Dios, rogándole le salvara para ellos y para él... La banda de la *Doris* no se acentuaba, lo que alejaba todo peligro inmediato. Por fortuna, el casco estaba sólidamente construido, y había resistido. Si la goleta se encontraba con algún navío, si los salvadores reclamaban la propiedad, *Hormigueta* estaría allí para reclamar su cargamento intacto.

Terminó la noche. La terrible tempestad disminuyó á las primeras luces del sol. Sin embargo, la mar no se apaciguó. *Hormigueta* miró á tierra... Nada... ningún contorno de una costa al O. Era evidente que la *Doris* empujada por los huracanes, había salido del canal del Norte, encontrándose actualmente en plena mar de Irlanda. Tal vez entre Dundalk ó Drogheda—¿pero á qué distancia?

Y á lo lejos ni un barco, ni una lancha de pesca. Además, aunque hubiera algún navío, sería difícil que viera á la *Doris*.

Sin embargo, ser visto era la única esperanza de salvación. De continuar hacia el O., la *Doris* se perdería sobre los arrecifes que bordean el litoral.

¿No era posible imprimirle una dirección que le acercase á los parajes frecuentados por los pescadores? En vano *Hormigueta*

procuró instalar un pedazo de vela sostenida por dos cuerdas. No podía contar con sus propios esfuerzos y estaba en manos de Dios.

El día transcurrió sin que la situación se agravase. *Hormigueta* no temía que la *Doris* se hundiese, pues su grado de inclinación sobre estribor no podía ser más. No había que hacer más que una cosa; observar si por casualidad aparecía algún barco.

En espera de esto, nuestro joven comió para reponer sus fuerzas, y lo repetimos, ni por un instante sintió que la desesperación se apoderaba de él; no veía más que una cosa; que defendía sus intereses.

A las tres de la tarde, una humareda subió por el O. Una media hora después, un gran steamer se mostraba distintamente, dirigiéndose hacia el N. á unas cinco ó seis millas de la *Doris*.

Hormigueta hizo señales con una bandera puesta á la punta de un bichero... No fueron vistas.

¡De qué extraordinaria energía estaba dotado aquel niño que ni aun entonces se desanimó! Llegando la noche no podía contar con otro encuentro. Ningún indicio le permitía pensar que estuviere próximo á tierra. La noche llena de nubes y sin luna, sería muy oscura. Sin embargo, el viento no anunciaba volver, y la mar estaba tranquila desde la mañana.

Como la temperatura era muy baja lo mejor era descender al camarote. Inútil permanecer fuera, puesto que nada se distinguía. Muy fatigado por aquellas horas de angustia, incapaz de resistir al sueño, *Hormigueta* retiró la manta del catre, sobre el que no hubiera podido echarse á causa de la inclinación, y después de haberse envuelto en ella, tendióse junto á la pared y no tardó en dormirse.

Su sueño duró una gran parte de la noche; comenzaba el día cuando fue despertado por vociferaciones proferidas fuera; se levantó y escuchó. ¿La *Doris* estaba, pues, cerca de la costa? ¿La había encontrado un navío al salir el sol?

—¡A nosotros... los primeros!—gritaban voces de hombres.

—¡No... á nosotros!—respondían otros.

Hormigueta no tardó en comprender lo que sucedía. Ninguna duda había de que la *Doris* hubiese sido vista al alba. Las tripulaciones se habían acercado, y ahora dispu-



Su tripulación y él se precipitaron en la chalupa.

taban sobre á quién pertenecía. Se han izado sobre el casco, han invadido el puente y vienen á las manos.

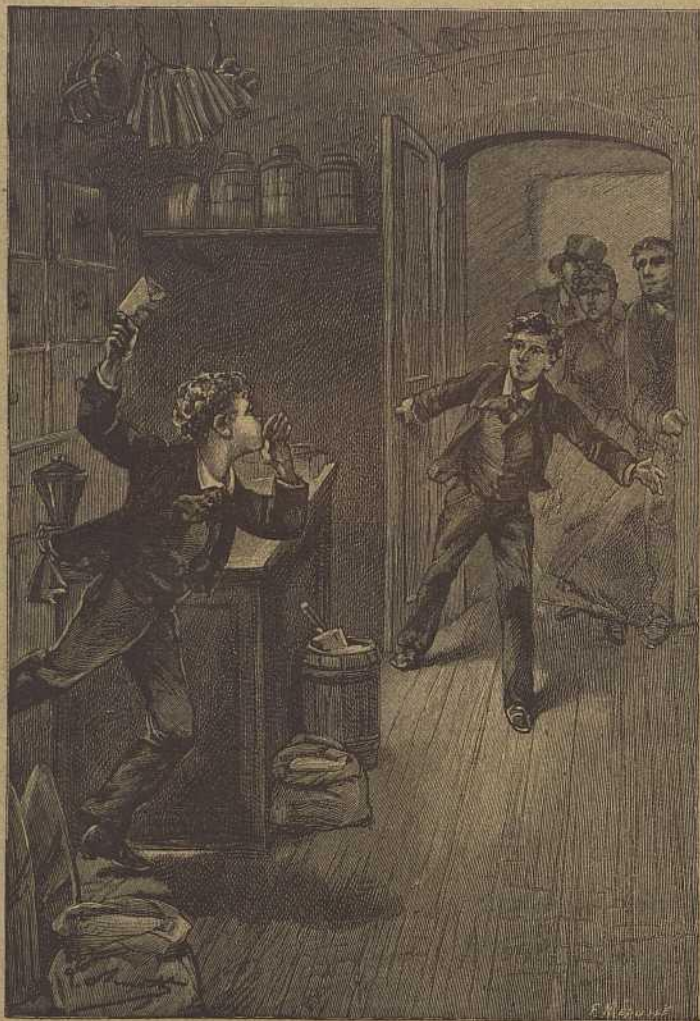
Hormiguita no hubiera tenido más que mostrarse para ponerlos de acuerdo. Se guardó de hacerlo. Aquellos hombres se hubieran vuelto contra él. No dudarían en arrojarle al mar para evitar toda reclamación ulterior. Era preciso ocultarse sin perder momento. Fue á hacerlo en la cala en medio de las mercancías.

Algunos minutos después el tumulto había cesado, prueba que ya había paz. Habían convenido en partir el cargamento después de haber conducido al puerto el navío abandonado.

Las cosas habían pasado de este modo. Dos chalupas de pesca salidas al albor

del día de la bahía de Dublin, habían visto el schooner á tres ó cuatro millas de distancia. Los tripulantes habíanse dirigido hacia aquel casco medio zozobrado, luchando con ardor para llegar antes que los otros, pues la costumbre, que tenía fuerza de ley, establecía que el barco náufrago pertenecía al primer ocupante. Las embarcaciones habían llegado al mismo tiempo. De aquí, disputas, amenazas, golpes, y finalmente, el acuerdo de partir el botín.

Apenas *Hormiguita* se había refugiado en la cala, cuando los patrones de las dos chalupas treparon por la escala del casco á fin de visitar la cámara. Júzguese si *Hormiguita* debió felicitarse por haberse ocultado á sus miradas, cuando les oyó cambiar estas palabras:



—¡Un telegrama de Queenstown!—repetía Bob.

—¡Es una fortuna que no haya un solo hombre á bordo!

—¡Si le hubiera, no quedaría mucho tiempo!

En efecto, aquellos salvajes no hubiesen retrocedido ante un crimen, con tal de asegurarse la propiedad del barco.

Media hora después el casco de la *Doris* era remolcado por las dos chalupas que forzaron la vela y los remos en dirección á Dublin.

A las nueve los pescadores se encontraban á la entrada de la bahía. Como la mar era baja, hubiera sido difícil hacer entrar la *Doris*, y se dirigieron hacia Kingstown, donde llegaron bien pronto.

Había mucha gente. Habiendo sido señalada la llegada de la *Doris*, M. O'Brien, Grip

y Sissy, Bob y Kat, prevenidos del salvamento, habían tomado el tren de Kingstown y se encontraban en la estacada.

¡Qué angustia la suya al saber que los pescadores no traían más que un casco abandonado! *Hormigueta* no estaba á bordo... Había perecido... Todos lloraron.

En aquel momento llegó el oficial del puerto encargado de la información relativa al salvamento, con atribuciones para dar á quien de derecho correspondiese el navío y su cargamento... Una fortuna para los salvadores.

De repente apareció un joven. ¡Qué grito de alegría lanzaron los suyos, y con qué grito de furor contestaron los pescadores!

En un instante *Hormigueta* está en el muelle... Sissy, Grip, M. O'Brien, todos le

estrechan en sus brazos. Y entonces, avanzando hacia el oficial del puerto,

—¡La *Doris* no ha sido nunca abandonada—dice con voz firme,—y lo que contiene es mío!

En efecto: él había salvado el rico cargamento con su presencia á bordo solamente.

Toda discusión hubiera sido inútil. El derecho del joven era incontestable. La propiedad del cargamento le fue conservada, como los restos de la *Doris* al capitán Clear y á sus hombres, recogidos la víspera. Los pescadores tuvieron que contentarse con la prima que les era legítimamente debida.

¡Qué satisfacción recibieron todos al encontrarse una hora después en el Bazar de *Little Boy and Co*!

La primera travesía de *Hormigueta* había sido peligrosa.

Sin embargo, Bob le dijo:

—¡Ah!... ¡yo hubiera querido estar contigo á bordo!

—¿A pesar de todo, Bob?

—¡A pesar de todo!

IX

¿Y por qué no?

Decididamente, toda clase de felicidades se sucedían en la existencia de *Hormigueta* desde que había abandonado Trelingar-Castle: la dicha de haber salvado y recogido á Bob, de haber encontrado á Grip y á Sissy, de haberles casado; sin hablar de los fructuosos negocios que hacía el joven dueño de "Los pequeños bolsillos".

Iba á la fortuna á fuerza de inteligencia y de valor también.

Su conducta á bordo de la *Doris* era una prueba clara.

Una sola dicha le faltaba, sin la que no podía ser dichoso por completo: la de devolver á la familia Mac Carthy todo el bien que ésta le había hecho.

¡Con qué impaciencia se esperaba la llegada del *Queensland*!

La travesía se prolongaba. Esos veleros que están á merced del viento y en la terrible estación del equinoccio, exigen mucha paciencia. Por otra parte, aún no había razón para inquietarse. *Hormigueta* no había descuidado escribir á Queenstown, y los armadores del *Queensland*, MM. Benett,

debían prevenirle por telégrafo en el momento en que el barco fuera señalado.

Entretanto no se holgaba en el bazar de *Little-Boy*. *Hormigueta* había llegado á ser un héroe, un héroe de quince años. Sus aventuras á bordo de la *Doris*, la fuerza de voluntad, la extraordinaria tenacidad desplegada por él en aquellas circunstancias, habían acrecentado sus simpatías en la ciudad. Aquel cargamento defendido con riesgo de su vida, era justo que fuese para él un golpe de fortuna. Esto sucedió. La afluencia de gente tomó proporciones inverosímiles. Los anaqueles se vaciaban llenándose de nuevo enseguida. Se hizo moda tener té de la *Doris*, azúcar de la *Doris*, especias de la *Doris* y vinos de la *Doris*. El anaquel de los juguetes se vió algo abandonado y Bob pudo acudir en ayuda de *Hormigueta* y de Grip siendo preciso tomar dos dependientes supernumerarios, mientras Sissy, instalada en el escritorio, apenas se bastaba para llenar facturas, Conforme á la opinión de M. O'Brien antes de algunos meses, el capital empleado en el negocio del cargamento sería cuadruplicado, sino quintuplicado.

Las tres mil quinientas libras se convertirían en quince mil (1) por lo menos. El antiguo comerciante no se equivocaba; y decía muy alto que todo el honor de aquella empresa correspondía al joven. Que él le hubiera animado, bien. Pero la primera idea había nacido del joven, al leer el anuncio de la *Shipping-Gazette*, y se sabe con qué energía la había realizado.

No hay, pues, que extrañar que el bazar de *Little Boy* hubiese llegado á ser el mejor provisto y el más hermoso de Bedford Street y hasta del barrio. La mano de una mujer se veía en mil detalles, y además Sissy ¡era tan activamente secundada por Grip!... Ciertamente Grip comenzaba á hacerse á la idea de que él era su marido, sobre todo desde que creía notar—¡oh orgullo paternal!—que la dinastía de sus antepasados no terminaría en su persona. ¡Qué marido tan cariñoso, tan atento, tan!... ¡Deseamos uno semejante á todas las mujeres que tienden á ser, no diremos adoradas, idolatradas sobre esta tierra!

¡Y cuando se piensa en lo que había sido la infancia de todos: Sissy en la cabaña de

(1) Trescientos mil francos.

la Hard, Grip en la *Ragged-School*, Bob por los caminos, Birk mismo por los alrededores de Trelingar-Castle, tan dichosos al presente y deudores de esta felicidad á aquel mozo de quince años! No se extrañe de que citeamos á Birk entre estas personas privilegiadas. ¿Acaso no estaba comprendido bajo la razón social *Little Boy and Co.*, y no le miraba la buena Kat como uno de los socios de la casa?

En cuanto á lo que hubiera sido de los demás á los que había mezclado su existencia, *Hormiguita* no se inquietaba.

Sin duda *Thornpipe* continuaba recorriendo los condados mostrando los muñecos de la familia real. M. O'Bodkins embruteciéndose por el abuso de su contabilidad; el Marqués y la Marquésa Piborne, en aquella angusta imbecilidad que su hijo el conde Ashton había heredado desde su nacimiento. M. Scarlett, administrando en provecho suyo el dominio de Trelingar. Miss Ana Waston muriendo en el quinto acto de los dramas. Por otra parte, ninguna noticia se había recibido de aquellas gentes, á no ser de lord Piborne, el que, según el *Times* se había decidido á pronunciar un discurso en la Cámara de los Lores, habiendo tenido que renunciar á la palabra porque su boca funcionaba mal. Respecto á Carker aun no había sido colgado, con extremo asombro de Grip, pero estaba cerca, habiendo sido recientemente preso en Londres en una vendimia de jóvenes gentlemens de su especie.

Y no nos ocuparemos más de estos personajes de alto y bajo origen.

Quedaban los Mac Carthy, en los que *Hormiguita* no cesaba de pensar, y cuyo regreso con tanta impaciencia esperaba.

Las noticias marítimas no habían aun señalado al *Queensland*.

¿Si tardaba algunas semanas, de qué inquietud no sería presa?

Desde algún tiempo violentas tempestades habían agitado el Atlántico; y el telegrama prometido por los armadores de *Queenstown* no llegaba!...

El empleado del telégrafo le trajo al fin el 5 de Abril por la mañana. Bob le recibió... En seguida gritó:

—¡Telegrama de *Queenstown*! ¡Telegrama de *Queenstown*!

Ibase pues á conocer á aquellos honrados Mac Carthy.

La familia adoptiva de *Hormiguita*, esta-

ba de regreso en Irlanda... La única familia que había tenido.

A los gritos de Bob, acudieron Sissy, Grip, Kat y M. O'Brien.

El telegrama decía así:

Queenstown.—5 Ab. 9,25 m.

Hormiguita, *Little Boy*. Bedford-Street.
Dublin.

Queensland, entró esta mañana. Familia Mac Carthy, á bordo. Esperamos vuestras órdenes.

Benett.

Hormiguita se conmovió profundamente. Su corazón cesó por un instante de latir. Abundantes lágrimas le aliviaron, y se contentó con decir, guardando el telegrama en su bolsillo.

—Está bien.

Después no habló más de la familia Mac Carthy, lo que no dejó de sorprender á mister y mistres Grip, Bob, Kat y M. O'Brien.

Volvió, como de costumbre, á sus negocios. Unicamente M. Balfour anotó en cuenta un chèque por valor de cien libras, que entregó al joven, y del que éste no indicó el empleo.

Transcurrieron cuatro días, los cuatro últimos de Semana Santa, pues en aquel año la Pascua caía en 10 de Abril.

En la mañana del sábado, *Hormiguita* reunió á los suyos, y les dijo:

—El bazar estará cerrado hasta el martes por la tarde.

Esto era dar permiso á M. Balfour y á los dos dependientes. Sin duda también Bob, Grip y Sissy se proponían aprovecharse de la licencia, cuando *Hormiguita* les preguntó si no aceptarían la idea de viajar durante aquellos tres días de vacaciones.

—¡Viajar!—exclamó Bob.—Bien... ¿Dónde vamos?

—Al condado de Kerry, que deseo volver á ver—respondió *Hormiguita*.

Sissy le miró.

—¿Quiéres que te acompañemos?—preguntó.

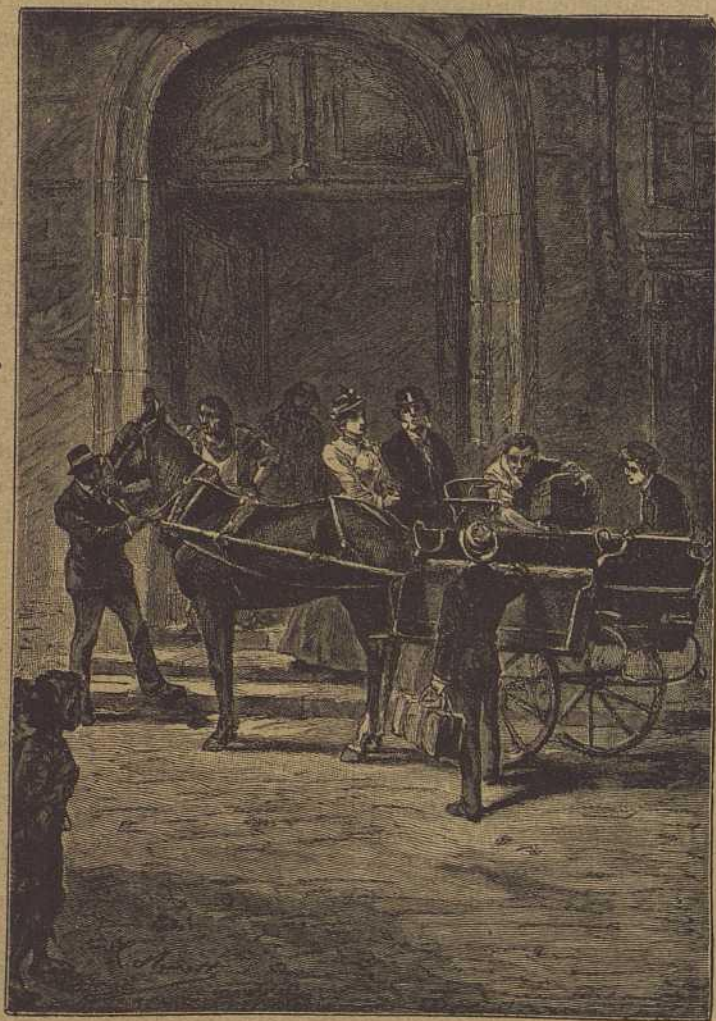
—Mucho me agradaría.

—Entonces ¿yo seré de la partida?—preguntó Grip.

—Ciertamente.

—¿Y Birk?—añadió Bob.

—Birk también.



¡Un coche esperaba á la puerta de la fonda.

Se convino en que el bazar quedaría al cuidado de Kat. Se ocuparían de los preparativos necesarios para una ausencia de tres días; se tomaría el exprés á las cuatro de la tarde, y llegarían á Tralée hacia las once; descansarían, y al día siguiente... al día siguiente, *Hormigueta* daría á conocer el programa de la jornada que iban á emprender.

A las cuatro los viajeros estaban en la estación; Grip y Bob muy alegres; ¿por qué no habían de estarlo? Sissy, menos expansiva, observando á *Hormigueta*, que permanecía impenetrable.

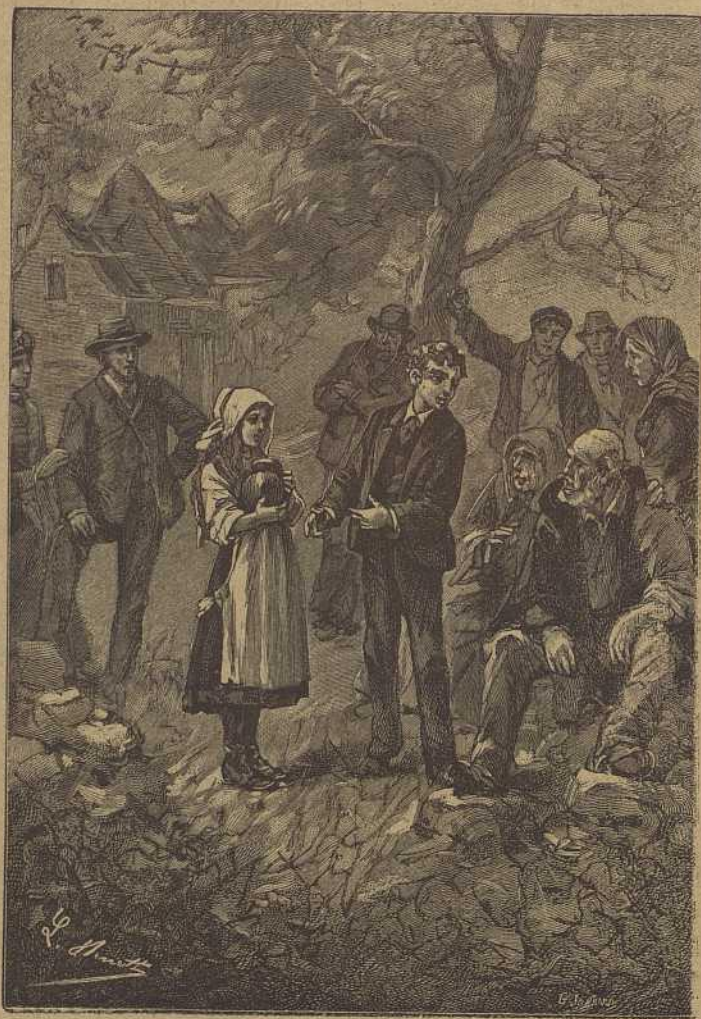
—Tralée—se decía la joven—está muy cerca de la granja de Kerwan. ¿Quiere volver á ésta?

Tal vez Birk hubiera podido contestarla;

pero sabiendo lo discreto que era, ella no le interrogó.

El perro fue colocado en el mejor sitio del furgón, con recomendaciones especiales de Bob, apoyadas de un shilling. Después *Hormigueta* y sus compañeros de viaje subieron á un departamento de primera clase.

Las ciento setenta millas que separan Dublin de Tralée fueron franqueadas en siete horas. Hubo un nombre de estación, arrojado por el conductor, que impresionó vivamente á nuestro joven. El de Limerick. Se acordó de su primera y única presentación en el teatro, con el drama *Los remordimientos de una madre*, y de la escena en que se agarraba desesperadamente á la duquesa de Kendalle, interpretada por miss



—¿Os acordáis?...

Ana Waston. ¡No fue más que un recuerdo, que se desvaneció como las fugitivas imágenes de un sueño!

Hormigueta, que conocía Tralée, condujo á sus amigos á la primera fonda de la ciudad, donde comieron convenientemente y durmieron con tranquilo sueño.

Al día siguiente, día de Pascua, *Hormigueta* se levantó al alba. Mientras Sissy se vestía y Grip permanecía á las órdenes de su mujer, y Bob se desperezaba, él fue á recorrer la población. Reconoció la posada, á la que Martín bajó con él, la plaza del Mercado, donde sintió su primer impulso por el comercio, la farmacia en la que había gastado parte de su guinea para la abuela, á la que debía encontrar muerta á su regreso.

A las siete, un coche esperaba á la puerta de la fonda. Buen caballo y buen cochero; el dueño de aquélla respondía de ello, por un precio concienzudamente regateado: tanto por el vehículo, tanto por la bestia, tanto por el hombre que la conducía, tanto para la propina... así se acostumbra en Irlanda.

A las siete y media partieron, después de un frugal almuerzo. El tiempo era bueno, el sol caliente, la brisa no muy mortificante, el cielo con nubes ligeras. Un domingo sin lluvia, cosa poco frécuente en la isla Esmeralda.

La primavera, bastante precoz aquel año, se prestaba al esparcimiento de la vegetación. Los campos no tardarían en estar verdes, y los árboles en retoñar. Unas doce

millas separan Tralée de la parroquia de Siltón. ¡Cuántas veces había *Hormiguita* recorrido aquel camino en el carro de Mac Carthy! La última vez iba solo... volvía de Tralée a la granja. Se había ocultado en el momento en que aparecían los agentes... Aquellas impresiones volvían á su espíritu. Por lo demás, desde aquella época el camino no había sufrido modificación alguna. Aquí y allá raras posadas, tierras en baldío. Paddy es refractario al cambio... y nada cambia en Irlanda, ¡ni la miseria!

A las diez el coche se detuvo en el pueblo de Siltón. Era la hora de la misa. La misma modesta iglesia, construida al sesgo, con su tejado campanudo, sus muros sin aplomo. En ella se había celebrado el doble bautismo de *Hormiguita* y de su ahijada. Aquél entró en la iglesia con Sissy, Grip y Bob, dejando á Birk en el pórtico. Nadie le reconoció, ni los asistentes, ni el anciano sacerdote. Durante la misa se preguntaban quién era aquella familia, cuyos individuos no tenían entre sí punto de semejanza.

Y mientras *Hormiguita* con los ojos bajos revivía en medio de sus recuerdos, tan mezclados de días dichosos y desdichados, Sissy, Grip y Bob rezaban con el corazón lleno de reconocimiento por aquel á quien tanta felicidad debían.

Después de un almuerzo servido en la mejor posada de Siltón, el coche se dirigió hacia la granja de Kerwan, distante unas tres millas.

Al salir aquel camino que recorrió tantas veces en compañía de Martina, de Kitty y también de la abuela, cuando esta podía, *Hormiguita* sintió los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué aspecto más triste! Se veía un país abandonado. Por todas partes, casas en ruinas, ¡y qué ruinas! Hechas para obligar á gentes condenadas á la evicción á abandonar su último abrigo! Á mano derecha rótulos pegados á las murallas indicaban que tal granja, tal choza, tal campo, estaban para ser arrendados ó vendidos. ¡Y quién hubiera osado tal cosa, toda vez que no se había recolectado en ellos más que miseria!

En fin, hacia la una y media, la granja de Kerwan apareció al volver el camino. Un sollozo se escapó del pecho de *Hormiguita*.

—Allí está,—murmuró.

¡Y en qué triste estado! Destruídos los

setos, la puerta arrancada, los anejos de la derecha y de la izquierda en tierra, el patio invadido por las ortigas y escaramujos. En el fondo, la casa sin techo, las puertas sin hojas, las ventanas sin marcos! Desde cinco años, la lluvia, la nieve, el viento, el sol, todos esos agentes de destrucción habían realizado su obra. Nada más lamentable que aquellas habitaciones desamuebladas, abiertas á la intemperie, y allá, aquella en que *Hormiguita* se acostaba cerca de la abuela.

—¡Sí, es Kerwan!—repetía, y se hubiera dicho que no osaba penetrar.

Bob, Grip y Sissy, un poco más atrás, guardaban silencio.

Birk iba y venía, inquieto, husmeando el suelo, encontrando también recuerdos de otra época.

De repente, el perro se detiene, tiende el hocico, brillan sus ojos, agítase su cola.

Un grupo acaba de llegar ante la puerta del patio; cuatro hombres, dos mujeres, una niña. Son gentes pobremente vestidas y que parecen haber padecido mucho. El más anciano se separa del grupo y avanza hacia Grip, que por su edad parece ser el jefe de aquellos extranjeros.

—Señor,—le dice.—Se nos ha citado en este sitio... ¿Vos sin duda?...

—¿Yo?—responde Grip, que no conocía á aquel hombre y que le miraba no sin sorpresa.

—Sí. Cuando hemos desembarcado en Queenstown, el armador nos ha entregado cien libras, diciéndonos que tenía orden de encaminarnos á Tralée.

En este momento, Birk dejó oír un ladrido de alegría, y se lanzó hacia la mayor de las dos mujeres con mil demostraciones de cariño.

—¡Ah!—exclama ésta—¡es Birk! ¡nuestro perro Birk!... ¡Le reconozco!...

—¿Y no me reconocéis á mí, madre Martina?—dijo *Hormiguita*.—¿No me reconocéis?

—¡Él!... ¡nuestro hijo!...

¿Cómo expresar lo inexpressable? ¿Cómo pintar la escena que siguió? Martina, Murdock, Pat, Sim, han cogido á *Hormiguita* entre sus brazos. Y él cubre de besos á Martina y á Kitty. Después, cogiendo á su ahijada, la levanta, la devora á besos, y la presenta á Sissy, á Grip, á Bob, exclamando:

—¡Mi Jenny! ¡Mi ahijada!

Después de aquellos transportes de efusión, sentáronse sobre las piedras derribadas en el fondo del patio. Hablaron. Los Mac Carthy contaron su lamentable historia. Después de la evicción, se les había conducido á Limerick, donde Murdock fue condenado á prisión por algunos meses. Extinguida su condena, Martín y su familia habían vuelto á Belfast. Un navío de emigrantes les transportó á Australia, á Melbourne, donde Pat, abandonando su oficio, no había tardado en reunirse á ellos. Y entonces, ¡qué marchas, qué penas para no lograr nada, buscando trabajo, de granja en granja, trabajando juntos; pero en qué condiciones más deplorables! En fin, después de cinco años, habían podido abandonar aquella tierra, ¡tan dura para ellos como lo había sido su tierra natal!

¡Con qué emoción miraba *Hormiguita* á aquellas pobres gentes, á Martín envejecido, á Murdock tan sombrío como le había conocido, á Pat y Sim abrumados por las fatigas y las privaciones, á Martina que no conservaba nada de la labradora despierta y viva de algunos años antes, á Kitty á quien una fiebre continua parecía devorar, y á Jenny, debilitada por tantos sufrimientos á su edad! El corazón se le oprimía.

Sissy juntó á los dos labradores y la niña mezclaba sus lágrimas con las de ellos, y procuraba consolarles, diciéndoles:

—Vuestras desgracias han terminado, señora Martina. Como las nuestras, gracias á vuestro hijo adoptivo.

—¿Tú, hijo mío?—repetía Martín.

La emoción no dejaba responder al joven.

—¿Por qué nos has traído á este sitio que nos recuerda nuestro miserable pasado?—preguntó Murdock.—¿Por qué estamos en esta granja donde mi familia y yo hemos sufrido por tanto tiempo? *Hormiguita*, ¿por qué has querido ponernos frente á estos tristes recuerdos?

Y esta pregunta estaba en los labios de todos, tanto en los de los Mac Carthy como en los de Sissy, Grip y Bob. ¿Cuál había sido la intención de *Hormiguita* llevando á todos á la granja de Kerwan?

—¿Por qué?—respondió éste, haciéndose dueño de sí, no sin trabajo.—¡Venid, padre mío, madre mía, hermanos míos, venid!

Siguiéronle al centro del patio.

Allí, en medio de las ortigas y escaramujos se levantaba un pequeño abeto.

—Jenny—dijo dirigiéndose á la niña—¿ves este arbol? le he plantado el día que naciste. ¡Tiene ocho años como tú!

Kitty á la que esto recordaba la época en que era tan dichosa y en el que podía esperar que su dicha durase algún tiempo, estalló en sollozos.

—Jenny, querida mía—repitió *Hormiguita*.—Mira este cuchillo.

Le había sacado de su vaina de cuero.

—Es el primer regalo que me hizo la abuela... Tu bisabuela, que apenas has conocido.

A este nombre, evocado en medio de aquellas ruinas, Martín, su mujer y sus hijos, sintieron desbordarse su corazón.

—Jenny,—continuó *Hormiguita*—toma este cuchillo y cava la tierra al pie del abeto.

Sin comprender, Jenny, se arrodilló é hizo un agujero en el sitio indicado. Bien pronto el cuchillo encontró un cuerpo duro.

Allí había una olla intacta bajo la espesa corteza de la tierra.

—Retira esa olla y ábrela, Jenny.

La niña obedeció. Todos la miraban en silencio.

Abierta la olla se vió que contenía gran número de guijarros, de esos que están en el lecho del Glashen.

—Martín—dijo *Hormiguita*—¿os acordáis? Todas las noches me entregábais un guijarro cuando estábais contento de mí.

—Sí, hijo mío, y no pasó un día sin que merecieras recibir uno.

—Ellos representan el tiempo que he pasado en la granja de Kerwan... Cuéntalos, Jenny. ¿Sabes contar, verdad?

—¡Oh! ¡sí!—respondió la niña.

Y se puso á contar los guijarros haciendo montones de á docena.

—Mil quinientos cuarenta,—dijo.

—Está bien.—He vivido con tu familia más de cuatro años, Jenny. Con tu familia que ha llegado á ser la mía.

—Y esos guijarros—dijo Martín, bajando la cabeza—son el único salario que de mí has recibido... Esos guijarros que yo esperaba poder cambiarte por shillings.

—¡Y que para vos, padre mío, van á convertirse en guineas!

Ni Martín, ni ninguno de los otros po-

dían creerlo ni comprender lo que veían.— ¡Fortuna semejante!—¿Es que *Hormiguita* estaba loco?

Sissy adivinó su pensamiento y se apresuró á decir.

—No, amigos míos; tiene el corazón tan sano como su inteligencia, y es su corazón el que habla.

—Sí, padre Martin, madre Martina y hermanos Murdock, Pat y Sim, y tu Kitty, y tu ahijada mía,—¡Sí! Me siento muy dichoso al poderos volver una parte del bien que me habeis hecho. Esta tierra está en venta. Vosotros la compraréis. Volveréis á levantar la granja. No os faltará el dinero. No sufriréis más los malos tratos de un Herbert. Estaréis en vuestra casa. ¡Seréis los amos!

Y entonces *Hormiguita*, contó toda su vida desde el día en que había abandonado Kerwan, dando á conocer la situación en que al presente se encontraba. La suma que ponía á disposición de la familia Mac Carthy, representada en guineas por los mil quinientos cuarenta guijarros, hacía mil quinientas libras... ¡Una fortuna para los pobres irlandeses! Y esta fue, quizás la primera vez que sobre aquella tierra bañada por tanto llanto, cayeron lágrimas de alegría y de reconocimiento.

La familia Mac Carthy permaneció los tres días de Pascua en el pueblo de Silton con *Hormiguita*, Bob, Sissy y Grip. Y des-

pués de una conmovedora despedida, éstos regresaron á Dublin, donde desde la mañana del 11 de Abril el bazar volvió á abrir sus puertas.

Transcurrió un año, el de 1887, que debía contarse como uno de los más felices en la existencia de aquellas gentes.

Los resultados del negocio de la *Doris* fueron más allá de lo que había previsto M. O'Brien, y el capital de *Little Boy and Co.* se elevaba á veinte mil libras. Verdad que una parte de esta fortuna pertenecía á mister y mistres Grip y á Bob, los socios de la casa. ¿Pero acaso no formaban todos una sola y misma familia?

En cuanto á los Mac Carthy, después de haber adquirido doscientos acres de tierra en excelentes condiciones, habían levantado la granja, restableciendo el material y las bestias.

Con la dicha les volvieron la fuerza y la salud... Claro es. ¡Irlandeses que han padecido bajo el látigo del landlordismo, ahora en su casa, sin trabajar más para despidados señores!

Hormiguita no olvida, ni olvidará jamás, que ha sido su hijo adoptivo, y podrá suceder que algún día se una á ellos con lazos más estrechos... Jenny va á cumplir diez años, y promete ser una hermosa joven... ¿Pero no es su ahijada? se dirá. Y bien... ¿por qué no? ¿qué importa esto?

Al menos tal es la opinión de Birk.